Guía Espiritual

Miguel de Molinos



EDICIÓN PREPARADA POR
S. GONZÁLEZ NORIEGA



GUIA ESPIRITUAL

Edición preparada por Santiago González Noriega

ISBN: 84-276-0392-4
Depósito legal: M. 25.924 - 1977
Printed in Spain
Impreso en Closas-Orcoyen, S. L. Martínez Paje, 5. Madrid-29

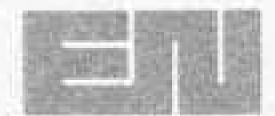


MIGUEL DE MOLINOS



GUIA ESPIRITUAL

EDICION PREPARADA POR
S. GONZALEZ NORIEGA



EDITORA NACIONAL
Torregalindo, 10 - Madrid-16

A Pablo Fernández - Flórez,
amigo.



INTRODUCCION



El quietismo de Molinos y la mística cristiana

A lo largo de su historia doctrinal el cristianismo ha seguido dos caminos claramente definidos, caminos que podríamos denominar vía externa *y* vía interna [1]. *Desde la perspectiva de la vía externa Dios es considerado como creador del mundo y como un creador que ha dejado en su obra huellas inequívocas, signos fácilmente descifrables a fin de que la criatura los lea y lea en ellos la cifra de su ser. La naturaleza es un texto inequívoco y el sentido de ese texto es la existencia de un Dios creador. Los seres naturales son las Palabras de Dios al hombre, la naturaleza el diálogo del Creador con la criatura, pero en ese diálogo el Otro, el interlocutor divino, no se hace presente, las palabras se interponen entre Dios y el hombre: Dios es espíritu puro y el mundo algo radicalmente diferente de él, entre el espíritu infinito y lo sensible*

[1] La doctrina de las dos vías o caminos para llegar a Dios fue codificada en la teología cristiana por San Buenaventura, aunque su más claro antecedente está en el *noli foras ire* de San Agustín. En la primacía concedida a la vía interior, Molinos es fiel a toda la tradición de la teología negativa que arranca de Dionisio —al que cita en el Proemio (I, 6)—: lo infinito excede hasta tal punto a lo finito que su conocimiento solo puede ser la negación del conocimiento finito (Cfr., Proemio, I, 3).

no hay afinidad alguna. La vía externa encuentra su realización en la teología especulativa como expresión de la esencia de Dios y como demostración de su existencia.

Pero además de esta vía externa el cristianismo mantiene abierta otra posibilidad, tomando la forma de un saber extraño, apenas transmisible, casi indecible: un saber que asegura conducir directamente a Dios a Dios mismo pero que apenas puede saber nada ni de lo que conduce directamente a Dios ni de lo que es posible contemplar una vez llegados a él: es la mística, el camino interno hacia Dios. Teología y mística coexisten en el cristianismo, pero sin que esa coexistencia se llegue a resolver en una fusión, sin que esa polaridad conduzca nunca a una síntesis superior. Casi podría afirmarse que hay dos tipos de cristianos: para unos lo esencial es la doctrina que da cohesión a una comunidad —la de los fieles y de la que es depositaria una institución la Iglesia [2]—, para los otros —los místicos— lo fundamental es una experiencia, la de su propia relación con Dios, totalmente privada. La teología es la doctrina de la comunidad de los hombres hermanados en la fe y que se relacionan entre sí en la unidad de una creencia, la mística es la doctrina de los solitarios que sólo quieren experimentar su soledad con Dios. La teología da razones que permiten a los fieles esperar alcanzar la visión de Dios en otra vida, la mística pretende ahondar todo cuanto sea posible en la experiencia de la relación personal entre un hombre, el místico, y Dios. La teología pacta con el mundo y pretende conciliar su curso con los intereses de lo espiritual, el místico renuncia al mundo y vive en espera de su definitiva unión con Dios. La teología toma la forma de un saber que asegura la legitimidad de la creencia en otra vida por medio de argumentos,

[2] O el Estado, en la filosofía especulativa de Hegel, que es la culminación del cristianismo laico, así como Santo Tomás lo es del cristianismo eclesiástico.

dando razones que hacen plausible esa suposición, mientras que la mística renuncia a darse pruebas y se sumerge en la certeza de la fe. Examinemos detenidamente la doble dialéctica de las relaciones entre Dios y el alma que subyace a la problemática mística.

A) La dialéctica de las dos voluntades: Dios como voluntad suprema

Con la teología está de acuerdo la mística en reconocer que el curso del mundo es el resultado de la voluntad divina: el encadenamiento del proceso natural corresponde al desarrollo de la idea divina que prescribe el curso del proceso natural; en esta medida, se puede decir que Dios ordena *el mundo natural, esto es, que predetermina su disposición y, al mismo tiempo, con la ambigüedad expresada por el término, que «da órdenes al hombre», a fin de que acomode su obrar y su pensar a este curso de los acontecimientos*[3]. *La realidad se conforma al decreto divino, la realidad expresa un* designio *de Dios respecto del hombre. El mensaje de Dios pasa a ser considerado como si fuese la expresión de una intención, de lo que Dios se ha propuesto con respecto al hombre; de que ese designio se interprete como sugerencia, proposición u orden dependerá la comprensión de las relaciones entre la necesidad y la presciencia divinas y la libertad humana. La originalidad de Molinos, y el punto en el que se puede considerar legítima, desde el punto de vista de la ortodoxia, la acusación de «herejía», consiste en suprimir la ambigüedad de la palabra «designio» e interpretarla como «orden» y como orden* indescifrable. *La infinita variedad de lo natural queda reducida para Molinos a la uniformidad de lo que solamente transmite la «voluntad de Dios»; lo sensible sólo tendrá por contenido la expresión, indiferenciada y, por tanto, incomprensible por in-*

[3] *Guía espiritual*, L. II, 22.

articulable de una voluntad que sólo dice «yo mando» y la interpretación de ese mensaje por parte del místico no podrá ser otra que «yo obedezco»[4]. En la indiferenciación del acatamiento se resuelven todas las diferencias de lo manifestado por Dios; el hombre acepta el mandato de Dios y se gana su beneplácito pagando por ello el precio del mundo natural y de su incomparable variedad.

Así como el elemento de la teología es la confrontación entre dos mentes, la humana y la divina, tal y como ésta está patente en sus obras, el de la mística quietista es el enfrentamiento de dos voluntades, enfrentamiento que sólo puede terminar por la desaparición de la voluntad humana frente a la divina, pero de manera tal que el único acto absolutamente propio de la primera es aquel consentimiento merced al cual se suprime a sí misma como voluntad independiente y se anega en la voluntad divina en un acto de aniquilación[5]. La libertad humana es una decisión entre el orden de Dios y el suyo propio, tal que aquella sólo puede existir como propia en la medida en que elige el mal y en tanto que lo elige, pero que desaparece como propia en el momento en que opta por la voluntad divina y se cumple en el asentimiento a su propia desaparición; con más precisión, podría decirse que

[4] En este punto Molinos tiene por claro antecedente al Maestro Eckhart: «Un hombre perfectamente justo debe prescindir de sí mismo, librarse de sí mismo y (lo que hará completa su bienaventuranza) transfundirse de tal modo en la voluntad de Dios que no sepa nada de sí mismo ni del mundo, que nada conozca ni quiera conocer fuera de la voluntad de Dios»; *El libro del consuelo divino*, págs. 29-30.

[5] En Descartes nos encontramos con una consideración de la voluntad muy próxima a la de Molinos; para Descartes la diferencia infinita entre el entendimiento humano y el divino puede ser superada merced a la infinitud potencial de la voluntad humana, que al decir sí a Dios se hace semejante a El. También para San Juan de la Cruz «todos los movimientos de tal alma (purificada) son divinos; y, aunque son suyos, de ella lo son, porque los hace Dios en ella con ella que da su voluntad y consentimiento». (*Llama de amor viva*, canción 1; BAC, 896.)

el alma se realiza como voluntad en un único acto propio, el de su desaparición como voluntad independiente *que es su nacimiento como voluntad* absoluta, *acto en el que se conserva como voluntad pero se suprime como independiente, realizándose infinitamente como voluntad al suprimirse absolutamente como independiente (pues para que la esencia de la voluntad se cumpla es preciso que se aunen en una sola todas las voluntades parciales). Para el alma que aún no ha realizado la supresión de la particularidad de su voluntad, su ser inmediato le aparece, en comparación con la esencia eterna, con la idea divina de «hombre», como miseria y vileza*[6], *como algo que nada vale y nada es, como algo que solamente desde el punto de vista* propio *tiene valor, pero que carece de él a los ojos de Dios; en esta medida el alma se ve situada ante la opción entre dos escalas de valores la del* propio *y la de Dios— y al optar por la segunda la primera queda reducida a nada. En cuanto tal, la unión de Dios con el alma es una gracia de Dios, y una gracia* inmerecida, *algo que Dios da al alma porque quiere sin que haya nada en el alma que pueda compararse a la esencia divina; este proceso podría ser considerado como una relación de* inter cambio *en la que Dios le diera todo al alma y ésta no tuviera nada que darle a Dios (o, mejor dicho, le diera a Dios su nada, su desnudez y su miseria, y su anhelo de que él la vistiera de sí*[7]*). En comparación*

[6] *Guía espiritual*, L. III, 182.

[7] «Sabe que cuanto más el alma se desnuda, tanto más se va entrando en la interior soledad, y tanto más queda de Dios vestida; y cuanto más el alma queda sola y vacía de sí misma, tanto más el divino espíritu la llena» (*Guía espiritual*, L. III, 116). La doctrina molinosista de la «nada como camino hacia Dios» no es sino una variante más de la *kénosis* del alma y de su transformación en Dios por el vaciamiento: «Esta dinámica de vaciamiento y trascendencia expresa con toda veracidad la transformación de la conciencia cristiana en Cristo. Se trata de una transformación kenótica: vacía todo el contenido de la conciencia del ego, convirtiéndola en un espacio a través del que se manifiesta la luz y la gloria de Dios, radiación plena de la infinita realidad de Su Ser y

con la plenitud divina el ser inmediato del alma es culpable, absolutamente culpable de su absoluta no identidad con la esencia divina y por ello se le ha de buscar un origen híbrido: además de tener un Padre divino tendrá una madre peor que humana, una madre que ni siquiera será humana, la naturaleza. Además de Dios hay otra cosa que es al hombre lo que el hombre a Dios, y de su unión con ella se originarán la imperfección y el mal. El hombre tiene dos orígenes, uno divino, en aquella parte del alma que es capaz de tratar de unirse con la esencia eterna, y otro no-divino, en aquella parte del alma que no se quiere plegar a los designios divinos y permanece apegada a la particularidad de su determinación y obedece a sus impulsos naturales y a sus propios criterios El amor de sí mismo y el amor de Dios son incompatibles: si uno se estima a sí mismo no podrá amar a Dios y si ama a Dios deja de amarse a sí mismo. Hay dos causas, dos empresas o asuntos: la del alma como siendo la de tal hombre particular la idea de un cuerpo determinado— y la del alma como imagen de Dios; si el alma se guía por su interés se pierde, si se guía por el de Dios se salva. No es posible llegar a un acuerdo entre Dios y el alma no purificada: la relación entre la voluntad humana y la divina no es un contrato entre voluntades libres que conservan sus peculiaridades e intereses, sino una opción, y una opción terminante. En esta medida el alma puede angustiarse ante esta fusión, pues en ella muere lo que tiene de propio y muere para siempre, cayendo en un eterno olvido todo lo que fue hasta el momento de lograr su unión con Dios Jacob Böhme decía que «aquel que no muere antes de morir es aniquilado cuando muere»: en la encrucijada mística el alma tiene que elegir entre aniquilar lo que tiene de propio antes de la muerte[8] y fundirse con Dios, o esperar a que la muerte obre sobre ella borrando y suprimiendo

Amor». Thomas Merton, *El Zen y los pájaros del deseo*, página 98.

[8] *Guía espiritual*, L. I, 13.

su particularidad. Si consigue aniquilarse antes de morir el último y supremo viaje le conducirá a una tierra presentida y experimentada ya en cierta manera; de lo contrario, tendrá que transitar de lo propio a lo divino después de su muerte. Lo propio que de este modo se contrapone a la universalidad de la esencia divina y que como determinación peculiar de la persona se resiste a desaparecer se revela, pues, como «propio natural»[9], como aquella parte del alma en la que es tributaria de su relación con su otro origen, la naturaleza. Podríamos decir que el alma es algo así como el campo de batalla de dos fuerzas o de dos fundamentos Dios y la naturaleza—; el «diablo» es la representación simbólica de la voz de la naturaleza en cuanto que se contrapone en el hombre a la voz de Dios; gracias a este símbolo la naturaleza queda exculpada parcialmente, pues aunque haya en ella algo que daña al alma, esto sólo ocurre porque Dios permite ese daño —«tentación» para que el alma pueda poner en juego su libertad, esto es, para que la unión entre el alma y Dios pueda realizarse de manera tal que sea también un acto propio del alma[10]. El dilema planteado se presenta así: o bien el alma sigue su camino peculiar y característico no idéntico a la esencia eterna— y entonces todos sus actos le son propios pero se desgaja de lo universal, o bien opta por Dios y, en ese caso, todo lo que obra es obra de Dios, excepto aquel primer acto de consentimiento a la obra de Dios por el que se unió a él, aquel acto de aniquilación que hizo de ella algo divino, sin que dejara de ser ella[11]. La consecución de

[9] Lo que en este escrito denominamos «propio» o «yo»: «Es tan vil, tan soberbio y ambicioso nuestro propio natural, y tan lleno de su apetito y de su propio juicio y parecer» (*Guía espiritual*, L. I, 51). La distinción entre el *propio* —aquello que en el alma *no* es vacío— y Dios como volun tad corresponde a la distinción entre el *hakarai* (poder o voluntad propia) y el *tariki* (poder del otro) del budista Shonin.

[10] *Guía espiritual*, L. III, 70.

[11] La aniquilación del alma es, pues, la condición de su deificación: la muerte del propio, por lo que el alma se

esta supresión de la voluntad independiente se logra merced al triunfo sobre una rebeldía, *la rebeldía del* propio *frente a la voluntad divina. La* unión con Dios *es el resultado del triunfo de una determinación de la voluntad sobre todas las otras; el consentimiento del alma a Dios resulta de una* lucha por el poder; *las posibles determinaciones de la voluntad están dotadas de una fuerza, merced a la cual se imponen en el alma; para que el consentimiento místico pueda tener lugar es preciso que la fuerza que quiere decir sí a Dios se imponga sobre todas las otras, las domine y las sojuzgue; en esta medida el acto de suprema pasividad es, al mismo tiempo, la actividad máxima; es pasividad de cara a Dios, pero actividad de cara a lo que en el hombre se separa de la esencia divina. Dios es reconocido como* poder supremo, *pero el alma se revela como poder supremo* frente *a todo lo que no sea Dios. El alma mística triunfa sobre las criaturas a la manera como Dios triunfa sobre ella o, más bien, el alma mística es una con Dios en su acto de unirse a Dios, acto que fue pensado en la gran mística cristiana como amor*[12]. *San Juan de la Cruz sintió y expresó como nadie esta equiparación de Dios y del alma, este mutuo juego de donación en el que Dios da todo al alma y el alma le da a Dios la aceptación de su ese don —su propio* vacío *y se lo da merced a aquel bien —la libertad que le permite convertir a su vacío en un don. En la noche del amor, que es el día del saber, el dar y el recibir desaparecen en cuanto términos diferenciados: el que da siente que obtiene del que recibe aquello que no tiene y que le falta para llegar a ser, aquello que le permite gozar del beneficio de sí mismo; el que recibe otorga al que*

convierte en *nada,* en *su* nada o su *vació* hace posible su transformación en Dios: cfr. L. III, 186.

[12] O como «vida», vgr., en Eckhart: «El bueno y la bondad no son más que una sola bondad, sino que aquél ha sido engendrado y ésta, en cambio, engendra. Y el engendrar en sí, peculiar de la bondad, como el ser engendrado, propio del bueno, no es más que un ser, una vida» (*El libro del consuelo divino,* pág. 20).

da la posibilidad de dar y aquella falta *sin la cual toda donación sería imposible. Uno y otro se gozan mutuamente; uno y otro gozan de sí mismos en sí y se aman a sí mismos en el otro, desprendiéndose de cualquier apego por sí mismos y adquiriendo la suprema indiferencia respecto de lo que tienen en propio*[13].

La cuestión de la identidad entre el bien de Dios y el bien del hombre no se plantea ya en los términos de una contraposición entre el propio y la esencia divina, sino en los de saber si queriendo lo que Dios quiere el hombre puede dejar de lado completamente la identidad entre la voluntad de Dios y su propio bien. El habituado a las disquisiciones teológicas habrá reconocido ya lo que históricamente se conoce con el nombre de «querella del puro amor»[14]. *La cuestión podría ser planteada en estos términos: dado que en el hombre hay un inextinguible deseo de felicidad, ¿podría dejar de lado tal deseo si la realización del mismo no estuviese incluida en los planes de Dios? Una vez más, la posición de Molinos es divergente de la de la ortodoxia católica; para Molinos el bien de Dios y el del hombre coinciden, pero sólo fácticamente; aunque tal cosa no vaya a suceder nunca cabría imaginar que no coincidiesen y que, por ejemplo, Dios dispusiese que el alma fuera condenada, en cuyo caso ésta tendría que consentir a ello de buen grado*[15].

13 San Juan de la Cruz: «En llamarle (el Esposo a la Esposa) *hermano* da a entender la igualdad que hay en el desposorio de amor entre los dos antes de llegar a este estado» (*Cántico espiritual*, canción 22; BAC, pág. 764).

14 Para los partidarios del *pur amour* (o, al menos, para algunos de ellos) el sometimiento a Dios ha de ser tan completo que el alma sea indiferente a su salvación o condenación o, incluso, acepte esta de buen grado si piensa que tal es la voluntad de Dios (doctrina condenada por el Papa Inocencio XII).

15 «El tercero (grado de la infusa contemplación) es la seguridad, cuyo grado destierra todo temor. Está el alma tan embebida en el amor divino y queda tan resignada en el divino beneplácito, que si supiese era voluntad del Altísimo se iría de muy buena gana al infierno» (*Guía espiritual*, L. III,

El sustrato último de la relación del alma con Dios es la confianza y la seguridad de esa confianza; al hombre sólo le cabe abandonarse a la voluntad divina, sin preguntarse nada y sin tratar de entender nada, pero, en tal caso, el consentimiento a la voluntad divina es un consentimiento arbitrario; no hay ley alguna en la relación entre el hombre y Dios, sino que aquél sólo tiene por criterio la certidumbre de su sentimiento, pero no la certeza de su pensamiento, y el sentido del abandono en Dios no es la obtención del mayor bien para el hombre, sino, simplemente, la obediencia. Molinos denomina «despego» [16] a este despojamiento de la voluntad que se mantiene en la indiferencia con respecto a cualquier bien a fin de tener la certeza de que el objeto de su confianza no es algo soñado o inventado por su anhelo o su apetencia, sino, meramente, algo real, y, por cierto, algo realmente omnipotente. Para Molinos, la certeza de la existencia de Dios proviene de su propia indiferencia por lo que para él —como facultad apetitiva— suponga esa existencia y la fe tiene su asiento en la firmeza, pétrea, de su afecto; su indiferencia respecto de lo que la existencia de Dios pueda representar para él le garantiza que su relación tiene por objeto, ante todo, la realidad de Dios; su Dios, al que nada pide, del que nada espera, es un ser en sí, no un ser para el hombre, y la relación con ese Dios no tiene otro contenido que la fe. Para Molinos, la perfección «consiste en los afectos de la voluntad» (L I, 21); la perfección de la fe reside en ese afecto de la voluntad

135). Compárense con ésta otras dos versiones del mismo pensamiento: «No te sirvo, Amor mío, para ganar el cielo, ni para huir del infierno, sino que me contentaría con ser condenado por ti y con morir condenado» (Paolo Manassei, *Paraíso interior*, cit. por Armogathe, pág 27); «¡Oh amor mío!, si te adoro por temor del infierno, haz que arda en él, y si te adoro por la esperanza del paraíso, exclúyeme de él, pero si te adoro por amor a ti mismo, entonces no apartes de mí tu eterna Belleza» (Rabi al Adawiya; cit. por Armogathe, pág. 118).

[16] *Guía espiritual*, L. III, 176.

que consiste en carecer de todo afecto, en ese corazón sin entrañas, en esa alma unida a un cuerpo sin vida, en esa alma que nada apetece, que apetece la nada, que toma a la nada por objeto de su querer. De este modo, el proceso del espíritu queda absolutamente cortado de la vida del cuerpo y el hombre se aniquila y anonada para adquirir la certeza de que lo que piensa no le importa nada, que lo que piensa no tiene que ver con otra cosa que la realidad, esto es, lo que es en sí y por sí, con absoluta independencia de su capacidad volitiva. A un entendimiento que no quiere darse razones, que prescinde de la necesidad de darse razones, corresponde una voluntad que no quiere nada, que quiere querer aquel objeto —la nada— que, por principio, no tiene nada en sí que pueda ser apetecido. De este modo Molinos pierde cualquier consideración de su bien y de su interés, pero gana, en cambio, la más completa certeza, «ese duro saber, que es el simple saber de sí mismo más íntimo»[17]*. Con él se termina la mística, en la absoluta certeza del sujeto en el no-saber de su pensamiento y en el no-desear de su querer. La mística se realiza, pues, como nihilismo*[18]*, pero como desarrollo de la «positividad del nihilismo»; en vez de decir que el ser es mejor que la nada afirma con el nihilista que la nada es mejor que el ser, pero, y aquí se separa de él, afirma ésto porque la nada es el objeto que permite diferenciar absolutamente el pensamiento de la voluntad y que, por ello, hace posible que el pensamiento esté cierto de la independencia total de su objeto. En la completa sumisión del quietista, en su ciega obediencia, se encierra la realización del* estado de máxi

[17] Hegel, *Fenomenología del espíritu,* VI, 3.

[18] Nos parece improcedente la equiparación del quietismo con el nihilismo formulada por Menéndez y Pelayo: «(El quietismo de Molinos) es el nirvana búdico, la filosofía de la aniquilación y de la muerte, la condenación de la actividad y de la ciencia: el nihilismo en suma» (BAC, t. II, pág. 184). Para Molinos la nada es mejor que el ser *finito* pues en su absoluta diferencia de todo lo que no es Dios constituye el único camino que puede conducir a lo infinito.

ma seguridad de la fe, pero, como dice Hegel, «la fe es el modo en que lo incondicionado existe en la representación»; esta fe absolutamente cierta de sí misma y de la realidad de su objeto es una fe muda, una fe que nada puede decir del porqué y del cómo de sí propia; es una gracia muda: el espíritu la contempla en sí —en ella pero no en él para sí en el espíritu: «entiende, pero no sabe qué entiende, ama pero no sabe qué ama.» El espíritu se ve abocado a ser el eterno contemplador de algo indecible e incomparable... pero no sabe cómo es. El místico se ve condenado a la completa soledad, a no tener el gozo de enseñar a los demás su camino y de compartirlo con ellos. El místico quietista no tiene amigos ni discípulos, y si escribe sólo dice la desesperación del silencio.

Pero, si todo es la voluntad de Dios, ¿cómo entender esa voluntad?, si todo dice lo mismo, esa voz no dice nada comprensible en su concreción y particularidad; si todo dice lo mismo, Dios no dice más que una cosa, sólo tiene una palabra, y en tal caso, ¿a qué viene la pluralidad de intenciones, deseos, actos y creaciones de los hombres?; si el designio divino es único, ¿cómo orientarse en la diversidad de caminos de la decisión moral y de la conceptualización intelectual? El proceso y la condena de Molinos, la negrura de su calabozo, las ratas, la bazofia de la cárcel, la soledad de la prisión y el desamparo de su muerte de hereje han de entenderse en términos de una atroz ironía de la historia [19]: sus carceleros y sus verdugos realizan el sueño de Molinos y dan vida a la letra de sus escritos; quien dice vivir en la cárcel de su silencio encuentra el silencio de la cárcel y quien afirma que no le importa ir al infierno conoce en los calabozos de la Inquisición el infierno en la tierra.

Hemos visto que, para Molinos, la perfección consiste en la adecuación al designio divino y en la conformidad con la divina voluntad, pero para que el hombre se pueda adecuar al designio de Dios ha de

[19] Cfr., Claudio Lendínez, 1974.

tener algún conocimiento de él y ésto, como hemos visto, le es imposible al hombre que vive en soledad con Dios, pues éste nada le dice de qué haya de hacer o de dejar de hacer. Por otra parte, el hombre desconoce su propio bien; los puntos que podrían permitirle orientarse en la búsqueda del mismo su instinto, su propio criterio, su voluntad, sus gustos y apegos sensibles— no le sirven de nada a tal efecto o, mejor, le indican lo que no debe de hacer en ningún caso; sin embargo, si no puede recurrir a estos guías, el alma queda paralizada y privada de todo contenido intelectual; la negación de estos puntos de referencia no constituye, por sí misma, una orientación adecuada sino que conduce al individuo a tener a la nada —a la nada de todo contenido— por único punto de apoyo; pero de la nada nada se saca que pueda servir para la vida terrenal y que suministre un criterio de acción y de pensamiento, por lo que la negación de cualquier determinación moral se convierte en máxima de la acción: la disciplina absoluta toma la forma de una parálisis del pensamiento y del obrar, la aniquilación *del alma. Sin embargo, la vida de todos los días, la vida de los otros hombres —de los que no son místicos— sigue su curso y el místico ha de coexistir con ellos, para lo cual necesita un tercer término que medie entre la voluntad divina indiferenciada y su propia voluntad aniquilada. En lo que respecta a su relación privada con Dios el místico quietista posee un criterio absolutamente seguro en el anonadamiento, pero ha menester de otro a fin de poder convivir con los demás hombres, ya que no está en condiciones de precisar cuáles sean las decisiones convenientes recurriendo meramente a sí mismo y a sus propias fuerzas. Se hace precisa, pues, la* mediación *de un tercer término entre el místico y los demás creyentes, algo que dé un contenido a esta relación y que posibilite que el místico se conforme a los decretos divinos en lo que concierne a la esfera pública de su ser y de su obrar, a los asuntos de su oficio —exigencia tanto más perentoria en Molinos cuanto que*

era la de su propio carácter eclesiástico—. A partir de este punto, el desarrollo interno del quietismo hace necesaria la intervención de una institución —la Iglesia— que determine las relaciones entre el místico y los demás hombres y que regule la transmisión de la propia experiencia mística[20]*. Si del juicio propio sólo se sabe que es incapaz de guiar al hombre, el único recurso del místico será abandonarse de ojos cerrados a la Institución y esto de manera tal que la Institución tome sobre sí la responsabilidad de pensar y decidir por el místico a fin de que éste esté en condiciones de mantener su abandono en la voluntad divina sin renunciar por ello a tener una cierta vida pública y a participar en los asuntos de la comunidad de los fieles. La Iglesia asume el silencio de Dios a fin de que alguna palabra acompañe al hombre en su vida terrenal y le dé consuelo desde el nacimiento hasta la muerte. La Iglesia se convierte en depositaria de un saber, del saber de la palabra revelada, y lleva a cabo la interpretación de este saber a fin de que tanto el más inteligente cuanto el más lego tengan a su disposición los símbolos que corresponden a la medida de sus talentos y facultades. La tarea de gobernarse a sí mismos excede las posibilidades de cualquier hombre aislado; es preciso que haya una Institución que encarne la voluntad del pueblo de los fieles en cuanto sometidos al decreto divino y les enseñe a gobernarse a sí mismos. La medida en que el hombre aislado sea capaz de esa tarea o tenga que recurrir a la obediencia a su superior eclesiástico dependerá, en cada caso, de la fuerza de voluntad del individuo del caso, pero, sea como fuere, tanto el común de los fieles cuanto el aprendiz de místico —y éste con mucha más razón— tendrán que aprender del ejercicio de la obediencia el despego respecto de su propia voluntad.*

Empeño fundamental del místico habrá de ser, pues, el hacer que en la dialéctica dual de la relación

[20] *Guía espiritual*, L. II, 69.

entre el alma y la voluntad divina se introduzca un nuevo elemento que haga posible el despego de la voluntad respecto de sí misma. Para que el despego quietista se complete es preciso que la voluntad finita, despegada ya de los bienes de este mundo y de los bienes espirituales, de Dios y de la persona del místico, aprenda a despegarse también de sí misma y a reconocerse en otra voluntad; de esta manera el místico despegado aprende a no realizar su obra ni por amor propio ni por amor de Dios sino por obediencia a otra voluntad finita, tan falible y despreciable como la suya propia. La autoridad eclesiástica hace posible que el místico lleve a efecto la quiebra total y definitiva del último reducto de sí propio: su voluntad —aquello que de su voluntad permanece incluso en el mayor abandono en la voluntad infinita en la medida en que este abandono se opera con su consentimiento— Para el místico Molinos lo más meritorio no está en reconocer, amar, reverenciar y obedecer a lo más excelente lo que no sería tan difícil de conseguir , sino en reconocer, amar, reverenciar y obedecer a otro hombre —su director espiritual[21]— tan finito y miserable como él mismo, y a amarle precisamente porque le priva de lo que podría parecerle más precioso, la propiedad de su voluntad. El efecto de mando de la voluntad es puesto en otra parte que en la propia alma, y lo que ésta conserva en propiedad es el no tener nada de propio, la obediencia: no un «yo quiero», sino un «él manda». Pero esta dialéctica de la voluntad en la que se ha introducido la mediación eclesiástica estaría incompleta si el que carga con la responsabilidad del mando, con la autoridad, estuviese privado a su vez de la posibilidad de obedecer: de este modo, las relaciones entre autoridad y obediencia forman una cadena que va del último de los fieles hasta el Papa, representante de Dios en la tierra, quien, a su vez, se ve acompañado en la soledad de su voluntad por el Hombre perfecto, el Hijo,

[21] *Guía espiritual*, L. II, 69.

el que obedeció hasta la muerte, y hasta la muerte en la cruz. De este modo, la cadena de la obediencia va desde el último de los legos hasta el único *que está en posesión del saber acerca del verdadero bien del hombre, a ese Dios al que obedece el Hijo y que, «como amoroso Padre», preside y rige todo acontecer y suceder, tanto natural como espiritual.*

Hemos visto hasta ahora un primer momento —denominado aquí «dialéctica de las dos voluntades»— subyacente a la experiencia mística y previo, en cierto sentido, a lo auténticamente específico de ésta; en este primer momento la experiencia mística participa de buen número de caracteres comunes a la religiosidad normal y sólo se diferencia de ella en lo que concierne a la intensidad de su experiencia, pues, mientras que para el hombre normal la causa del mundo puede coexistir con la de Dios, para el místico el mundo carece de valor si no es como algo en donde es posible anticipar *la vida eterna*[22]*, como si sólo fuese capaz de gustar de antemano del sabor incomparable de su muerte, como si cualquier otro manjar le supiese a nada y a cenizas en comparación con ese, como si no supiese vivir más que en la continua espera de su eternidad y como si esta espera fuese el único goce que le permitiera soportar la vida.*

B) La dialéctica del alma y del Otro: Dios como Otro omnipresente

Aunque en la dialéctica anteriormente expuesta, el místico no encontraba problema para integrarse en la comunidad de los fieles, hay otro aspecto en el que la mística se desgaja terminantemente de la religiosidad común e, incluso, de los más altos desarrollos de la especulación teológica, internándose en un camino sin retorno y en abierta contradicción con todo

[22] El «morir por no morir», de Santa Teresa o San Juan de la Cruz.

sentido común y todo pensamiento filosófico o científico. Este camino de la mística es esa otra vía, ese «secreto seguro y deleitoso» (Fray Luis de León) que la Institución ha admitido siempre al lado del otro —del común— sin poder explicar ni su legitimidad ni su sentido: la ciencia mística es el gran misterio de la Iglesia y, también, su más notable contribución al misterio; en ella se encierra un enigma que la Institución no podía descifrar, pero que era capaz de respetar y venerar, reconociendo así el derecho a la existencia a una religiosidad totalmente diferente de la común. En esta ciencia mística excedieron ante todo dos pueblos: Alemania y España, pero mientras que en Alemania se desarrollaría más adelante como especulación (de Eckhart y Böhme a Hegel y Heidegger), en España la mística se integró plenamente en la vida de la Institución en el caso de San Juan —«Doctor místico» de la Iglesia— o fue aniquilada por ella en el de Molinos (no sin antes haber dado origen a la última corriente mística del catolicismo, la que termina con la polémica entre Fenelon y Bossuet).

La especificidad de este segundo aspecto de la mística es una afirmación tan rotunda como contraria al juicio y a la razón comunes: el mismo Dios que ha creado el universo entero y de quien tenemos noticias a través de sus incomparables obras está presente, en persona, *en el interior del alma humana; dentro del alma humana hay* Otro [23] *y ese Otro es, nada menos, Dios mismo; y, lo que es más, el alma humana tiene la posibilidad de llegar a unirse con ese Otro y ser una con él, sin que ello signifique ni que ese Otro sea lo mismo que el alma ni que ésta pueda unirse enteramente con él. La mística se caracteriza por postular, en el ser mismo del alma, una relación dual que no era un* meru factum *sino el resultado de una* versión *del alma hacia ese Otro, de tal suerte que el movimiento en que el alma se vuelve hacia el Otro*

[23] La «otreidad» (*anderheit*), de Ruysbroeck.

y lo reconoce en sí misma como quien es es el movimiento del Otro hacia el alma. Además, en el reconocimiento del Otro siempre es el alma la que da el primer paso y el Otro va siguiendo, paso a paso, los pasos del alma. El Otro está siempre en el alma pero sólo en potencia: el Otro no puede estar en el alma sin el alma; el Otro está en el alma como algo distinto de ella en tanto en cuanto ésta reconoce en sí al Otro y le reconoce como Dios. El Otro no quiere estar en el alma sin el alma, bien al contrario está en ella «esperando» a que el alma quiera estar con el Otro; el Otro quiere «habitar» en el alma y acompañarla y ser acompañado por ella. (En la filosofía moderna será Kant quien exponga una doctrina próxima a la de esta dualidad al afirmar que el sujeto empírico recibe su verdad del Otro —del pensamiento puro, del sujeto trascendental— pero sin que esta dualidad subjetiva tenga nada que ver con una relación personal.) Frente al monismo del cogito la mística reconoce una dualidad esencial, basada en una diferencia insuperable entre los dos términos de la polaridad y en la existencia de toda una serie de características propias de cualquier relación intersubjetiva humana aunque potenciadas al máximo y consideradas en la mayor parte de los casos como teniendo un valor puramente metafórico (amor, sufrimiento, preocupación o disgusto por el hombre; etc.). A diferencia del autoengendrarse propio de la reflexión, la relación entre el alma y el Otro —su verdadero «nacimiento según el espíritu» —tiene por fundamento una diferencia insuperable. Ante el alma se abren dos caminos: o encerrarse en sí misma y darse un ser mediante la reflexión sobre sí en la que es, al mismo tiempo, origen y fruto, o abrirse al Otro y nacer a la vida del espíritu merced a esa apertura: engendrarse a sí misma en la autoconciencia —lo que Molinos llama «enmarañarse en sí misma»— o ser fecundada por el Otro y dar origen a un alma totalmente renovada y situada, por encima y más allá de la diferencia entre el engendrar y el ser engendrado, en la unidad del amor, que nada sabe de

rostros. Podemos dar el nombre de «compañía» a esa relación entre el alma nacida de nuevo a sí misma y a Dios y ese Otro que sin esa compañía no sería más que esa «soledad sin vida» de que hablaba Hegel. El alma espiritualizada da a Dios lo único que a éste le falta, compañía, ese sin lo cual el único eterno y omnisciente habría terminado de ser, habría sido ya todo lo que podría ser y no habría nada nuevo en él: el alma espiritualizada es aquello que «le falta» a Dios como Dios es aquello que le falta al alma: en ella repite Dios el eterno misterio de su propio nacimiento —procesión trinitaria— y de su propia manifestación-encarnación—.

Esta compañía entre Dios y el alma se realiza de dos formas diferentes: como relación vocal y como relación afectiva. El orientarse hacia Dios del alma es interpretado como respuesta a una interpelación del Otro, a una llamada divina[24]; pero no hay que pensar que esta llamada de Dios tenga un carácter audible para el alma; Dios no dice nada, sino que calla[25]; estrictamente hablando la presencia de Dios en el alma tiene la paradójica forma de una ausencia: Dios está en el alma de manera tal que ni se le ve, ni se le oye ni se le siente. El misterio de la fe estriba en reconocer la presencia de Dios precisamente en su ausencia —lo que la teología expresa diciendo que Dios es espíritu puro—; en este sentido, podría decirse que la soledad del alma consigo misma es la garantía de la presencia de Dios, esto es, de que tal pre

[24] «Mira que te da Dios voces para que te entres en tu interior centro» (*Guía espiritual*, L. III, 119).

[25] Es el «silencio místico» (*Guía*, L. I, 129), que ya en el *Poliandres*, de Hermes Trimegisto, era considerado como el único nombre de la divinidad («Recibe los puros sacrificios de palabras que te ofrecen un alma pura y un corazón dirigido hacia ti, Inexpresable, Inefable, tú a quien solo el silencio nombra»). Entender esta paradoja de «oír el silencio» es ser iniciado en lo más arduo de la experiencia mística (Cfr., vgr., Mme. Guyón: «Mi corazón sin ruido de palabras, se hace oír de su bien amado, y *oye* a su vez el *silencio* profundo del Verbo siempre elocuente, que habla sin cesar en el fondo del alma»).

sencia tiene lugar en el elemento de la fe y no en la esfera de lo natural sensible o de lo finito[26]. *Arrebatada por la llamada de Dios, el alma inicia un coloquio silencioso con él en el que éste le responde con su silencio: el alma habla a Dios con palabras audibles, al tiempo que el silencio de Dios le responde con palabras inaudibles, inarticuladas y, sin embargo, reales. También en este punto se aproxima la mística a la filosofía para separarse rápidamente de ella: el habla interior del místico es el* «se ipse alloquendo» *de San Agustín o el* «unmittelbares Selbstgespräch mit sich» *de Hegel, sólo que el* ipse *más profundo del alma —su más secreta fuente— es otra persona distinta del* se *y la alocución del Otro no obra sobre el alma más que porque ésta de por sí le presta oídos, mientras que el coloquio consigo mismo del sí mismo toma la forma de un coloquio con el Otro del alma que no es «inmediato», como creía Hegel, sino* mediato: *está sometido a la mediación de la palabra del alma y de su forma de interpretar el silencio. El asunto de este coloquio del alma sólo puede ser el de la vida espiritual del alma, y no, como en Hegel, la esencia de Dios, de la que el alma sólo puede tener un conocimiento aproximado, en imagen, metáfora o mito. De este modo, la vida del místico se pasa en coloquios con Dios y, una vez transformada en él, su* trato *con él es idéntico a su propio existir cotidiano*[27]; *mejor dicho, es en su cotidiano vivir donde el alma reconoce la presencia de Dios y es en la forma de vivificar su vida diaria en la que se le atestigua que ese Otro es Dios; porque comparte con él el vivir cotidiano sabe que es un Otro* omnipresente *al que nada se le escapa y porque sabe que puede estar en la presencia del Otro continuamente le reconoce como verdadero Dios (pues Dios es Dios porque puede elevar a sí mismo a lo más modesto y vestir de sí a lo*

[26] *Guía espiritual,* L. III, 115.

[27] Trato que resulta posible gracias al *trueque* de amor de que habla San Juan de la Cruz (Cfr., *Cántico espiritual,* canción 12; BAC, 733).

más desnudo: en cuanto espíritu Dios es el ser capaz de hundirse en lo radicalmente Otro y elevarlo hasta sí mismo, en cuanto espíritu Dios es el poder de permanecer en el extrañamiento absoluto y de rescatarse a sí mismo de él).

Además de esta relación vocal, el alma y el Otro se une en una relación afectiva de bien distinta natu raleza y efectos, aunque inseparable de la anterior. Al igual que la llamada del Otro irrumpe en la soledad del alma consigo misma en su coloquio reflexivo, el afecto del Otro quiebra la soledad del alma en su amor por sí propia; al igual que la llamada se hace presente en la mente, el amor del Otro hiere al alma y rompe el sortilegio que la encierra en la esfera de sí misma; en esta medida la mística puede hablar de una «herida»: el alma es herida por el amor del Otro, el alma acepta su propia herida, acepta que el Otro abra en ella la herida que le hace mortal en cuanto diferente del Otro y ansiosa de la muerte que lo unirá definitivamente con él pero que le lleva a descubrir la puerta por donde el Otro puede entrar en ella y ella salir de sí misma. Por medio de la «herida» mística el alma descubre que no es la cárcel de sí misma, que no está encerrada en sí misma como en una cárcel sino que hay en ella una puerta que le permite aban donar el «sombrío despotismo del yo» (Rumi) y salir de la prisión del propio a la esfera del amor. A diferencia de las mónadas de Leibniz, las almas místicas tienen puertas por donde pueden salir de sí mismas, puertas por donde puede entrar Dios[28] y esa cerrazón y completitud del yo se quiebra en la vulnerabilidad del alma a las flechas del amor; mientras que en la esfera del alma como mente no hay nada que pueda destruir la impenetrabilidad del yo propio—, en la esfera del alma en cuanto sentimiento hay algo que

[28] Así, el místico puede hablar, indiferentemente, de una «salida» del alma de sí misma y de una «entrada» de Dios en el alma (vgr. «... la pacífica entrada de aquel gran Señor, que quiere unirse y transformarse contigo»; *Guía espiritual*. L. III, 34.

permite la salida del alma —«vuelo» místico—. En la mística cristiana esta vulnerabilidad del sentimiento ha sido expresada en los términos de una relación entre un amigo y su amado[29] *o en los más frecuentes de una relación amorosa entre una esposa —el alma y su esposo Dios—. Sólo en Molinos nos encontramos con una relación entre Dios y el alma que no es pensada en términos de relación afectiva o amorosa, sino en los de una humillación*[30]*. El alma se humilla ante Dios, contempla su diferencia con respecto a la esencia eterna y mantiene viva esta diferencia sabiendo que aún le falta muchísimo para ser comparable a ella. El alma sabe lo mucho que le separa de Dios y ese saber le garantiza la inagotabilidad de la esencia divina: siempre hay una inmensa diferencia entre el hombre y Dios, siempre le queda al hombre una infinitud por conocer. En Molinos la obsesión por la humillación responde a un secreto temor y a una secreta soberbia: el temor a agotar a Dios, la soberbia de desear tener a Dios por entero para sí. La necesidad de humillación responde a la preocupación por sentirse siempre una cosa despreciable ante Dios a fin de vencer la secreta tentación de llegar a ser enteramente igual a él, pero esta humillación le excluye del comercio del amor: si es tan despreciable nada tiene que dar a Dios y si nada vale con respecto a Dios no puede aspirar a ser amado por él. En esta medida lo que posibilita la relación con Dios hace imposible su pleno cumplimiento, y lo que San Juan de la Cruz experimentara como deseo de amar, y de amar cada vez más*[31]*, Molinos lo reduce a una humi-*

[29] La relación entre el *amic* y el *amat*, en Raimundo Lulio. En el *Lamento de Ariadna*, de Nietzsche, la misma relación entre el hombre y el dios es vivida en forma de violenta agresión: «Me encorvo, me retuerzo, atormentado / Por todas las eternas torturas, / Herido / Por ti, el más cruel de los cazadores, / ¡Desconocido - Dios!»

[30] «Tanto cuanto se humillan con el verdadero desprecio, y propio conocimiento, tanto más agradan a Dios»; *Guía espiritual*, L. III, 12.

[31] «No puede desear el alma enamorada, por más confor

llación y un desprecio de sí continuados y a una com placencia en el ser despreciado[32]. *Al sentir el abismo que le separa de Dios, Molinos encuentra un camino seguro para llegar a él: si comparada con Dios el alma humana no es nada, eso quiere decir que no hay nada en ella que Dios pueda apetecer. Si el hombre es tan despreciable que nunca podrá representar nada a los ojos de Dios eso supone que para él el hombre es nada y una nada que sólo tiene relación con la esencia divina en la medida en que es una nada que anhela a Dios y sólo con él puede satisfacerse, pero este anhelo es un puro vacío que puede ser llenado, un* hambre *insaciable cuya insaciabilidad se adecúa perfectamente a la plenitud divina; esta nada es, simplemente, el sentimiento de una carencia y de una ca rencia total, un vacío que sólo tiene el instinto de llenarse como si no pudiese hartarse nunca, pero también como si ningún manjar pudiera satisfacerle en lo más mínimo. Para mantener viva la herida de ese vacío Molinos se priva de todos los bienes que podrían ser objeto de su apetencia a fin de que su búsqueda no se detenga en ningún momento, y así hasta que la muerte le ponga* punto final: *su miedo secreto es llegar a ser Dios antes de tiempo o, más bien, que el hombre pueda llegar en vida a ser igual a Dios, a abarcarlo por completo. De esta manera, la* diferencia *entre Dios y el hombre, en vez de ser el espacio que el amor llena y colma se convierte en un* abismo *insalvable y la relación entre el alma y el Otro se cumple como desprecio e injuria: el alma cree poder ganarse el amor del Otro humillándose, sin darse cuenta de que al humillar a la criatura humilla al Creador de quien es obra y que al despreciarse priva a Dios*

midad que tenga con el Amado, la paga y salario de su amor, por el cual salario sirve al Amado; y de otra manera no sería verdadero amor, porque el salario y paga de el amor no es otra cosa (ni el alma puede querer otra), sino más amor hasta llegar a perfección de amor, porque el amor no se paga sino de sí mismo» (San Juan de la Cruz, *Cántico espiritual*, canción 9; BAC, 726).

[32] *Guía espiritual*, L. III, 7.

del amor de la criatura por sí misma, *sin el cual el amor de la criatura por Dios carece de convicción íntima. Para extremar la diferencia entre la criatura y Dios Molinos hace del ser del alma una nada, una cosa mezquina y despreciable, y en lugar de «glorificar a Dios en su cuerpo» —como quería el apóstol— se convierte en reproche vivo contra Dios por haber hecho de él un reproche vivo. La nada de Molinos no es el vacío de los budistas* [33]*, esa certeza de que el yo no existe más que como realidad* reificada, *sino el resultado de una identificación encubierta: el yo es aquella parte del alma que, en tanto que* mal, *se es cinde de la esencia y que nunca llegará a resolverse en ella; esa parte de sí que el alma excluye de su relación al Otro considerándola como indignidad y vileza es esa parte de sí con la que, secretamente, se identifica y lo que, de cara a la esencia humana en la mente de Dios, aparece como* individualidad. *Moli nos no llega de sintetizar armoniosamente el amor de sí mismo y el amor de Dios, de tal manera que se ame a sí mismo en Dios y a Dios en sí mismo, sino que, incapaz de contraponer a la esencia eterna el misterio de su propio ser y el goce de su participación de ella, entiende que su ser es algo mezquino y odioso, y que sólo Dios es amable. Molinos entiende que el* odio de sí mismo [34] *es la imagen de la relación de Dios para con el ser del alma. En la medida en que no entiende el anhelo de Dios en el hombre como la necesaria consecuencia de su naturaleza espiritual, la vida sólo le aparece como* tormento, *y Dios como el espectador de la miseria humana y no de la grandeza*

33 Molinos oscila entre una concepción del alma como nada —esto es, como diferencia absoluta de la divinidad y una concepción de la nada como camino «atajo»— hacia lo in finito: en ambos casos la «nada» de Molinos tiene una «positividad» que la distingue netamente del «vacío» de que habla el budismo Zen; para éste no se trata de aniquilar el «propio», sino de comprender que el yo no existe, que es una ficción del pensamiento.

34 «No tiene humildad interior el que no se aborrece a sí mismo con un mortal odio» (*Guía espiritual*, L. III, 103).

de su destino de ser, en un mismo cuerpo, alma y Dios[35], de estar encadenada a Dios en un cuerpo y de tener por compañero de celda a lo infinito.

San Juan de la Cruz y Molinos parecen haber tomado por modelo de su experiencia mística las experiencias terrenales del amor y del hambre; mientras que para la primera la independencia de su objeto es su propia condición de existencia, para la otra la distancia respecto de la cosa apetecida es dolor y lo que media entre ella y su objeto un sufrimiento sin sentido: es la paz de la eternidad frente a la prisa del tiempo, la perfección del instante de amor frente a la insaciable inquietud del «feroz devorador de todas las cosas». Con todo, cada una de estas experiencias participa de su contraria: para San Juan de la Cruz el tiempo de la vida terrenal tiene la forma de tormento de amor, de sufrimiento de la separación y de sufrimiento de no poder amar cada vez más hasta colmar la medida infinita del amor; para Molinos el tormento de estar separado de Dios se presenta como fidelidad total al objeto eterno y desprecio absoluto de la existencia terrena.

Para el místico el alma es «la morada de Dios» y éste el «centro interior del alma»[36]. El alma es la morada de Dios, pues en ella puede hacerse presente Dios y permanecer continuamente. El alma limpia es transparente para Dios, de tal manera que, al no tener que ocultarle nada, viven una misma vida, sólo que el alma la vive con la finitud que le es propia. El alma del justo es una morada adecuada para Dios en

[35] Incomparablemente más fiel al espíritu del cristianismo, Quevedo pudo escribir: «alma a quien todo un Dios prisión ha sido».

[36] «... tu alma es el centro, la morada y el reino de Dios» (*Guía espiritual*, L. I, 1); «El alma (...) debe recogerse dentro de sí misma en su puro y hondo centro, donde está la imagen de Dios; allí la atención amorosa, el silencio, el olvido de todas las cosas, la aplicación de la voluntad con perfecta resignación, escuchando y tratando con él tan a solas como si en todo el mundo no hubiese más que los dos» (*Ibid.*, Proemio, 15).

la medida en que el justo no le oculta nada, sino que le muestra su vida y su ser. El justo edifica una casa para Dios en su alma a fin de tener una vida plena y de compartirla con él; así considerada la historia humana es la edificación progresiva del cuerpo de Dios y su dirección es el «cuerpo místico» o «cristosfera»: unidad de la comunidad humana en la idea del Hombre perfecto, en la idea del Hijo.

Por otra parte, Dios es el «centro interior del alma», lo absolutamente íntimo [37], lo que no se puede nombrar a otro, allá donde el alma se hunde en sí misma: la unidad del alma y de Dios en el espíritu, unidad mediata por cuanto que el alma se presenta allí a sí misma no en su existencia empírica sino en cuanto Hijo, esto es, en cuanto ideal inalcanzable de unidad con la idea divina de Hombre. El alma se identifica con la idea del hombre perfecto tal y como reside en su centro y, merced a esta identificación [38] participa de la vida divina, de la vida procesual de Dios. Lo interior es, también, lo profundo, la profundidad abismal e insondable del alma, la grandeza y la miseria de su destino. Que Dios es el centro interior del alma quiere decir que es en Dios donde el alma puede abismarse y abandonarse en la certeza de su eternidad: es el «punto del sí mismo absolutamente libre» (Hegel, *Fenomenología del espíritu*) en el que el alma puede encontrar sosiego y reposo, en la medida en que es un punto «incumplido». Pero Dios es también el centro del alma, el punto con respecto al cual se definen todos los restantes, el punto con respecto al cual se mide la distancia del alma a su ideal, la visión omnímoda, omnicomprensiva y justa. Por esta razón, Dios puede ser considerado como visión

[37] La consideración de Dios como lo más íntimo al alma, que procede de San Agustín, toma diversas formas en la mística cristiana: *das Innigste*, en Eckhart; la *Inburgheit*, de Suse; *het binnenste*, de Ruysbroeck; la *fuente escondida*, de San Juan de la Cruz.

[38] Bien podemos denominar «identificación» a esta unión con el Otro divino en la que las diferencias son preservadas.

del alma —«justo juez» y visión en la que se determina la calificación moral del alma, su verdad desde el prisma de la ley divina. La exposición *del alma* ante *Dios determina la naturaleza individual del alma concreta y por tanto la independencia de su* posición *en el ser. Esta exposición del alma ante Dios es una* posición *en el sentido fichteano del término, esto es, como identidad de existencia y propio esfuerzo del alma en la realidad independiente que es un salir fuera de Dios, un separarse o desgajarse en el que el alma es engendrada como realidad independiente y, al mismo tiempo, un retornar del alma a Dios, puesto que la mostración tiene a Dios por espectador En su calidad de* mostración *la exposición del alma es un despojarse de todas las vestiduras y caretas interpuestas entre ella y los otros y ella misma, un ser vista tal cual es, en la desnudez absoluta. Dios como juez es, pues, Dios como inteligencia que da fe y sienta acta de la identidad entre la criatura y el designio divino y, por tanto, como* garante de la identidad personal.

Para Molinos, el Dios que reside en el centro del alma juzga a ésta por relación a la idea divina de hombre por lo que el alma se ve condenada a una eterna culpa, *a estar continuamente en culpa ante Dios en razón de su inadecuación a aquella idea. De su no-identidad con la esencia humana deduce su culpa y, por esta razón, se siente en permanente* deuda *con Dios y, en esa medida, como vileza y miseria insuperables: el monto de su deuda para con Dios vendría dado por la diferencia entre lo recibido por éste en el momento de su creación y lo que el alma había sido capaz de hacer con lo que le había sido dado. Al no poder sacar partido del don divino, el alma se siente* ingrata *y desagradecida, y al contemplar la diferencia infinita entre la esencia y su realidad inmediata se concibe como nada. Se diría que, para Molinos, Dios es incapaz de compartir con el hombre la falta en el perdón de los pecados, como si no pudiera* sufrir *al hombre y asumir la culpa con*

la simultánea conciencia plena de la falta que el pecador se oculta[39]. *El místico se ve abrumado por el temor a perder la proximidad de Dios, proximidad que establece la verdad de su ser y que le muestra el camino hacia la unión con él —divinización del alma . Molinos no cree que pueda cargar a Dios con el sufrimiento de la falta que le apartó de lo divino, piensa que en cuanto alma no divinizada es, literalmente,* insufrible. *De ahí el misterio de la* culpa: *¿cómo es posible que Dios, que hace al hombre de una manera determinada, le culpe y condene luego por ser como él le ha hecho?, ¿si Dios da al hombre una medida en la participación de su ser, cómo podrá juzgarle luego por ingratitud? Para Molinos el hombre es un ser cargado de ingratitud, un ser que apenas puede hacer otra cosa con el bien infinito del espíritu que recibe de Dios que no sea algo bajo y despreciable, pero, en tal caso, queda en pie un interrogante: ¿cómo es posible que se juzgue al hombre con una medida tan desproporcionada a su ser y a su valor? La mística molinosista se queda atascada en el atolladero de su incapacidad para entender el papel del hombre en la economía divina: dado que el hombre procede de Dios, ¿cómo explicar la* limitación *que le es propia sin condenarlo como miseria y sin condenarse, eo ipso, al autodesprecio y al odio?, ¿si el ser humano se odia a sí mismo, cómo podría amar a su origen (siendo así que el origen no está presente en lo originado)?, si el hombre es nada y miseria, ¿qué podrá darle a Dios, en qué medida podrá inscribirse en su deseo —en su agrado o beneplácito— y acertar a obrar adecuadamente? En últi-*

[39] Una vez más la comparación con San Juan de la Cruz pone de manifiesto la evolución de la mística cristiana hasta las posturas de Molinos: «De donde las almas esos mesmos bienes poseen por participación que El por naturaleza; por lo cual verdaderamente son dioses por participación, iguales y compañeros suyos de Dios» (*Cántico espiritual*, canción 39; BAC, 805).

mo término, el discurso del místico se ve abocado a la abolición del discurso y a la parálisis del obrar.

Con el quietismo la mística cristiana muere en una doctrina que enuncia la supresión de toda doctrina y la aniquilación del sabio. La enseñanza de Molinos supone la renuncia a cualquier intento de intervenir en el mundo desde el éxtasis místico[40] *y de reconocer por entero a Dios en las criaturas, rompiendo el diálogo con Dios en el mundo y desesperando de que aquéllas puedan informarle de él (recuérdense las preguntas y respuestas de las criaturas en las «Canciones entre el alma y el esposo» de San Juan). El cristianismo de Molinos renuncia a reconocerse en lo sensible habitado por el hombre; el ser que se presenta ante Dios no es el ser humano en la totalidad de su existir sino aquél que ha hecho de sí mismo un cadáver sin vida ni pensamiento, y que aguarda la muerte mimando la pantomima del cuerpo enterrado*[41]*. Para Molinos el hombre no guarda y custodia la hora de la muerte sino que la anticipa esperándola como si fuese ya el despojo mortal de un alma hecha tierra y como si hubiese confiado su espíritu al relicario de un cuerpo sin vida.*

En el molinosismo la alternativa entre la ausencia y la presencia de Dios no se resuelve de manera compatible con la existencia terrenal del hombre. El ser humano queda enclaustrado en un punto cero *del*

[40] En la gran mística anterior hay un tránsito del éxtasis a la acción que interviene en el mundo por medio de la caridad activa y de las obras (Santa Teresa, *Moradas*, VII), tránsito que falta por completo en el quietismo. Molinos no parece tener presente la exhortación de la *Epístola de Santiago*: «Poned por obra la Palabra y no os contentéis sólo con oírla, engañándoos a vosotros mismos. Porque si alguno se contenta con oír la Palabra sin ponerla por obra, ése se parece al que contempla su imagen en un espejo: se contempla, pero, en yéndose, se olvida de cómo es» (1, 22-24).

[41] «Los grados de la humildad son las calidades del cuerpo enterrado; estar hediondo y corrompido asimismo, y en su propia estimación ser polvo y nada, finalmente si quieres ser bienaventurada aprende a menospreciar y ser menospreciada» (*Guía espiritual*, L. III, 98).

deseo, en un existir que tiene la forma de la náusea de existir. El quietismo será incapaz de preservar la distancia entre Dios y el hombre de forma tal que éste no haya de parecer ni de sacrificar la realización de sus potencialidades para poder estar seguro de agradar a Dios sino que tenga la certeza de la coincidencia entre la realización de sí mismo como esencia espiritual y el agrado divino. La reconciliación entre el hombre y Dios es pospuesta a otra vida, mientras que ésta es abandonada por completo al curso necesario del orden mundano y a la tutela de la jerarquía eclesiástica; al margen de la Institución, al margen de la historia y de la naturaleza el místico se encierra en un mutismo absoluto y hace de la nada su sustancia y su sustento.

Cuadro cronológico

1628 Nace en Muniesa de Aragón.
1646 Estudios en el Colegio de San Pablo (Compañía de Jesús).
1652 Es ordenado presbítero.
1665 Va a Roma como procurador en el caso de beatificación del padre Rojas.
Asiste en Roma a la Congregación «Escuela de Cristo».
1675 Publica en Roma la *Guía espiritual.*
1676-
1682 Polémicas en torno al quietismo.
1678 Refutación de la *Guía* por Bell'huomo.
1680 El jesuita Paolo Segneri publica su *Concordia* contra Molinos.
1681 Condena de Bell'huomo y Segneri: la *Concordia* es puesta en el índice.
1685 El cardenal Cesar d'Estrées —enviado de Luis XIV— denuncia la *Guía* ante la Inquisición.
1685 Prisión de Molinos: es acusado de difundir el quietismo en círculos secretos, de defender la licitud de los actos carnales y de inducir a despreciar los crucifijos y demás símbolos religiosos; Molinos aceptó la segunda acu-

sación, confesando actos sexuales propios y ajenos.

1685 Comienza el proceso contra Molinos, acusado de herejía; se citan unos setenta testigos.

1686 En Italia son encarceladas unas 200 personas, acusadas de quietistas.

1687 Se cierra el proceso: Molinos es condenado a cadena perpetua.

1687 Abjuración solemne de Molinos: se condena a Molinos a no confesarse más que cuatro veces al año, a rezar diariamente el credo y parte del rosario y a llevar continuamente el sambenito.

1688 Violenta campaña antimística: condena de numerosos libros, acusados de quietismo, entre ellos los de Molinos.

1688 Inocencio XI condena el molinosismo en la Bula *Caelestis Pastor*, donde se exponen las 68 proposiciones que resumen la acusación contra Molinos.

1696 Muerte de Molinos en la cárcel de la Inquisición.

Obras de Miguel de Molinos

Guía espiritual que desembaraza al alma y la conduce por el interior camino para alcanzar la perfecta contemplación y el rico tesoro de la paz interior; editada por primera vez en Roma por Miguel Hércules en 1675. Reimpresiones: Madrid, Sanz, 1676 (texto utilizado en la presente edición); Zaragoza, Lanaja, 1677; Sevilla, López, 1685. Traducciones: italiano (1675), francés (1688), holandés (1688), inglés (1688), alemán (1699), latín (1687). Reimpresiones recientes de la *Guía espiritual*: Barcelona, R. Urbano, 1906; Madrid, Imprenta Galo Sáez, 1935 (Eduardo Ovejero y Maury); Madrid, Edición de la Cultura Española, 1935 (J. Entrambasaguas); Buenos Aires, Colección «Los místicos», 1943 (Arturo Serrano Plaja).

Otras obras:

Breve tratado de la comunión cuotidiana; Roma, Miguel Hércules, 1675.

Cartas escritas a un caballero español desengañado, para animarle a tener oración mental, dándole modo para ejercitarla; Roma, Miguel Hércules, 1676.

BIBLIOGRAFÍA

Maestro ECKHART, *El libro del consuelo divino.* Madrid, Aguilar, 1963.

G. W. F. HEGEL, *Fenomenología del espíritu.* Traducción W. Roces. México, FCE.

R. M. del VALLEINCLÁN, *La lámpara maravillosa.* Madrid, Aguilar, «Obras», Tomo I.

M. MENÉNDEZ Y PELAYO, *Historia de los heterodoxos españoles*, Tomo II. Madrid, 1880 (reimpreso en la BAC).

P. DUDON, *Le quiétiste espagnol Michel Molinos.* Paris, Beauchesne, 1921.

J.-L. GERÉ, *La notion d'indifférence chez Fénelon et ses sources.* Paris, PUF, 1956.

Jesús ELLACURIA BEASCOECHEA, *Reacción española contra las ideas de Miguel de Molinos (Proceso de la Inquisición y refutación de los teólogos).* Bilbao, Gráficas Ellacuria, 1956.

Francisco SÁNCHEZ CASTAÑER, *Miguel de Molinos en Valencia y Roma (Nuevos datos biográficos).* Valencia, Artes Gráficas Soler, 1965.

Helmut HATZFELD, *Estudios literarios sobre mística española.* Madrid, Gredos, 1968.

Leszec KOLAKOWSKI, *Chrétiens sans Eglise. Cons-*

cience religieuse et lien confessionnel en France au XVII siècle. Paris, Gallimard, 1969.

Thomas MERTON, *El Zen y los pájaros del deseo.* Barcelona, Kairós, 1972.

D. T. SUZUKI, *Essais sur le Bouddhisme Zen*. Paris, Albin Michel, 1972; esp. Tomo II, cap. XIII: *La passivité dans la vie bouddhique.*

J.-R. ARMOGATHE, *Le quiétisme*. Paris, PUF, 1973.

Claudio LENDÍNEZ, *Trenta y tres proposiciones heréticas sobre Miguel de Molinos*. Madrid, Júcar, 1974.



GUIA ESPIRITUAL

A la Excelentísima Señora Doña Inés de Fonseca y Zúñiga, Condesa de Monterrey y de Fuentes, Marquesa de Tarazona, Varonesa de Maldegem, Pitem, y Coleschara, Señora de las Casas y Estados de Viedma y Ulloa, y de las Villas de Berín, y Pazos, Oimbra, Babila Fuente, Villoruela, Cordobilla, Huerta, Moriñigo, Aldea-Rubia, Salmorales, Liñares, Santo Domingo, Entrala y Torre del Salinar y de la Villa, y Puerto de Gambados, Pertiguera Mayor de la Tierra de Santiago, Patrona del Colegio del Arzobispo Mayor de la Universidad de Salamanca y del Mayor y Menor de la Universidad de Santiago, &c.

Excma. Señora:

La *Guía espiritual* que escribió el Doctor Miguel de Molinos, sacerdote contemplativo, apreciada por tesoro de tantos varones de la Curia Romana, e impresa en ella, he determinado publicar de nuevo en esta Curia Real y Católica, v para acrecentarle la autoridad que trae de Roma, consagrarla al nombre de V. Ex. cuyos pasos caminan por el mismo sendero que inspira a V. Ex. el mismo espíritu que guió la

pluma de quien nos dio esta *Guia*. Enséñanos a caminar a la unión con Dios, y con su voluntad, en que consiste toda la humana perfección, y aunque promete su título desembarazar de tropiezos el cami no, y lo procuran sus documentos, advierte su contexto que aun en la vereda mas encumbrada no faltan estorbos, tentaciones y adversidad. Parece fábula la que se cuenta del monte Olimpo en Macedonia, cuya altura (fingen) que excede la Region del aire y esta exenta de sus impulsos. Sola la eminencia celestial blasona este privilegio: y aun en ella halló despeño el angel, porque se apartó de Dios, y le impelió el huracan de la soberbia. La Humanidad de Christo halló tentaciones en un escelso monte; pero unida con Dios no pudo despeñarse. Solo en Dios se halla segura paz: no hay altura (si no es en el) que la consiga. Grande es la altura de V. Ex. ¿Quien mas excelsa en sangre, en insignes, y Heroicos Progenitores, Corona dos de lucidísimos servicios de su Religion, de su Rey y de su Patria? Dueña y señora de tantos estados y de vasallos no numerables. Casada con un heroe, que se eleva sobre toda alabanza. Ambos excelentes en otra altura mejor, que es la de la virtud, piedad y ejemplo. Y tantas alturas y tan nobles, que exceden la del Olimpo celebrado, que presumió tener nombre de Cielo, no han podido dejar de sentir las mociones de los vientos y tocar tropiezos en el camino mas igual, mas liso de sus acciones. ¿Que mucho? Pues aun en esta via unitiva el que mas se eleva en la contemplación, y union Divina, halla no pocas veces abrojos de sequedad, adversidad en su espíritu y mo ciones peligrosas de precipicios: porque el oro no tocado en piedra, no ha probado que no es adulterino. Véncelo todo la Fe, la confianza y uniformidad con el querer divino. Esta doctrina enseña esta *Guia*; y esta practica V. E. con sumo cuidado. De que no se puede dudar, que cantará la victoria, quedando más excelsa de cada día en la altura temporal, y en la de su espíritu (que en su acertado uso se herma nan, no se oponen) hasta coronarse con la eterna.

Entre tanto deseo que guarde Dios a V. Exc. muchos años, para ejemplo, y guía, cuyos pies besa su menor criado.—Excma. Señora, B. L. P. de V. Ex.—Su criado *Isidoro Caballero*.

El que lo saca a luz al lector sincero, la paz que el inquieto mundo dar no puede

Hoec verba fidelissima sun et vera[1].
(Apoc. xxii.)

Palabras fidelísimas y verdaderas son, lector sincero, las que en este pequeño libro rebosó (inspirado, y aun impelido del Padre de los eternos resplandores) el corazón profundo y lleno de luz de un varón bueno. Palabras, vuelvo a decir, son fidelísimas y verdaderas; palabras de vida y de luz, las cuales, si deseas caminar derecho y seguro por el camino de la abundante justicia y equidad, serán antorcha inextinguible a tus pies y fanal siempre ardiente a tus pisadas.

No la vana ambición de la vanísima alabanza de los hombres, ni algún otro humano motivo, o terreno respeto, tuvieron parte en la composición de esta obra, o la tienen en la publicación: sólo el puro amor del aumento de la divina gloria, el limpio y ardiente

[1] «Estas son palabras ciertas y verdaderas.»

deseo de promover la perfección cristiana, movieron a quien escribió estas altas verdades a escribirlas, y mueven a quien las publica a publicarlas.

Porque su autor (continuamente ocupado en el consuelo y gobierno de almas sin número, que Dios le fía, sin buscar ninguna por estarse en su soledad y despego, que es el que anhela) escribió con pluma velocísima este tratado, sin más enseñanza que la de la santa oración; sin más lección y estudio que el interior tormento, que es la oficina donde se labra la verdadera sabiduría; sin más artificio que el interior impulso; y sin más reflexión e intento que el corresponder al eterno beneplácito y divina inspiración, y no ofendería la verdad si dijese violencia. Deseando, pues, que este libro saliese a la pública luz para común utilidad y guía de las dichosas almas, que por la derecha senda de la negación de sí mismas caminan a las felicísimas y serenas alturas de la mística perfección, intenté repetidas veces con su autor me lo entregase, y no pudiendo conseguirlo, me valí de su espiritual guía, el cual, habiéndoselo pedido y leído, me lo entregó.

Yo he solicitado la impresión y he allanado algunas dificultades que en ella se han ofrecido, pareciéndome que se complace de esto aquel gran Padre de familias, que no enciende tales antorchas para que estén inútilmente escondidas, sino para que ardan en su místico candelero; y también por saber el útil que de esto ha de resultar a los verdaderos espirituales y puramente místicos; porque no basta escribir de la divina influencia, y de la pasiva e interior comunicación, como muchos altamente hasta ahora han escrito, si no se desembaraza el camino y se le descubren al alma las dificultades que pasan dentro de sí misma, y la impiden la subida a este sublime estado. Este sólo ha sido el intento del autor, y parece que con singular acierto lo ha conseguido. Porque su doctrina es práctica, su luz es pura, su estilo es sencillo, elevado, y su inteligencia, clara, aunque profunda.

Lee, pues, lector caro, con toda seguridad y alegría santa, mas juntamente con atención y consideración devota, este práctico libro de la interior vida, en el cual hallarás el maná escondido de la divina sabiduría y dulzura; el nombre y asunto nuevo de la interior paz, congrua y altamente explicado. Aquí hallarás la diferencia que hay de la meditación a la contemplación de la adquirida a la infusa. Aquí se descubren las miserias del alma, las tentaciones del enemigo, sus astucias, enredos y sutilezas. Y aquí, finalmente, hallarás las secretas sendas para alcanzar todas las virtudes y subir al alto monte de la contemplación, de la aniquilación, de la transformación e interior paz.

Si eres oveja cándida y no errante del Pastor divino, y fielmente sigues su amoroso silbo conducido de esta espiritual guía, entrarás en los suavísimos pastos de la bienaventurada, tranquilísima y amenísima suavidad interior, regada con los cristalinos torrentes de la indeficiente y divina luz que rebosa en este libro; y no sólo iluminará tu entendimiento, sino que tam bién inflamará tu voluntad, y llenando de espiritual gordura su alma, la dejará con ardientes deseos de reformarse y ser conformada a la imagen resplandeciente de la eterna voluntad.

Entra, entra, lector amantísimo, en este dichoso camino que te enseña esta fiel y luminosa guía. Este es el camino de equidad, de juicio y justicia. Camino de bendición, santificación y verdad. Camino de sabiduría, paz y fortaleza. Camino de quietud, luz y con sejo. Estrecho solamente en las entradas, ancho en medio, y en el progreso y fin espaciosísimo.

Este es el camino de la verdadera latitud del corazón y de la real libertad de los hijos de Dios, fuera del cual toda anchura es estrechez; toda libertad, esclavitud; todo descanso, trabajo; toda paz, guerra; toda quietud, inquietud; toda alegría, falsa; toda felicidad, angustia; toda grandeza, vanidad; y todo alivio, aflicción del espíritu. Este es el santo e inmaculado camino que seguro y derechamente conduce a la vida eterna; y sin peligros y embarazos, ni ofen-

sas, guía a las altas y serenas cumbres del monte de la cristiana perfección. Monte todo bienaventurado y pacífico, todo tranquilo y luminoso, adonde no llegan las nubes de las humanas ceguedades y apetitos; ni las inquietudes de las terrenas pasiones, ni los vientos y tempestades de las humanas variaciones e inconstancias o de los temporales accidentes y sucesiones. A este bienaventurado término te conduce esta espiritual guía. Mira cuántas y cuán grandes cosas se contienen en este pequeño libro. Dichoso tú, devoto lector, si no solamente lees, mas juntamente haces lo que en él leas.—*Vale.*

Tu hermano y siervo en J. C. crucificado. FRAY JUAN DE SANTA MARÍA.

Aprobación del ilustrísimo y reverendísimo señor el Padre Fray Martín Ibáñez de Villanueva, de la Sagrada Religión de los Trinitarios descalzos, calificador de la Santa Inquisición en España, examinador sinodal del arzobispado de Toledo, doctor laureado en la Universidad de Alcalá y catedrático de Prima de Scoto *en la misma Universidad, y hoy dignísimo arzobispo de Rijoles.*

He visto y leído, y con toda la aplicación de la mente, he considerado el libro compuesto en el castellano idioma, trabajado por el doctor Miguel de Molinos, sacerdote, cuyo título es *Guía espiritual que desembaraza al alma para alcanzar la perfecta contemplación*, etc., de la cual, sin la guía de la interior experiencia, es muy dificultoso hacer propio juicio. Trata, pues, de los escondidos misterios de la contemplación altísima y discurre sobre los secretos de la Teología mística, que se huyen a los ojos de las comunes ciencias; pero aunque estos soberanos secretos son muy elevados sobre todo humano discurso, con todo eso, no sólo no son disonantes al recto dictamen de la razón, pero en todo son a ella conformes.

Abraza, pues, la doctrina, conforme al sentir de los

Santos Padres, y muy común a los místicos. No habla por propio capricho, porque sigue las pisadas de los antiguos, apoyado siempre en sus principios y espirituales fundamentos, los cuales reduce a un recto y claro método de *thesauro suo nova, et vetera profluens*[1].

El estilo es claro en lo más obscuro; fácil, en lo más arduo; llano, en lo más alto; lleno con prudente celo; rico con reverencia sencilla, y eficaz con religioso fervor. No se aparta de los testimonios de las Escrituras Sagradas, de las doctrinas de los Santos Padres, de los decretos de los concilios y de la integridad de las costumbres. Por lo cual, juzgué era una obra utilísima para la edificación espiritual de los fieles, y por eso, muy digna de que se dé a la estampa.—En roma a 14 de mayo de 1675. DON MARTÍN, ARZOBISPO DE RIJOLES.

Aprobación del reverendísimo padre Fray Francisco María de Bolonia, calificador de la Santa Romana Universal Inquisición, consultor de otras Congregaciones y ministro general de toda la Orden de San Francisco.

El libro, cuyo título *Guía espiritual, etc.*, su autor, el doctor Miguel de Molinos, declara doctrina sana, y conforme a los dichos de los santos, realza con espirituales reglas la ciencia mística; y lo que con especialidad parece más digno de alabanza es que, con un estilo y método sencillo, toca el ápice de la contemplación. Por lo cual juzgo con sencillez, que es no menos digno de aprobación, que será de provecho a los que caminan por la vía del espíritu.—En el convento de Araceli de los Religiosos menores de N. S. P. San Francisco. Roma, 18 de abril de 1675. —FRAY FRANCISCO MARÍA, MINISTRO GENERAL DE TODO EL ORDEN DE NUESTRO PADRE SAN FRANCISCO.

[1] «Haciendo salir de su tesoro cosas nuevas y antiguas.»

Aprobación del reverendísimo padre Fray Domingo de la Santísima Trinidad, calificador y consultor del Santo Oficio de Malta, y calificador de la Santa Romana Universal Inquisición, general que fue de su religión de Carmelitas descalzos, y hoy definidor general y rector del Seminario de las Misiones en el convento de San Pangracio.

Jesús María.

Yo, el infrascrito, he leído con atención un tratado intitulado: *Guía espiritual, que desembaraza al alma y la conduce por el interior camino para alcanzar la perfecta contemplación y el rico tesoro de la interior paz*, compuesto por el doctor Miguel de Molinos, sacerdote, en el cual no he hallado cosa alguna contraria a la fe ni a las buenas costumbres; antes hay bellísimos documentos espirituales, proporcionados al precioso fin del autor, que es conducir al alma devota por medio de la negación de las cosas terrenas, y de la aniquilación de sí misma a la perfecta contemplación y al inestimable gozo de la paz interior, que proviene de la amorosa unión con Dios. Por lo cual juzgo muy digno de la estampa, mayormente para el provecho de las almas que aspiran a tan gran bien.—De nuestro convento de San Pangracio a 20 de mayo de 1675.—FRAY DOMINGO DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD, DEFINIDOR GENERAL Y RECTOR DEL SEMINARIO DE LAS MISIONES EN EL DICHO CONVENTO.

Aprobación del reverendísimo padre Fray Francisco Xérez, predicador de Su Majestad Católica, examinador sinodal que fue del arzobispo de Sevilla, provincial tres veces de su sagrada religión de los capuchinos en la provincia de Andalucía, y hoy definidor general de toda su religión.

Esta obra repartida en tres libros, con el título *Guía espiritual, que desembaraza al alma y la condu*

ce por el interior camino, para alcanzar la perfecta contemplación y tesoro de la paz; compuesta por el doctor Miguel de Molinos, he leído con toda aplicación, y no sólo no hallo en ella cosa censurable, sino sólida y utilísima doctrina, muy conforme a la de los santos padres y doctores sacros, y tan digna de aprecio y estimación como manifiesta la interior eficacia del espíritu, con que enseña el camino espiritual, arduo, secreto y conocido de pocos; y el ardiente celo con que enseña y persuade su segura dirección, suministrando avisos tan oportunos, documentos tan necesarios y reglas tan seguras, que el alma que las practicare subirá sin riesgo al sagrado monte de la divina contemplación, más con vuelos angélicos que con pasos humanos: Donde superior a sí misma, en su total abnegación, transportándose en la admiración del sumo bien que contempla, encontrará aquella suma tranquilidad, que enseña a ignorar dichosamente todo aquello que no es Dios: en quien sólo vive por excesivo amor, experimentando en esta familiaridad el tesoro inestimable de la paz interior, vinculada en una perfectísima unión y resignación total de sí misma, que es la cumbre de la perfección a que puede aspirar el deseo, y a que camina felizmente, lo que con tanto acierto discurre en esta obra su autor. En confirmación de lo cual dice el seráfico doctor San Buenaventura: *Si autem quæris quomodo hæc, fiant? Interroga gratiam, non doctrinam, desiderium, non intelectum, gemitum orationis, non studium lectionis, sponsum, non magistrum, Deum, non hominem, caliginem non claritatem, non lucem, sed ignem totaliter inflamantem, et in Deum excessivis unctionibus, et ardentissimis affectionibus transfferentem* (in Itenera, mente, in Deum, capítulo VII) *de exce. mental* [3]. Y

[3] «Y si quieres saber cómo tienen lugar estas cosas pregunta a la gracia, no a la doctrina; al deseo, no al intelecto; al gemido de la oración, no al empeño de la lectura; al esposo, no al magistrado; a Dios, no al hombre; a la tiniebla, no a la claridad; no a la luz, sino al fuego que inflama to

así juzgo esta obra, muy digna de la imprenta, y doy la razón, usando de las palabras mismas del doctor seráfico en el prólogo de *Mística Teología*: Para que aprenda toda ánima racional del sumo y eterno doctor a adquirir la ciencia en la cual toda razón y entendimiento humano desfallece, y el afecto dispuesto por el amor, adelantándose a toda humana inteligencia, triunfa únicamente con la regla del amor unitivo a aquel Señor que es fuente de toda bondad, y quien dirige el espíritu. Así lo siento *salva in omnibus*[4], *etc*. En este convento romano de la Inmaculada Concepción de la Virgen María Nuestra Señora de los Frailes Menores Capuchinos de Nuestro Seráfico Padre San Francisco a 3 de junio de 1675. FRAY FRANCISCO XEREZ.

Aprobación del Reverendísimo Padre Martín de Esparza, de la Compañía de Jesús, catedrático de Teología de la Universidad de Salamanca y del Colegio Romano, consultor de la Sagrada Congregación de Ritos y consultor y calificador del Santo Oficio de Valladolid, y calificador de la Santa Romana Universal Inquisición.

En el libro, cuyo título es *Guía espiritual*, autor el doctor Miguel de Molinos, y trata de dirigir las almas en la vía contemplativa, no hallo cosa contraria a la sana doctrina y a los sentimientos comunes de los Santos Padres y demás escritores píos, ni a la santidad y perfección de las costumbres. Siendo muy cierto que el ejercicio de la contemplación divina es muy arduo y difícil, por razón de la vehemente resistencia contra ella de todas las potencias naturales, según su innata inclinación, no es menos claro que es también difícil sobre modo y singularmente recón-

talmente y que, en unciones excesivas y afectos ardientísimos, traslada hasta Dios.»

[4] «Indemne entre todos.»

dita la consideración refleja y la dirección de la misma contemplación, por razón de la pesada debilidad del entendimiento humano, especialmente donde se halla destituido del apoyo de la fantasía, la cual ciertamente le desampara en dicha consideración y dirección refleja, tanto y aun mucho más que el mismo acto de la contemplación. Por lo cual me parece muy loable y digno de singular estima el conato de este libro, como empleado en la trabajosa y profunda explicación de la contemplación divina, y porque encamina a ella hasta su cumbre y última perfección (según lo poco que a mí se me alcanza) muy acertadamente. Será de mucha utilidad y provecho de las almas salga a luz pública y se comunique a todos. Dado en el Colegio Romano de la Compañía de Jesús a 16 de mayo de 1675. MARTÍN DE ESPARZA.

Aprobación del Reverendísimo Padre Fray Diego de Jesús, religioso descalzo de la Orden de la Santísima Trinidad; redención de cautivos, procurador general de la familia de España y ministro del convento de San Carlos de Roma.

Reverendísimo Padre:

Con singular gusto y edificación he leído este libro intitulado *Guía espiritual que desembaraza al alma y la conduce por el interior camino para alcanzar la perfecta contemplación y el rico tesoro de la interior paz.* Su autor, el doctor Miguel de Molinos, presbítero; y no hallo en él cosa alguna que se oponga a nuestra santa fe católica o a las buenas costumbres; antes bien contiene doctrina sana y segura, que servirá de guía a muchas almas que por la senda estrecha de la perfección cristiana buscan sedientas a Dios, que es la fuente viva. Por lo cual puede V. Reverendísima permitir se dé estampa. Así lo siento, salvo, etc. En este convento de San Carlos de Roma del Orden de

Trinitarios descalzos españoles, redentores de cautivos, a 26 de abril de 1675. FRAY DIEGO DE JESÚS, PROCURADOR GENERAL Y MINISTRO.

Imprimatur, si videbitur Reverendisim P. Mag. Sac. Ap. Pal.

I. de Ang. Archiep Urb. Vicesg.

Imprimatur.

Fr. Raymundus Capisuecus Ordin. Praed. Magister Sacri Apostolici Palatii.

Aprobación del Padre Fray Alonso de los Santos, definidor que ha sido de la provincia de San José de descalzos de nuestro Padre San Francisco, y guardián del Real convento de San Gil, de esta corte.

M. S. P.

Por mandato de V. A. he visto el tratado que se intitula *Guía espiritual*, que compuso el doctor Miguel de Molinos, presbítero, v dividió en tres libros, en que propone los más seguros medios para llegar el alma al más heroico y alto fin de la contemplación y unión con Dios, dando en ellos claras noticias de los estorbos que en esta empresa se ofrecen común mente para desalentar las almas en la prosecución de ella; da también enseñanza para desvanecer estos estorbos y de las calidades que ha de tener la luz, confesor y maestro que ha de escoger para que la encamine, rindiéndose con toda seguridad a su obediencia; y justamente da las señas que ha de tomar el alma para reconocer en sí el aprovechamiento espiritual en que se halla, y si ha llegado al fin de esta jornada en consumada perfección, que es todo lo que conduce para el mejor acierto en ella.

He visto —como digo— este tratado, y le he leído una y segunda vez, y siempre me deja más gustoso;

porque si (como dice Hugo Cardenal) entonces es fastidiosa la lección y congojosa al espíritu, cuando en la cualidad y en la cantidad es dilatada y prolija: *Lectio duobus modis fastidium ingerere solet, et affli gere spiritum, qualitate, videlicet, si obscurior est, et quantitate, si proligior stiterit*[5]. He descubierto en esta obra que, siendo muy obscura y dificultosa de suyo, el autor la trata con tanta claridad, que el más rudo la puede percibir y aprovecharse mucho en la leyenda de ella; y siendo materia que pide dilatados tratados, la abrevia y la recoge con toda distinción en pequeño volumen, adornado con las más autorizadas sentencias y pareceres de los santos y doctores que han escrito cerca de esta materia, ciñendo y ajustando con toda propiedad los lugares de escritura que trae para su apoyo, excusando la demasía y superfluidad en las palabras y cargando el cuidado en lo subs tancial y sentencioso de las suyas, que es lo que se ha de atender en las materias que se tratan, aun no de tanto peso e importancia como ésta, en que se ajusta con lo que dijo Quintiliano: *Ubi maxima perum momenta versantur, non debet quisquam de verbis esse solicitum*[6] (Quintil, VIII. Inst. 3); con que cuanto dice este autor es el escogidísimo y purísimo grano con que las almas se alimentan, es luz que las despierta y enseña el camino más cierto y seguro para llegarse a Dios en toda perfección, y centellas que a los tibios encienden para la empresa de ella, y a los ya aprovechados los mejora y anima para que con nuevas ansias prosigan hasta el fin; por esto y por la conformidad con nuestra fe católica, autoridades de los santos y sagrados concilios con que se ajusta cuanto esta obra contiene, es mi parecer que será del agrado y servicio de Dios el sacarla a la

[5] «De dos modos puede una lectura producir fastidio y afligir el espíritu: por la cualidad, si es demasiado oscura, y por la cantidad, si es demasiado larga.»
[6] «Cuando están en juego los más grandes aspectos de las cosas, no debe uno ser cuidadoso de las palabras.»

publicidad, mandando que se imprima. Este es mi sentir en este convento de San Gil el Real, de Madrid, y marzo a 3 de 1676. FRAY ALONSO DE LOS SANTOS.

Liencia de los señores del Consejo.

Miguel Fernández de Noriega, secretario del Rey nuestro señor y escribano de Cámara más antiguo del Consejo, certifico, que por los señores del, se ha dado licencia a Isidoro Caballero, Librero para que por una vez pueda imprimir y vender un libro, intitulado *Guía espiritual*, compuesto por el Doctor Miguel de Molinos, por el que se ha impreso antes de ahora, que va rubricado y firmado al fin de mi firma; con que antes que se venda se traiga al Consejo, juntamente con su original, y certificación del Corrector, de estar impreso conforme a él, y se tase el precio a que se ha de vender, guardando en la impresión lo dispuesto por las leyes y pragmáticas destos Reynos; y para que conste, lo firmé en Madrid a quatro días del mes de Marzo de mil y seiscientos setenta y seis años.—MIGUEL FERNÁNDEZ DE NORIEGA.

Aprobación del doctor D. Juan Mateo Lozano, capellán de honor, predicador de Su Majestad y cura propio de la iglesia parroquial de San Miguel, de esta corte.

Por mandato del Ilmo. Sr. Dr. D. Francisco Forteza, vicario de esta corte, electo obispo de Zaragoza en el reino de Sicilia, he visto el libro intitulado *Guía espiritual*, compuesto por el doctor Miguel de Molinos, el cual, sobre la seguridad de su doctrina, conforme en todo a la de los santos padres, decretos de los concilios y de la integridad de las costumbres, se

halla calificado con las censuras de los más autorizados sujetos de la Corte Romana, donde se dio a luz la primera vez el año pasado de setenta y cinco. Y así, me parece que será de mucho aprovechamiento para los que tratan de espíritu, y por eso muy digno de que se dé segunda vez al molde. Así lo siento en San Miguel de Madrid a 17 de marzo de 1676. El Doctor Don Juan Mateo Lozano.

Licencia del ordinario.

Yo el Doctor Don Francisco Forteza, electo obispo de Zaragoza, Reyno de Sicilia y Vicario desta villa de Madrid, y su Partido: por el presente, y por lo que a Nos toca, damos licencia para que se imprima el libro intitulado *Guía espiritual*, escrito por el Doctor Miguel Molinos Presbítero: atento por la censura de arriba consta no hay en él cosa contra nuestra Santa Fe Catolica, y buenas costumbres. Dada en Madrid, a diez y siete días del mes de Marzo de mil y seis cientos y setenta y seis años.—Doctor Don Francisco Forteza.

Por su mandado,
Jacinto de Vera.

GUIA ESPIRITUAL

QUE DESEMBARAZA AL ALMA Y LA CONDUCE POR EL INTERIOR CAMINO PARA ALCANZAR LA PERFECTA CONTEMPLACIÓN Y EL RICO TESORO DE LA INTERIOR PAZ

AL QUE LEYERE

No hay cosa más difícil en el mundo que agradar a todos, ni más fácil y usada que censurar los libros que salen a la luz pública. Al común riesgo de entrambos daños salen sujetas todas las obras que se publican, sin excepción de ninguna, aunque amparadas de la mayor protección. ¿Qué será de este pequeño librito sin patrocinio, cuyo manjar, por místico y mal guisado, lleva consigo la común censura y el desabrimiento? Si no lo entiendes, lector amigo, no por eso le censures.

Oirá y leerá el hombre racional estas espirituales materias, pero no llegará (dice San Pablo), a comprenderlas: *Animalis homo non percipit ea, quæe sunt spiritus dei*[7]. (I Ad. Cor. 2.) Si las condenas, te condenas al número de los sabios de este siglo, de quienes dice San Dionisio que no les comunica Dios esta sabiduría como a los sencillos y humildes, aunque en el concepto del mundo sean ignorantes.

La ciencia mística no es de ingenio, sino de experiencia; no es inventada, sino probada; no leída, sino recibida, y así es segurísima y eficaz, de gran ayuda y colmado fruto.

[7] «El hombre natural no capta las cosas del espíritu de Dios.»

No entra la ciencia mística en el alma por los oídos, ni por la continua lección de los libros, sino por la liberal infusión del Divino Espíritu, cuya gracia se comunica con regaladísima intimidad a los sencillos y pequeños (Math. II).

Hay algunos doctos que no han leído jamás estas materias, y algunos espirituales que hasta ahora no las han gustado, y por esto los unos y los otros las condenan; aquéllos por ignorancia y éstos por falta de experiencia.

Es cierto que a quien le falta la experiencia de esta dulzura no podrá juzgar de estos misterios secretos; antes bien, se escandalizará, como hacen muchos, de oír las maravillas que usa el amor divino con las almas, por no ver en las suyas esas finezas.

¿Quién pondrá tasa a la bondad divina, cuya mano no está abreviada para hacer lo que en otros tiempos? No llama Dios por mérito al más fuerte, sino al más flaco y miserable, para que más resplandezca su infinita misericordia.

No es esta ciencia de teórica, sino de práctica, en donde sobrepuja con grandísima ventaja, la experiencia, a la más avisada y despierta especulativa; y como los sabios puramente escolásticos no la experimentan, la condenan: *Hi autem quæ cunque ignorant blasphemant* [8] (Judæ I). Por eso advirtió la bienaventurada madre Santa Teresa de Jesús a su padre espiritual que no tratase las materias espirituales sino con hombres que lo fuesen; *Porque si no saben* (dice) *más de un camino, o se han quedado en el medio, no podrán así atinar*. (Vida, capítulo XXII.)

Bien se conocerá que no tiene experiencia de esta práctica y mística ciencia el que condene la doctrina de este libro, y que no ha visto a San Dionisio, San Agustín, San Gregorio, San Bernardo, Santo Tomás, San Buenaventura y otros muchos santos y doctores aprobados por la Iglesia, que aprueban, califican y

[8] «Estos, por su parte, blasfeman de todo cuanto ignoran.»

enseñan, como experimentados, la práctica de esta doctrina.

Debe advertirse que la doctrina de este libro no instruye a todo género de personas, sino solamente a aquellas que tienen bien mortificados los sentidos y pasiones, y que están ya aprovechadas y encaminadas en la oración, y llamadas de Dios al interior camino, a las cuales alienta y guía, quitándolas los impedimentos que embarazan el paso a la perfecta contemplación.

He procurado que el estilo de este libro sea devoto, casto y provechoso, sin exornación de pulidas frases, sin ostentación de elocuencia ni sutilezas teológicas. Sólo he atendido a enseñar la verdad desnuda con humildad, sencillez y claridad.

No admire ver salir cada día a la luz del mundo nuevos libros espirituales, porque Dios tiene siempre que comunicar nuevas luces, y las almas tienen siempre necesidad de estas instrucciones. Ni todo está dicho, ni todo está escrito; y así, habrá siempre que escribir hasta el fin del mundo. Admirables fueron las luces que Dios comunicó a su Iglesia por medio del doctor angélico Santo Tomás, y en la hora de su muerte dijo él mismo que le había comunicado Su Majestad tanta luz en aquel instante, que era nada cuanto hasta entonces había escrito. Luego tiene y tendrá siempre Dios nuevas luces que comunicar, sin que se agote su infinito saber.

No deben acobardar las muchas y graves penas del interior camino, porque lo que mucho vale, razón es que cueste. Ten buen ánimo, que no sólo las que aquí se representan, sino muchas más, vencerán con la divina gracia e interior fortaleza.

No ha sido jamás mi intento tratar de la contemplación ni de su defensa, como muchos que docta y especulativamente han publicado enteros libros llenos de eficaces razones, de doctrinas y autoridades de los santos y de la Sagrada Escritura, para desvanecer la opinión de los que la han condenado y condenan por

no haberla experimentado ni aun especulativamente entendido.

La experiencia de largos años (por las muchas almas que se han fiado de mi insuficiencia para la conducción del interior camino a que han sido llamadas) me ha enseñado la grande necesidad que hay de quitarlas los embarazos, inclinaciones, afectos y apegos, que totalmente las impiden el paso y el camino a la perfecta contemplación.

Todo este práctico libro se dirige a este principal intento; porque no basta asegurar el anterior camino de la contemplación contra los que lo contradicen, si no se les quita a las almas llamadas y aseguradas los embarazos que las estorban el paso y el espiritual vuelo, para cuyo fin me he valido más de lo que Dios por su infinita misericordia me ha inspirado y enseñado, que lo que la especulativa lección de los libros me ha administrado e instruido.

Tal vez (aunque poca) cito alguna autoridad de autor práctico y experimentado para que se entienda que no es singular y rara la doctrina que aquí se enseña. Este, pues, ha sido mi primer blanco: no asegurar el interior camino, sino desembarazarlo. El segundo, instruir a los directores para que no estorben el curso a las almas llamadas por estas secretas sendas a la interior paz y suma felidad. Quiera Dios, por su infinita misericordia, se consiga lo que tanto se desea.

Ya se que muchos, por falta de experiencia, han de censurar lo que aquí se enseña; pero fío en Dios se han de aprovechar algunas almas de las que Su Majestad llama a esta ciencia, por cuyo fruto daré por bien empleado mi desvelo. Este ha sido el blanco único de mi deseo, y si Dios (como es constante), acepta y se sirve de estos puros deseos, quedaré contento, aunque rígidamente censurado.—*Vale.*

PROEMIO

Advertencia I.

De dos modos se puede ir a Dios: el primero, por meditación y discurso; el segundo, por pura fe y contemplación.

1. Dos modos hay de ir a Dios: uno por consideración y discurso, y otro por pureza de fe, noticia indistinta, general y confusa. El primero se llama meditación; el segundo, recogimiento interior o adquirida contemplación. El primero es de principiantes; el segundo, de aprovechados; el primero es sensible y material; el segundo es más desnudo, puro e interior.

2. Cuando el alma está ya habituada a discurrir en los misterios, juntándose con la imaginativa y usando de imágenes corporales, siendo traída de criatura en criatura y de noticia en noticia (teniéndola muy corta de lo que desea) y de éstas al Creador, entonces la suele coger Dios de la mano (si no es que la llame a los principios y la introduzca sin discurso por el camino de la pura fe), y haciendo que deje atrás el entendimiento todas las consideraciones y discursos, la adelanta y saca de aquel estado sensible y material, y hace que debajo de una simple y obscura noticia de fe aspire sólo con las alas del amor a su Esposo, sin que tenga ya necesidad para amarle de las per-

suasiones e informaciones del entendimiento, porque de ese modo sería muy corto su amor, muy pendiente de las criaturas, muy a gotas y esas caídas a pausas y despacio.

3. Cuanto menos pendiente de criaturas y más estribare sólo en Dios y su secreta enseñanza, mediante la fe pura, más firme, durable y fuerte será el amor. Después que ya el alma ha adquirido la noticia que la pueden dar todas las meditaciones e imágenes corporales de las criaturas, si ya el Señor la saca de ese estado privándola del discurso, dejándola en la divina tiniebla para que camine por el camino derecho y fe pura, déjese guiar y no quiera amar con la escasez y cortedad que ellas le informan, sino suponga que es nada cuanto todo el mundo y los más delicados conceptos de los entendimientos más sabios la puedan decir, y que la bondad y hermosura de su amado excede infinitamente a todo su saber, persuadiéndose que todas las criaturas son muy bozales para informarla y traerla al verdadero conocimiento de su Dios.

4. Debe, pues, pasar adelante con su amor, dejandose atrás todo su entender. Ame a Dios como es en sí y no como se lo dice y forma su imaginación; y si no lo puede conocer como es en sí, ámelo sin conocerlo debajo de los velos obscuros de la fe, de la manera que un hijo que nunca ha visto a su padre, por lo que de él le han informado, a quien da todo crédito, le ama como si ya le hubiera visto.

5. El alma, a quien se le ha quitado el discurso, debe no violentarse ni buscar por fuerza noticia más clara o particular, sino sin yugos ni arrimos de consuelos o noticias sensibles, con pobreza de espíritu y vacío de todo lo que su apetito natural le pide, estar quieta, firme y constante, dejando obrar al Señor, aunque se vea sola, seca y llena de tinieblas, que si bien le parecerá ociosidad, es sólo de su sensible y material actividad, no de la de Dios, el cual está obrando en ella la ciencia verdadera. Finalmente, cuanto más sube el espíritu, tanto más se desarrima de lo sensi-

ble. Muchas son las almas que han llegado y llegan a esta puerta; pero pocas las que han pasado y pasan por falta de experimentada guía: y las que la tienen y han tenido, por no sujetarse con verdadero y total rendimiento.

6. Dirán que no amará la voluntad, sino que estará ociosa, si el entendimiento no entiende distinta y claramente; porque es asentado principio que no se puede amar sino lo que se conoce. A esto se responde que aunque el entendimiento no conoce distintamente, por discurso, imágenes y consideraciones, entiende y conoce por la fe obscura, general y confusa, cuyo conocimiento, aunque tan obscuro, indistinto y general, como es sobrenatural, es más claro y más perfecto conocimiento de Dios que cualquiera noticia sensible y particular que en esta vida se puede formar, porque toda imagen corporal y sensible dista de Dios infinitamente.

7. *Más perfectamente* —dice San Dionisio[9]— *conocemos a Dios por negaciones que por afirmaciones. Más altamente sentimos a Dios conociendo que es incomprensible, y sobre todo nuestro entender, que concibiéndole debajo de alguna imagen y hermosura creada, que entendiéndole a nuestro modo tosco.* (Mística Theológ., capítulo I, § 2.) Luego más estima y amor se engendrará de este modo confuso, obscuro y negativo que de otro cualquiera sensible y distinto; porque aquél es más propio de Dios y desnudo de criaturas, y éste, por el contrario, cuanto más depende de criaturas, tanto menos tiene de Dios.

[9] Durante toda la Edad Media se identificó al autor de un cierto número de obras de gran importancia en la historia de la mística con un miembro del areópago convertido por San Pablo en Atenas y martirizado en el año 95. Hoy se da el nombre de Dionisio el Areopagita o Pseudo Dionisio al autor de dichas obras, redactadas a fines del siglo IV o comienzos del V, en las que se percibe una fuerte influencia neoplatónica. Las obras del Pseudo-Dionisio, traducidas al latín por Escoto Erigena, ejercieron una gran influencia en la filosofía medieval.

ADVERTENCIA II.

En que se diferencia la meditación de la contemplación.

8. Dice San Juan Damasceno[10] (*de Fide,* lib. III, c. 24) y otros santos que la oración *es una subida o levantamiento del entendimiento en Dios.* Es Dios superior a todas las criaturas, y no puede el alma mirarle y tratar con él sino levantándose sobre todas ellas. Este amigable trato que el alma tiene con Dios, que es la oración, se divide en meditación y con templación.

9. Cuando el entendimiento considera los misterios de nuestra santa fe con atención para conocer sus verdades, discurriendo sus particularidades y ponderando sus circunstancias para mover los afectos en la voluntad, este discurso y piadoso afecto se llama propiamente meditación.

10. Cuando ya el alma conoce la verdad (ora sea por el hábito que ha adquirido con los discursos o porque el Señor le ha dado particular luz) y tiene los ojos del entendimiento en la sobredicha verdad, mirándola sencillamente, con quietud, sosiego y silencio, sin tener necesidad de consideraciones ni discursos, ni otras pruebas para convencerse, y la voluntad la está amando, admirándose y gozándose en ella, ésta se llama propiamente oración de fe, de quietud, reco gimiento interior o contemplación.

[10] Juan Damasceno (ca. 674 749) perteneció a una familia cristiana de Damasco. Su obra principal, *Fuente del conoci miento,* tiene tres partes: la primera es una exposición introductoria que sigue de cerca la metafísica y la lógica de Aristóteles; la tercera, que lleva el título de *De fide ortodoxa,* es una recopilación de las posiciones ortodoxas, tomada de la patrística griega. Esta recopilación, traducida al latín, ha bría de convertirse en una de las obras fundamentales de la escolástica. Juan Damasceno subordina enteramente la filosofía a la teología; la misión de aquella consiste en suministrar las pruebas de la existencia de Dios, aun cuando su esencia, piensa, haya de sernos incomprensible.

11. La cual dice Santo Tomás y todos los maestros místicos *que es una vista sencilla, suave y quieta de la eterna verdad, sin discurso ni reflexión* (22 q. 180, art. 3. et., 4). Pero si se alegra o mira los efectos de Dios en las criaturas, y entre ellas en la Humanidad de Cristo como más perfecta de todas, ésta no es perfecta contemplación, según aprueba Santo Tomás (*Ibi*), pues todas ellas son medios para conocer a Dios cómo es en sí; y aunque la Humanidad de Cristo N. S. es el medio más santo y más perfecto para ir a Dios, y el supremo instrumento de nuestra salud, y la canal por donde recibimos todo el bien que esperamos, con todo esto la humanidad no es el sumo bien, el cual consiste en ver a Dios; pero Jesucristo Nuestro Señor es más por su divinidad que por su Humanidad, así el que piensa y mira siempre a Dios (como la divinidad está unida a la Humanidad), siempre mira y piensa en Jesucristo N. S., mayormente el contemplativo, en quien la fe es más sencilla, pura y ejercitada.

12. Siempre que se alcanza el fin, cesan los medios, y llegando al puerto, la navegación. Así el alma, si después de haberse fatigado por medio de la meditación llega a la quietud, sosiego y reposo de la contemplación, debe entonces cercenar los discursos y reposar quieta con una atención amorosa y sencilla vista de Dios, mirándole y amándole, desechando con suavidad todas las imaginaciones que se le ofrecen, aquietando el entendimiento en aquella divina presencia, recogiendo la memoria, fijándola toda en Dios, contentándose con el conocimiento general y confuso que de él tiene por la fe, aplicando toda la voluntad en amarle, donde estriba todo el fruto.

13. Dice San Dionisio: *En cuanto a vos, carísimo Timoteo, aplicándoos seriamente a las místicas especulaciones, dejad los sentimientos y las operaciones del entendimiento; todos los objetos sensibles e inteligibles y universalmente todas las cosas que son y las que no son, y en una manera conocida e inefable, en cuanto al hombre es posible; levantaos a la unión de*

Aquel que es sobre toda la naturaleza y conocimiento. (Mística Theol.) Hasta aquí el santo.

14. Luego importa dejar todo el ser criado, todo lo que es sensible, todo lo que es inteligible, afectivo, y, finalmente, todo aquello que es y lo que no es, para arrojarse en el amoroso seno de Dios, que él nos volverá todo lo que hemos dejado, acompañado de fortaleza y eficacia para amarle más ardientemente, cuyo amor nos mantedrá dentro de este santo y bienaventurado silencio, que vale más que todos los actos juntos. Dice Santo Tomás: *Es muy poco lo que el entendimiento puede alcanzar de Dios en esta vida; pero es mucho lo que la voluntad puede amar.* (I. 2, qu. 27, art. 2. ad. 2.)

15. Cuando el alma llega a este estado, debe recogerse toda dentro de sí misma en su puro y hondo centro, donde está la imagen de Dios; allí la atención amorosa, el silencio, el olvido de todas las cosas, la aplicación de la voluntad con perfecta resignación, escuchando y tratando con él tan a solas como si en todo el mundo no hubiese más que los dos.

16. Con justa razón dicen los santos que la meditación obra con trabajo y con fruto; la contemplación, sin trabajo, con sosiego, paz, deleite y mucho mayor fruto. La meditación siembra y la contemplación acoge; la meditación busca y la contemplación halla; la meditación rumia el manjar, la contemplación le gusta y se sustenta con él.

17. Todo lo dijo el místico Bernardo sobre aquellas palabras del Salvador: *Querite et invenietis, pulsate et aperietur vobis. Lectio apponit ori solidum cibum, meditatio frangit, oratio saporem conciliat, contemplatio est ipsa dulcedo, quæ jucundat et reficit* [11]. *(De scala claustralium.)* Con esto se declara qué sea meditación y contemplación, y la diferencia que hay entra las dos.

[11] «Buscad y hallaréis, golpead y se os abrirá. La lectura pone ante la boca sólido alimento, la meditación lo desmenu za, la oración proporciona su sabor, la contemplación es la dulzura misma, que alegra y restablece.»

ADVERTENCIA III.

En que se diferencia la contemplación adquirida, y activa, de la infusa, y pasiva; y se ponen las señales por donde se conocerá cuando quiere Dios pasar al alma de la meditación a la contemplación.

18. Hay también dos maneras de contemplación: una imperfecta, activa y adquirida; otra infusa y pasiva. La activa (de la cual se ha hablado hasta ahora) es aquella que se puede alcanzar con nuestra diligencia, ayudados de la divina gracia, recogiendo las potencias y sentidos, preparándonos para todo lo que Dios quisiere; así lo dicen Royas (*in Vita Spir.*, c. 19, fol. 1043 y Arnaya (*Confessio* 47, p. 6).

19. Encarga San Bernardo[12] esta activa contemplación, hablando sobre aquellas palabras: *Audiam quid loquatur in me Deus*[13] (Psal. 84). Y dice: *Optimam partem elegit Maria, licet non minoris (fortasse) meriti sit apud Deum, humilis conversatio Martæ, sed de electione, Maria laudatur, quoniam illa omnino (quod nos spectat) eligenda; hæc vero si injungitur, patienter est toleranda*[14].

[12] Bernardo de Clairvaux, n. en 1091, cerca de Dijon, y m. en Clairvaux en 1153. Ingresó en la Orden del Císter, que habría de reformar más adelante. En 1115 fue nombrado abad del monasterio de Citeaux. Llevó una vida muy activa, luchando contra las herejías y predicando la segunda cruzada. Bernardo contrapone la búsqueda de Dios por un camino especulativo a la vía mística, en la que el conocimiento de Dios se consigue por la humildad y el amor. El alma, en la humildad, se va purificando a sí misma por medio de la mortificación, acto que se prolonga en el amor de Dios. La acción de la gracia, por último, permite al alma acceder al éxtasis místico, a la unión con Dios.

[13] «Oiré qué dice Dios en mí.»

[14] «María eligió la mejor parte, aunque quizá el humilde trato de Marta no sea el menor mérito ante Dios, sin embargo, en cuanto a la elección, María es alabada, porque aquella parte ha de ser absolutamente elegida; sin embargo, esta parte, si nos es impuesta, ha de ser tolerada pacientemente.»

20. Encarga también Santo Tomás (2. 2 q. 182 art. 2, et. 3) esta adquirida contemplación con las siguientes palabras: *Quanto homo animam suam, vel alterius propinguis Deo conjungit, tanto sacrificium es Deo magis acceptum, undo magis aceptum est Deo, quod aliquis animam suam et aliorum applicet contemplationi, quam actioni* [15]. Palabras verdaderamente claras para cerrar la boca a los que condenan la adquirida contemplación.

21. Cuanto más el hombre propincuamente se llega a Dios o procura llegar su alma y la de otros, tanto es mayor y más acepto sacrificio para Dios; de donde se infiere —concluye el mismo santo— que será en el hombre para Dios más agradable y acepta la aplicación de su alma y de las otras a la contemplación que a la acción. No se puede decir que hable aquí el santo de la infusa contemplación, porque no está en mano del hombre aplicarse a la contemplación infusa, sino a la adquirida.

22. Aunque se dice que podemos nosotros introducirnos a la contemplación, adquirida con la ayuda de Dios Nuestro Señor, con todo eso, nadie de su motivo se ha de atrever a pasar del estado de la meditación a éste sin consejo del experimentado director, el cual conocerá con claridad si es el alma llamada del Señor a este interior camino, o en falta del director lo conocerá la misma alma por algún libro que trate de estas materias, enviado de la Divina Providencia para descubrir lo que sin conocer experimentaba dentro de su interior. Pero aunque se asegurara por la luz del libro a dejar la meditación por la quietud de la contemplación, siempre le quedará un ardiente deseo de ser más perfectamente instruida.

[15] «Cuanto más une a Dios su alma el hombre o la de otro prójimo, tanto más agradable a Dios es el sacrificio; por tanto, es más agradable a Dios que uno aplique su alma o la de otros a la contemplación que a la acción.»

23. Y para que lo sea en este punto, quiero darle las señales por donde conocerá esta vocación a la contemplación; la primera y principal es no poder meditar, y si medita, es con notable inquietud y fatiga, mientras no provenga de la indisposición del cuerpo, ni desazón del natural, ni de humor melancólico, ni sequedad, nacida de la falta de preparación.

24. Conoceráse que no es ninguna de estas faltas, sino vocación verdadera, cuando se le pasa un día, un mes y muchos meses sin poder discurrir en la oración. *Llévala el Señor al alma por la contemplación* (dice la santa madre Teresa) *y queda el entendimiento muy inhabilitado para meditar en la Pasión de Cristo, que, como la meditación, es todo buscar a Dios, como una vez se halla, y queda acostumbrada el alma, por obra de la voluntad a volverle a buscar, no quiere cansarse con el entendimiento.* Hasta aquí la santa. (Morada VI, cap. 7.)

25. La segunda señal es que aunque le falta la devoción sensible busca la soledad y huye la conversación. La tercera, que la lección de los espirituales libros le suele dar fastidio, porque no le hablan de la interior suavidad, que está dentro de su interior, sin que lo conozca. La cuarta, que, si bien está privada del discurso, con todo eso se halla con propósito firme de perseverar en la oración. La quinta, reconocerá un conocimiento grande y confusión de sí misma, aborreciendo la culpa y haciendo de Dios más alta estima.

26. La otra contemplación es perfecta e infusa, en la cual (como dice Santa Teresa) *habla Dios al hombre, suspendiéndole el entendimiento y atajándole el pensamiento y tomándole* (como dicen) *la palabra de la boca, que, aunque quiera, no puede hablar, si no es con mucha pena. Entiende que sin ruido de palabras le está enseñando el Divino Maestro, suspendiéndole las potencias, porque entonces antes dañarian que aprovecharian, si obrasen. Gozan sin entender cómo gozan. Está el alma abrasándose en amor y no entiende cómo ama; conoce que goza de lo que*

ama y no sabe cómo lo goza; bien entiende que no es gozo que alcanza el entendimiento a desearlo; abrázale la voluntad, sin entender cómo; mas no pudiendo entender algo, ve que no es éste bien que se puede merecer con todos los trabajos, que se pasen juntos, por ganarle en la tierra. Es don del Señor de ella y del cielo que, en fin, da como quien es y a quien quiere y como quiere. En lo cual Su Majestad es el que todo lo hace, que es obra suya sobre nuestro natural. Todo es de la santa madre. (Camino de perf., cap. XXV.) Por donde se infiere que esta contemplación perfecta es infusa, la cual da el Señor graciosamente a quien quiere.

Advertencia IV.

Asunto de este libro, que es desarraigar la rebeldía de nuestra propia voluntad, para alcanzar la interior paz.

27. El camino de la interior paz es ajustarnos en todo con lo que la divina voluntad dispone. *In omnibus debemus subjicere voluntatem nostram voluntati divinæ, hæc est enim pax voluntatis nostrae, ut sit per omnia conformis voluntati divinæ*[16]. (Hugo Cardinalis in Psal. XIII.) Los que en todo quieren que suceda y se haga conforme a su gusto, no han llegado a conocer este camino *(Viam pacis non cognoverunt*[17] Ps. XIII), ni quieren andar por él; y así viven una vida amarga y desabrida, siempre inquietos y alterados, sin encontrar el camino de la paz, que es el de la total conformidad con la divina voluntad.

28. Esta conformidad es el yugo suave que nos introduce en la región de la paz y serenidad interior.

[16] «En todo debemos someter nuestra voluntad a la voluntad divina; pues esto es la paz en nuestra voluntad: que sea en todo conforme a la voluntad divina.»

[17] «No conocieron el camino de la paz.»

Por donde conoceremos que la rebeldía de nuestra voluntad es la causa principal de nuestra inquietud, y que por no sujetarnos al yugo suave de la divina, padecemos tantas turbaciones y desasosiegos. ¡Oh, almas! Si rindiésemos nuestra voluntad a la divina y a todas sus disposiciones, ¡qué tranquilidad experimentaríamos! ¡Qué suave paz! ¡Qué serenidad interior! ¡Qué suma felicidad y remedo de la bienaventuranza! Este, pues, ha de ser el asunto de este libro; quiera el Señor darme su divina luz para descubrir las secretas sendas de este interior camino y suma felicidad de la perfecta paz.

LIBRO PRIMERO

De las tinieblas, sequedades y tentaciones con que Dios purga a las almas, y del recogimiento interior o contemplación adquirida

CAPITULO PRIMERO

PARA QUE DIOS DESCANSE EN EL ALMA, SE HA DE PACIFICAR SIEMPRE EL CORAZÓN EN CUALQUIERA INQUIETUD, TENTACIÓN Y TRIBULACIÓN.

1. Has de saber que es tu alma el centro, la morada y reino de Dios; pero para que el gran rey descanse en ese trono de tu alma, has de procurar tenerla limpia, quieta, vacía y pacífica. Limpia de culpas y defectos, quieta de temores, vacía de afectos, deseos y pensamientos, y pacífica en las tentaciones y tribulaciones.

2. Debes, pues, tener siempre pacífico el corazón para conservar puro ese vivo templo de Dios, y con recta y pura intención has de obrar, orar, obedecer y sufrir sin género de alteración cuanto el Señor fuere servido de enviarte. Porque es cierto que por el bien de tu alma y tu espiritual provecho, ha de permitir al envidioso enemigo turbe esa ciudad de quietud y trono de paz con tentaciones, sugestiones y tribulaciones, y por medio de las criaturas, con penosas molestias y grandes persecuciones.

3. Está constante y pacifica tu corazón en cualquiera inquietud que te ocasionaren estas tribulaciones. Entrate allá dentro para vencerlas, que allí está la divina fortaleza que te defiende, te ampara y por ti guerrea. Si un hombre tiene una segura fortaleza, no se inquieta aunque le persigan los enemigos, porque en entrándose allá dentro, quedan burlados y

vencidos. El castillo fuerte para triunfar de tus enemigos visibles e invisibles, y de todas tus asechanzas y tribulaciones, está dentro de tu misma alma, porque allí reside la divina ayuda y el soberano socorro; éntrate allá dentro y todo quedará quieto, seguro, pacífico y sereno.

4. Tu principal y continuo ejercicio ha de ser pacificar ese trono de tu corazón para que repose en él el soberano rey. El modo de pacificarlo ha de ser entrándote dentro de ti mismo por medio del interior recogimiento. Todo tu amparo ha de ser la oración y recogimiento amoroso en la divina presencia. Cuando te vieres más combatida, retírate a esa región de paz, donde hallarás la fortaleza. Cuando más pusilánime, recógete a ese refugio de la oración, única arma para vencer al enemigo y sosegar la tribulación. No te has de apartar de ella en la tormenta, hasta que experimentes, como otro Noé, la tranquilidad, la seguridad y serenidad, y hasta que tu voluntad se halle resignada, devota, pacífica y animosa.

5. Finalmente, no te aflijas ni desconfíes por verte pusilánime; vuélvete a quietar siempre que te alteres, porque sólo quiere este divino Señor de ti, para reposar en tu alma y hacer un rico trono de paz en ella, que busques dentro de su corazón, por medio del interior recogimiento y con su divina gracia, el silencio en el bullicio, la soledad en el concurso, la luz en las tinieblas, el olvido en el agravio, el aliento en la cobardía, el ánimo en el temor, la resistencia en la tentación, la paz en la guerra y la quietud en la tribulación.

CAPITULO II

AUNQUE EL ALMA SE VEA PRIVADA DEL DISCURSO, DEBE PERSEVERAR EN LA ORACIÓN Y NO AFLIGIRSE, PORQUE ESA ES SU MAYOR FELICIDAD.

6. Hallaráste, como todas las demás almas a quienes el Señor llama al camino interior, llena de confusión y dudas por haberte faltado el discurso en la oración. Te parecerá que ya Dios no te ayuda como antes, que no es para ti el ejercicio de la oración, que pierdes el tiempo, pues no puedes, aun con fatiga, hacer un solo discurso como solías.

7. ¿Qué aflicciones y perplejidades te causará esta falta de discurso? Y si en esta ocasión no tienes un padre espiritual experimentado en el camino místico, te crecerá a ti la pena y a él la confusión. Juzgará que no está bien dispuesta tu alma, y que para la seguridad de tu conciencia tienes necesidad de una general confesión, y no se sacará más de esto que la confusión de entrambos. ¡Oh, cuántas almas son llamadas al interior camino, y en vez de guiarlas y adelantarlas los padres espirituales, por no entenderlas las detienen el curso y las arruinan!

8. Debes, pues, persuadirte, para no volver atrás cuando te faltare el discurso en la oración, que ésa es tu mayor felicidad, porque es señal clara te quiere hacer caminar el Señor por fe y silencio en su divina presencia, cuya senda es la más provechosa y la más

fácil. Porque con una sencilla vista o amorosa atención a Dios, se representa el alma como un humilde mendigo delante de su Señor, o como un niño sencillo se arroja en el suave y seguro seno de su amada madre. Así lo dijo Gerson [18]: *Ego licet per quadraginta annos vacaverim iectioni, et orationi, tamen nihil efficatius, et ad consecutionem misticæ Theologiæ compendiosus invenire potui, quam si spiritus noster fiat coram Deo, tamquam parvulus et mendicus* [19].

9. No sólo es esta oración la más fácil, pero es también la más segura, porque está libre de las operaciones de la imaginación, sujeta siempre a los enga ños del demonio y a los movimientos del humor melancólico y de discursos, en los cuales el alma fácilmente se distrae, y con la especulación se enmaraña mirándose a sí misma.

10. Queriendo Dios enseñar a su caudillo Moisés *(Exod. 34)* y darle las tablas de piedra con la divina ley escrita, le llamó a la falda del monte, en cuyo instante, estando Dios en él, quedó el monte tenebroso, circuido de obscuras y densas nubes, y Moisés ocioso, sin saber ni poder discurrir nada. Después de siete días, mandó a Moisés subir a lo alto del monte, donde se le manifestó glorioso y le llenó de gran consuelo.

11. Así a los principios que Dios quiere con extraordinario modo conducir al alma a la escuela de las divinas y amorosas noticias de la interior ley, la hace caminar con tinieblas y sequedades para acer-

[18] Juan Gerson, n. en Reims en 1363 y m. en 1429. Estudió y enseñó en París, llegando a ser canciller de la Universidad. Tuvo una participación muy destacada en el concilio de Constanza, ciudad donde residió de 1414 a 1418. Fue uno de los principales seguidores del nominalismo de Occam.

[19] «Aunque me haya entregado durante cuarenta años a la lectura y a la oración, nada he encontrado más eficaz y provechoso para el logro de la teología mística que éste: que nuestro espíritu llegue a ser ante Dios como pequeñuelo y mendigo.»

carla a sí, porque sabe muy bien la Divina Majestad que para llegarse a él y entender los divinos documentos, no es el medio el de la propia industria y discurso, sino el de la resignación con silencio.

12. ¡Qué grande ejemplo nos dio el patriarca Noé! Después de haberle todos tenido por loco, y estar en medio de un indómito mar, inundado por todo el mundo, sin velas ni remos, circuido de feroces animales dentro de la cerrada arca, caminó con sola la fe, sin saber ni entender lo que Dios quería hacer de él.

13. Lo que a ti más te importa (oh alma redimida), es la paciencia y no dejar la empresa de la oración, aunque no puedas discurrir; camina con la firme fe y con el santo silencio muriendo en ti misma con todas tus naturales industrias, que Dios es quien es, y no se muda, ni puede errar, ni querer otra cosa que tu bien. Claro está que quien ha de morir, es fuerza que lo sienta; pero ¡qué bien empleado tiempo el estar el alma muerta, muda y resignada en la divina presencia, para recibir sin embarazo las divinas influencias!

14. De los divinos bienes no son capaces los sentidos; así, si tú quieres ser feliz y sabia, calla y cree, sufre y ten paciencia, confía y camina, que más te importa el callar y dejarte llevar de la divina mano que cuantos bienes hay en el mundo. Y aunque te parecerá no haces nada y que estás ociosa, estando así, muda y resignada, es infinito el fruto.

15. Mira el jumentillo vendado dando vueltas a la rueda del molino, que si bien no ve ni sabe lo que hace, obra mucho en moler el trigo, y aunque él no lo guste, tiene su dueño el fruto y el gusto. ¿Quién no juzgará que en tanto tiempo que está la semilla debajo de la tierra no está ya perdida? Y después se ve salir, crecer y multiplicar. Lo mismo hace Dios en el alma cuando la priva de la consideración y discurso, pues pensando ella no hacer nada y estar per-

dida, se halla con el tiempo medrada, despegada y perfecta, sin haber jamás esperado tanta dicha.

16. Procura, pues, no afligirte ni volver atrás, aunque no puedas discurrir en la oración; sufre, calla y ponte en la divina presencia; persevera con constancia y fía de su infinita bondad, que te ha de dar la constante fe, la verdadera luz y la divina gracia. Camina a ciegas, vendada, sin pensar ni discurrir; ponte en sus amorosas y paternales manos, sin querer hacer otra cosa que su divino beneplácito.

CAPITULO III

PROSIGUE LO MISMO.

17. Es común sentir de todos los santos que han tratado de espíritu, y de todos los maestros místicos, que no puede el alma llegar a la perfección y unión con Dios por medio de la meditación y discurso; porque sólo aprovecha para comenzar el camino espiritual hasta alcanzar un hábito de propio conocimiento de la hermosura de la virtud y de la fealdad del vicio, cuyo hábito, en opinión de Santa Teresa, se puede alcanzar en seis meses, y en la de San Buenaventura[20], en dos. (*Prol. Mist. Theol.*, pág. 655.)

18. ¡Oh qué compasión se les ha de tener a casi infinitas almas que desde que comienzan hasta que acaban la vida se emplean en mera meditación, haciéndose violencia para discurrir, aunque Dios las prive del discurso, para pasarlas a otro estado y oración más perfecta! Y así se quedan, después de mu

[20] San Buenaventura n. en la Toscana en 1221 y m. en 1274. Estudió en París con Alejandro de Hales y enseñó luego en dicha Universidad. Ingresó en la orden de los franciscanos, orden de la que llegaría a ser vicario general. La parte más conocida de la doctrina de S. Buenaventura es la doctrina de la iluminación, de inspiración agustiniana. Según esta doctrina el hombre está en posesión de una luz intelectual que procede de Dios y que hace posible la intelección del ser.

chos años, imperfectas, y al principio, sin hacer progreso, ni aun dar un paso en el camino del espíritu, rompiéndose la cabeza con la composición de lugar, con la lección de puntos, imaginaciones y forzados discursos; buscando a Dios por afuera teniéndole dentro de sí mismas.

19. De esto se lamentó San Agustín en el tiempo que Dios le conducía al camino místico, diciéndole a Su Majestad: «Yo erré, Señor, como la ovejuela perdida, buscándote con industrioso discurso fuera, estando tú dentro de mí; mucho trabajé buscándote fuera de mí, y tú tienes tu habitación dentro de mí; si yo te deseo y anhelo por ti. Rodeé las calles y las plazas de la ciudad de este mundo buscándote, y no te hallé, porque mal buscaba fuera lo que estaba dentro de mí mismo. (*Soliloq.*, capítulo XXXI.)

20. Véase al doctor angélico Santo Tomás que, con ser en todos sus escrito tan circunspecto, parece se burle de aquellos que por afuera van siempre buscando a Dios por discurso, teniéndole presente dentro de sí mismos: «Gran ceguedad y demasiada necedad (dice el santo) hay en algunos que siempre buscan a Dios, continuamente suspiran por Dios, frecuente mente desean a Dios, claman y llaman cada día a Dios en la oración, siendo ellos mismos (según el apóstol) Templo vivo de Dios y su verdadera habitación, siendo su alma la silla v trono de Dios, en la cual continuamente descansa. ¡Quién, pues, sino un necio, busca fuera el instrumento, sabiendo que lo tiene encerrado dentro de casa? ¡O quién se conforta con el manjar que apetece y no gusta? Así es la vida de algunos justos: siempre buscando y nunca gozando, y así todas sus obras son menos perfectas.» (*Opusc.* 63, cap. III, *in fin.*)

21. Es constante que Cristo Señor Nuestro enseñó a todos las perfección, y quiere siempre que todos sean perfectos, con especialidad los ignorantes y sencillos. Claramente manifestó esta verdad cuando eligió para su apostolado a los más ignorantes y pequeños, diciendo a su Eterno Padre: *Te confieso y doy las*

gracias (oh Padre Eterno), porque escondiste esta divina ciencia de los sabios y prudentes, y la manifestaste a los sencillos y pequeñuelos (Mat. XI.) Y es cierto que éstos no pueden alcanzar la perfección por agudas meditaciones y sutiles consideraciones; pero son capaces, como los más doctos, para poder llegar a la perfección por los afectos de la voluntad, donde más principalmente consiste.

22. Enseña San Buenaventura a no pensar en ninguna cosa, ni aun en Dios, porque es imperfección el tener formas, imágenes y especies, por sutiles que sean, así de la voluntad como de la bondad, Trinidad y unidad, y aun de la misma esencia divina; porque todas estas especies e imágenes, aunque parezcan deiformes, no son ellas Dios, el cual no admite imagen ni forma alguna. *Non ibi* (dice el santo) *oportet cogitare res de creaturis nec de angelis, nec de Trinitare, quid hæc sapientia per affectus desideriorum, non per meditationem praeviam habet consurgere*[21]. *(Misterios Theol.*, parte II, q. única, página 685.) Importa no pensar aquí nada de las criaturas, de los ángeles ni del mismo Dios, porque esta sabiduría y perfección no se engendra por la meditación sutil, sino por el deseo y afecto de la voluntad.

23. No puede el santo hablar con más claridad, y te inquietarás tú y aun querrás dejar la oración por que no puedes o no sabes dicurrir en ella, pudiendo tener buena voluntad, buen deseo y pura intención. Si en los hijuelos de los cuervos, desamparados de sus padres, por pensar degeneraron, viéndoles sin plumas negras, obra Dios con su rocío porque no perezcan, ¿qué hará en las almas redimidas, aunque no puedan hablar ni discurrir, si creen, confían y abren la boca hacia el cielo, manifestando su necesidad? ¿No es más cierto que ha de proveer la divina bondad dándoles el alimento necesario?

[21] «Allí no conviene pensar cosa alguna acerca de las criaturas, ni de los ángeles, ni de la Trinidad, porque esta sabiduría surgirá mediante afectos de deseos, no por meditación previa.»

24. Claro está que es gran martirio y no pequeño don de Dios, hallándose el alma privada de los sensibles gustos que tenía, caminar con sola la santa fe por las caliginosas y desiertas sendas de la perfección; pero no se puede llegar a ella sino por este penoso aunque seguro medio, y así procura estar constante y no volver atrás, aunque te falte el discurso en la oración; cree entonces con firmeza, calla con quietud y persevera con paciencia si quieres ser dichosa y llegar a la divina unión, a la eminente quietud y suprema paz interior.

CAPITULO IV

NO SE HA DE AFLIGIR EL ALMA NI HA DE DEJAR LA ORACIÓN POR VERSE RODEADA DE SEQUEDADES.

25. Sabrás que hay dos maneras de oración: una tierna, regalada, amorosa y llena de sentimientos; otra obscura, seca, desolada, tentada y tenebrosa. La primera es de principiantes, la segunda de aprovechados y que caminan a ser perfectos. La primera la da Dios para ganar a las almas, la segunda para purificarlas. Con la primera los trata como a niños y miserables, con la segunda los comienza a tratar como a fuertes.

26. Aquel primer camino se puede llamar vida animal, y de aquellos que van en busca de la devoción sensible, la cual suele dar Dios a los principiantes para que, llevados de aquel gustillo, como el animal del objeto sensible, se den a la vida espiritual. El segundo se llama vida de hombres y es de aquellos que, no procurando dulzura sensible, pelean y batallan contra las propias pasiones para conquistar y alcanzar la perfección, que es empleo propio de hombres.

27. Asegúrate, que la sequedad es el instrumento de tu bien; porque no es otra cosa que falta de sensibilidad, rémora que hace detener el vuelo casi a todos los espirituales, y aun los hace volver atrás y dejar la oración, como se ve en muchísimas almas

que perseveran sólo mientras gustan el sensible consuelo.

28. Sabe que se vale el Señor del velo de las sequedades para que no sepamos lo que obra dentro de nosotros y con eso nos humillemos; porque si sintiéramos y reconociéramos lo que obra dentro de nuestras almas, entrara la satisfacción y presunción, pensando hacíamos alguna cosa y entendiendo estábamos muy cerca de Dios, con que nos vendríamos a perder.

29. Asienta por cierto en tu corazón que se ha de quitar primero toda la sensibilidad para caminar por el interior camino, y el medio de que Dios se vale son las sequedades. Por éstas quita también la reflexión o vista con que mira el alma lo que hace, único embarazo para pasar adelante y para que Dios se comunique y obre en ella.

30. No debes, pues, afligirte ni pensar no sacas fruto por no experimentar, en saliendo de la comunión u oración, muchos sentimientos, porque es engaño manifiesto. El labrador siembra en un tiempo y coge en otro. Así Dios, en las ocasiones y a su tiempo, te ayudará a resistir a las tentaciones y te dará, cuando menos lo pienses, santos propósitos y más eficaces deseos de servirle. Y para que no te dejes llevar de la vehemente sugestión del enemigo, que, envidioso, te persuadirá no haces nada y que pierdes el tiempo, para que dejes la oración, te quiere declarar algunos de los infinitos frutos que saca tu alma de estas grandes sequedades.

31. El primero es perseverar en la oración, de cuyo fruto se originan otros muchos.

El segundo, experimentarás un fastidio de las cosas del mundo, el cual va poco a poco arrojando los malos deseos de la vida pasada y produciendo otros nuevos de servir a Dios.

El tercero, repararás en muchas faltas que antes no reparabas.

El cuarto, reconocerás, cuando vas a hacer alguna cosa mala, una advertencia en tu corazón que te re-

frena para que no la ejecutes y otras veces para que no hables, para que no te quejes o te vengues, para que te prives de algún gustillo de la tierra o para que huyas de esta o aquella ocasión o conversación a que antes ibas y estabas muy quieto, sin ninguna advertencia o estímulo de la conciencia.

El quinto, que después de haber caído como flaco en alguna leve culpa, sentirás dentro de tu alma una reprensión que te afligirá sobre manera.

El sexto, sentirás dentro de ti deseos de padecer y hacer la voluntad de Dios.

El séptimo, inclinación a la virtud y facilidad más grande en vencerte y vencer las dificultades de las pasiones y enemigos que te embarazan el camino.

El octavo, reconocerás un gran conocimiento y aun confusión de ti misma, y estima grande de Dios sobre todo lo creado, desprecio de las criaturas y una firme resolución de no dejar la oración, aunque sepas te ha de ser de cruelísimo martirio.

El noveno, sentirás mayor paz en el alma, amor a la humildad y mortificación, confianza en Dios, sumisión y despego de todas las criaturas, y, finalmente, cuantos pecados habrás dejado de hacer desde que tienes oración todo ese efecto de que el Señor obra dentro de tu alma sin que lo conozcas, por medio de la oración seca, aunque no lo sientas mientras estás en ella, sino a un tiempo y ocasión.

32. Todos estos frutos y otros muchos son como nuevos pimpollos que nacen de la oración que tú quieres dejar, por parecerte que está seca, que no ves fruto ni te aprovechas en ella. Está constante y persevera con paciencia, que aunque tú no lo conoces, se aprovecha tu alma.

CAPITULO V

PROSIGUE LO MISMO, DECLARANDO CUÁNTAS MANERAS HAY DE DEVOCIÓN, Y CÓMO SE DEBE DESPRECIAR LA SENSIBLE, Y QUE EL ALMA, AUNQUE NO DISCURRA, ESTÁ OCIOSA.

33. Dos maneras hay de devoción: la una es esencial y verdadera; la otra, accidental y sensible. La esencial es una prontitud de ánimo para bien obrar, para cumplir los mandamientos de Dios y hacer todas las cosas de su servicio aunque por la flaqueza humana no se pongan en ejecución como se desea. (S. Tho. 22, q. 82, art. 1.) Esta es verdadera devoción, aunque no se sienta gusto, dulzura, suavidad ni lágrimas; antes suele tenerse con tentaciones, sequedades y tinieblas.

34. La devoción accidental y sensible es cuando a los buenos deseos se les junta blandura de corazón, ternura, lágrimas u otros afectos sensibles. (Suárez, II de Religio, lib. II, c. 5, n. 16, et. 18.) Esta no se ha de buscar, antes es lo más seguro tener la voluntad despegada y despreciarla, porque a más de que suele ser peligrosa, es de grande embarazo para hacer progreso y pasar adelante en el interior camino. (S. Bernardo, Serm. I, Nativ. Dui-Suárez, ibi., Molina, de Orat., ibi., c. 6.) Y así sólo debemos abrazar la devoción verdadera y esencial, la cual siempre está en nuestra mano el procurarla, y haciendo cada uno de su parte lo que pudiere, la alcanzará ayudado de la divina gracia. Y ésta se puede tener con Dios, con

Cristo, con los Misterios, con la Virgen y con los Santos. (S. Thom. y Molina, ibi.)

35. Piensan algunos cuando se les da la devoción y gusto sensible que son favores de Dios y que entonces ya le tienen, y toda la vida es ansiar por ese regalo, y es engaño, porque no es otra cosa que un consuelo de la naturaleza y una pura reflexión con que el alma mira lo que hace; la cual impide que se haga ni se pueda hacer nada, ni se alcance la verdadera luz, ni se dé un paso en el camino de la perfección. El alma es puro espíritu y no se siente así los actos interiores y de la voluntad, como son los del alma y espirituales no son sensibles, con que no conoce el alma si ama, ni siente las más veces si obra.

36. De aquí inferirás que aquella devoción y gusto sensible no es Dios, ni espíritu, sino cebo de la naturaleza; y así debes despreciarle, y no hacer caso, y perseverar con firmeza en la oración, dejándote guiar del Señor, que él te será luz en las tinieblas.

37. No creas cuando estás seca y tenebrosa en la presencia de Dios por fe y silencio que no haces nada, que pierdes el tiempo y que estás ociosa, porque este ocio del alma, según dice San Bernardo, es el negocio de los negocios de Dios. *Hoc otium magnum est negotium*[22]. Y más abajo dice: «La ociosidad es no vacar a Dios, porque éste es el negocio de todos los negocios: *Otiosum est non vacare Deo, immo negotium negotiorum omnium hoc est*»[23].

38. Ni se ha de decir que está ociosa el alma, porque aunque no obra activa, obra en ella el Espíritu Santo. A más, que no está sin ninguna actividad, porque obra, aunque espiritual, sencilla e íntimamente. Porque estar atenta a Dios, llegarse a él, seguir sus internas inspiraciones, recibir sus divinas influencias, adorarle en su íntimo centro, venerarle con un pío

[22] «Este ocio es el gran negocio.»

[23] «Lo ocioso es no estar libre para Dios; éste es el negocio de todos los negocios.»

afecto de la voluntad, arrojar tantas y tan fantásticas imaginaciones que ocurren en el tiempo de la oración, y vencer con la suavidad v el desprecio tantas tenta ciones, todos son verdaderos actos, aunque sencillos y totalmente espirituales y casi imperceptibles, por la tranquilidad grande con que el alma los produce.

CAPITULO VI

NO SE HA DE INQUIETAR EL ALMA POR VERSE CIRCUIDA DE TINIEBLAS, PORQUE ÉSTAS SON EL INSTRUMENTO DE SU MAYOR FELICIDAD.

39. Hay dos maneras de tinieblas: unas infelices y felices otras. Las primeras son las que nacen del pecado, y éstas son desdichadas, porque conducen al cristiano al eterno precipicio. Las segundas son las que el Señor permite en el alma para fundarla y establecerla en la virtud; y éstas son dichosas, porque la iluminan, la fortalecen y ocasionan mayor luz; y así, no has de turbarte, afligirte ni desconsolarte por verte obscura y tenebrosa, juzgando que Dios te falta y también la luz que antes experimentabas; antes bien, debes entonces perseverar con constancia en la oración, porque es señal manifiesta que Dios por su misericordia quiere introducirte en la interior senda y dichoso camino del Paraíso. ¡Oh qué dichosa serás si la abrazas con paz y resignación, como instrumentos de la perfecta quietud, de la verdadera luz y de tu todo espiritual bien!

40. Sabe, pues, que el camino de las tinieblas es de los que se aprovechan y el más perfecto, seguro y derecho, porque en ellas hace el Señor su trono: *Et posuit tenebras latibulum suum*[24]. (Psalmo, 17.) Por ellas crece y se hace grande la luz sobrenatural

[24] «Y puso las tinieblas como refugio suyo.»

que Dios infunde en el alma. En medio de ellas se engendra la sabiduría y el amor fuerte. Por ellas se aniquila el alma y se consumen las especies que embarazan la vista derecha de la divina verdad. Por este medio introduce Dios al alma por el interior camino en oración de quietud y perfecta contemplación, tan de pocos experimentada. Por ellas, finalmente, purifica el Señor los sentidos y sensibilidades que embarazan el camino místico.

41. Mira si se han de estimar y abrazar las tinieblas; lo que debes hacer en medio de ellas es creer éstas delante del Señor y en su presencia; pero ha de ser con una atención suave y quieta. No quieras saber nada, ni busques regalos, ternuras, ni sensibles devociones, ni quieras hacer otra cosa que el divino beneplácito, porque de otro modo no harás en toda su vida otra cosa que círculos y no darás un paso en la perfección.

CAPITULO VII

PARA QUE EL ALMA LLEGUE A LA SUPREMA PAZ INTERIOR, ES NECESARIO QUE DIOS LA PURGUE A SU MODO, PORQUE NO BASTAN LOS EJERCICIOS Y MORTIFICACIONES QUE ELLA PUEDA TOMAR POR SU MANO.

42. Luego que te resolvieres con firmeza a mortificar tus exteriores sentidos para caminar al alto monte de la perfección y unión con Dios, tomará Su Majestad la mano para purgar tus malas inclinaciones, desordenados apetitos, vana complacencia y propia estima, y otros ocultos vicios que tú no conoces y reinan en lo íntimo de tu alma, e impiden la divina unión.

43. No llegarás jamás a este dichoso estado, por más que te fatigues con los ejercicios exteriores de mortificación y resignación, hasta que interiormente este Señor te purgue y ejercite a su modo, porque él lo sabe cómo se han de purgar los defectos secretos. Si tú perseveras con constancia, no sólo te purgará de los afectos y apegos de los bienes naturales y temporales, pero a su tiempo te purificará también de los sobrenaturales y sublimes, como son las comunicaciones internas, los raptos y éxtasis interiores y otras infusas gracias, donde se apoya y entretiene el alma.

44. Todo esto hará Dios en tu alma por medio de la cruz y sequedad, si tú libremente le das el consentimiento por la resignación, caminando por estos desiertos y tenebrosos caminos. Lo que tú has de

hacer será no hacer nada por sola tu elección. La correspondencia de tu libertad y lo que tú debes hacer ha de ser únicamente callar y sufrir, resignándote con quietud en todo lo que el Señor interior y exteriormente te quiere mortificar, porque éste es el único medio para que tu alma llegue a ser capaz de las divinas influencias, mientras sufrieres la interior y exterior tribulación con humildad, quietud y paciencia, no las penitencias, ejercicios y mortificaciones que por tu mano puedes tomar.

45. Más estima el labrador las yerbas que planta en la tierra que aquellas que por sí solas nacieron, porque éstas no llegan jamás a sazonarse. Del mismo modo estima Dios con más caricia la virtud que siembra e infunde en el alma (mientras se halle sumergida en su nada, quieta, tranquila, retirada en su centro y sin ninguna elección) que todas las demás virtudes que pretende conquistar por su elección y propiedad.

46. Lo que importa es preparar tu corazón a manera de un blanco papel, donde pueda la divina sabiduría formar los caracteres a su gusto. Oh qué grande obra será para tu alma estar en la oración las horas enteras, muda, resignada y humillada, sin hacer, sin saber ni querer entender nada.

CAPITULO VIII

PROSIGUE LO MISMO.

47. Con nuevo esfuerzo te ejercitarás, pero de otro modo que hasta aquí, dando tu consentimiento para recibir las secretas y divinas operaciones, y para dejarte labrar y purificar de este divino Señor, que es el único medio para que quedes limpia y purgada de tus ignorancias y disoluciones; pero sabe que has de ser sumergida en un amargo mar de dolores y penas interiores y externas cuyo tormento te penetrará lo más íntimo del alma y del cuerpo.

48. Experimentarás el desamparo de las criaturas y aun de aquellas de quienes más fiabas te habían de favorecer y compadecer en tus angustias. Se secarán los cauces de tus potencias sin poder hacer discurso alguno ni aun tener un buen pensamiento de Dios. El cielo te parecerá de bronce, sin recibir de él ninguna luz. Ni te consolará el pensamiento de haber llovido en tu alma en el tiempo pasado tanta luz y devoto consuelo.

49. Te perseguirán los enemigos invisibles con escrúpulos, con sugestiones libidinosas y pensamientos inmundos, con incentivos de impaciencia, soberbia, rabia, maldición y blasfemia del nombre de Dios, de sus sacramentos y santos misterios. Sentirás una gran tibieza, tedio y fastidio para las cosas de Dios,

una obscuridad y tiniebla en el entendimiento, una pusilanimidad, confusión y apretura de corazón; una frialdad y flaqueza en la voluntad para resistir, que una pajita te parecerá una viga. Será tu desamparo tan grande, que te parecerá que para ti ya no hay Dios y que estás imposibilitada de tener un buen deseo, con que quedarás como entre dos paredes encerrada en continuo afán y apretura, sin tener esperanza de salir de tan tremenda opresión.

50. Pero no temas, que todo eso es necesario para purgar tu alma y darla a conocer su miseria, tocando con las manos la aniquilación de todas las pasiones y desordenados apetitos con que ella se alegraba. Finalmente, hasta que el Señor te labre y purifique a su modo con estos interiores tormentos, no arrojarás el Jonás del sentido en el mar, por más que lo procures con tus exteriores ejercicios y mortificaciones, ni tendrás luz verdadera ni darás un paso en la perfección, con que te quedarás a los principios y tu alma no llegará a la amorosa quietud y suprema paz interior.

CAPITULO IX

NO SE HA DE INQUIETAR EL ALMA NI HA DE VOLVER ATRÁS EN EL ESPIRITUAL CAMINO POR VERSE COMBATIDA DE TENTACIONES.

51. Es tan vil, tan soberbio y ambicioso nuestro propio natural, y tan lleno de su apetito y de su propio juicio y parecer, que si la tentación no le refrenara, sin remedio se perdería. Movido, pues, el Señor de compasión viendo nuestra miseria y perversa inclinación, permite que vengan varios pensamientos contra la fe, y horribles tentaciones y vehementes y penosas sugestiones de impaciencia, soberbia, gula, lujuria, rabia, blasfemia, maldición, desesperación y otras infinitas, para que nos conozcamos y nos humillemos. Con estas horribles tentaciones humilla aquella infinita bondad nuestra soberbia, dándonos en ellas la más saludable medicina.

52. *Todas nuestras obras* (dice Isaías: c. 64) *son como los paños manchados* por las manchas de la vanidad, satisfacción y amor propio. Es necesario que se purifiquen con el fuego de la tribulación y tentación para que sean limpias, puras, perfectas y agradables a los divinos ojos.

53. Por eso el Señor purifica el alma que llama y quiere para sí con la lima sorda de la tentación. Con ella la limpia de la escoria de la soberbia, avaricia, vanidad, ambición, presunción y estima propia.

Con ella la humilla, la pacifica y ejercita y hace conocer su miseria. Por ella purifica y desnuda el corazón, para que todas las obras que haga sean puras y de inestimable precio.

54. Muchas almas, cuando padecen estos penosos tormentos, se turban, se afligen y se inquietan, pareciéndoles que ya en esta vida comienzan a padecer los eternos castigos; y si por desgracia llegan al confesor que no tiene experiencia, en vez de consolarlas, las deja más confusas y embarazadas.

55. Es necesario creer, para no perder la paz interior, que es fineza de la divina misericordia cuando así te humilla, aflige y ejercita, pues por este medio llega tu alma a tener un profundo conocimiento de sí misma, juzgando que es la peor, la más mala y la más abominable de la tierra, con que vive humilde, baja y aborrecida de sí misma. ¡Oh qué dichosas serían las almas si se quietasen y creyesen que todas estas tentaciones son ocasionadas del demonio y recetadas de la divina mano para su ganancia y espiritual provecho!

56. Pero dirás que no es obra del demonio cuando te molesta por medio de las criaturas, sino efecto de la culpa del prójimo y de su malicia por haberte agraviado y ultrajado. Sabrás que ésa es otra sutil y solapada tentación, porque aunque Dios no quiere el pecado ajeno, quiere en ti su efecto y el trabajo que se te origina de la ajena culpa, para ver en ti logrado el bien de la paciencia.

57. Te hace un hombre una injuria, aquí hay dos cosas: el pecado de quien la hace y la pena que tú padeces; el pecado es contra la voluntad de Dios, y le desagrada, aunque lo permite; la pena es conforme a su voluntad, y la quiere para tu bien, y así la has de recibir como de su mano. La pasión y muerte de Cristo S. N. efectos fueron de la malicia y pecados de Pilatos, y es cierto la quiso Dios en su Hijo para nuestro remedio.

58. Mira cómo se sirve el Señor de la culpa ajena

para el bien de tu alma. ¡Oh grandeza de la divina sabiduría! ¡Quién podrá investigar el abismo de vuestros secretos y los medios extraordinarios y caminos obscuros por donde conducías al alma que la queréis purgar, transformar y deificar!

CAPITULO X

PROSIGUE LO MISMO.

59. Para que el alma sea habitación del Rey celestial, es necesario que esté limpia, sin género de mancha; por eso el Señor, como al oro, la purifica en el fuego de la horrible y penosa tentación. Es cierto que nunca ama más ni cree el alma que cuando anda con estas tentaciones afligida y trabajada; por que aquellas dudas y recelos que la rodean, si cree o no cree, si consiente o no consiente, no son otra cosa que finezas del amor.

60. Bien claramente lo manifiestan los afectos que quedan en el alma, que de ordinario son un desabrimiento de sí misma, con un profundísimo conocimiento de la grandeza y omnipotencia de Dios. Una gran confianza en el Señor, que la ha de librar de todos los riesgos y peligros, con mucha mayor fortaleza en la fe, creyendo y confesando ser Dios el que da las fuerzas para sufrir el tormento que ocasionan estas tentaciones, porque fuera imposible resistir natural mente un cuarto de hora, según la fuerza y vehemencia con que algunas veces aprietan.

61. Debes, pues, conocer que tu mayor felicidad es la tentación; y así, cuando más te apretare, has de alegrarte con paz, en vez de entristecerte, y agradecer a Dios el beneficio que te hace. El remedio que has de tener en todas esas tentaciones y abominables

pensamientos es despreciarlos con una sosegada disimulación, porque no hay cosa que más lastime al demonio, como soberbio, que verse despreciado y que no se hace caso de él ni de lo que nos trae a la memoria. Y así te has de portar con él como quien no lo oye, y has de estarte en tu paz, sin inquietarte y sin multiplicar razones y respuestas, porque no hay cosa tan peligrosa como trabar razones con quien tan presto nos puede engañar.

62. Los santos, para llegar a serlo, por este penoso medio de la tentación pasaron, y cuanto más santos llegaron a ser, mayores tentaciones padecieron. Y aun después que llegaron a ser santos y perfectos, permite Dios Nuestro Señor sean tentados con vehementes tentaciones, para que sea mayor su corona y para reprimir en ellos el espíritu de la vanidad, o por no dar lugar a que entre, trayéndolos así seguros, humillados y desvelados del estado que tienen.

63. Finalmente, has de saber que la mayor tentación es estar sin tentación; y así, debes alegrarte cuando te acometiere, y resistir a ella con paz, constancia y resignación, porque si quieres servir a Dios y llegar a la alta región de la interior paz, por esta penosa senda de la tentación has de pasar, con estas pesadas armas te has de vestir, en esta cruel y abominable guerra has de batallar y por este fuego abrasador te has de pulir, renovar y purificar.

CAPITULO XI

SE DECLARA QUÉ COSA SEA RECOGIMIENTO INTERIOR, Y CÓMO SE HA DE PORTAR EL ALMA EN ÉL Y EN LA ESPIRITUAL GUERRA CON QUE EL DEMONIO PROCURA PERTURBARLA EN AQUELLA HORA.

64. El recogimiento interior es fe y silencio en la presencia de Dios. Por aquí te has de habituar a recogerte en su presencia con una atención amorosa, como quien se entrega y une a Dios con reverencia, humildad y sumisión, mirándole dentro de ti misma en lo más íntimo de tu alma, especie, modo ni figura, en vista y general noticia de fe amorosa y obscura, sin alguna distinción de perfección o atributo.

65. Allí estarás con atención y vista sencilla, con advertencia tranquila y llena de amor a Dios, resignándote y entregándote en sus manos para que disponga y ordene en ti según su beneplácito, sin hacer reflexión a ti misma, ni aun a la misma perfección. Allí cerrarás los sentidos, poniendo en Dios el cuidado de todo tu bien, con una soledad y total olvido de todas las cosas de esta vida. Finalmente, la fe ha de ser pura, sin imágenes ni especies, sencilla, sin discursos y universal, sin reflexión de cosas distintas.

66. La oración de recogimiento interior está figurada en aquella lucha que dice la Escritura tuvo toda la noche con Dios el Patriarca Jacob, hasta que salió la luz del día y le bendijo; porque el alma ha de perseverar y luchar con las dificultades que sintiere en el recogimiento interior, sin desistir hasta que le amanezca la luz y el Señor le dé su bendición.

67. Aun no bien te habrás entregado a tu Dios en este interior, cuando todo el infierno se conjurará contra ti; porque una sola alma recogida interiormente en su presencia hace más guerra a los enemigos que mil de las otras que caminan exteriormente, porque saben la infinita ganancia de un alma eterna.

68. Más estimará Dios en el tiempo del recogimiento la paz y resignación de tu alma, en la variedad de pensamientos impertinentes, importunos y torpes, que los buenos propósitos y grandes sentimientos. El propio esfuerzo que harás para resistir los pensamientos sabe que es impedimento y dejará a tu alma más inquieta: lo que importa es despreciarlos con suavidad, conocer tu miseria y ofrecer a Dios con paz la molestia.

69. Aunque no puedas salir del afán de los pensamientos, ni sientas luz, consuelo, ni espiritual sentimiento, no te aflijas, ni dejes el recogimiento, porque son asechanzas del enemigo: resígnate entonces con fortaleza, padece con paciencia y persevera en su presencia que mientras de esta manera perseverares se aprovecha interiormente tu alma.

70. Pensarás, por salir seca de la oración, de la misma manera que la comenzaste, que es falta de preparación, y que no sacas fruto es engaño, porque el fruto de la verdadera oración no está en gustar de la luz, ni tener noticia de las cosas espirituales; pues éstas se pueden hallar en el entendimiento especulativo, sin la verdadera virtud y perfección; sólo está en padecer con paciencia y perseverar en fe y silencio, creyendo estás en la presencia del señor, volviendo a él tu corazón con quietud y pureza de intención, que mientras de esta manera perseverares tienes la única preparación y disposición que en este tiempo necesitas y cogerás infinito fruto.

71. Es muy ordinaria la guerra en este interior recogimiento. Dios por una parte te privará de la sensibilidad para probarte, humillarte y purgarte. Por otro te acometerán los enemigos invisibles con continuas sugestiones para inquietarte y estorbarte. Por

otra te atormentará la misma naturaleza, enemiga siempre del espíritu, que en privándola de los gustos sensibles se queda floja, melancólica y llena de tedio, de manera que siente el infierno de todos los espirituales ejercicios, y especialmente en el de la oración, y así lo aflige sobremanera el deseo de acabarla, por la molestia de los pensamientos, por el cansancio del cuerpo, por el sueño importuno y no poder refrenar los sentidos, que cada uno por su parte quisiera seguir sus gustos. ¡Dichosa tú si en medio de este martirio perseveras!

72. Acredita todo esto, con su celestial doctrina, aquella gran doctora y mística maestra Santa Teresa, en la Epístola que escribió al Obispo de Osma para instruirle cómo se había de portar en la oración y en la variedad de pensamientos importunos que acometen en aquella hora, donde dice: «Es menester sufrir la importunidad del tropel de pensamientos e imaginaciones importunas e ímpetus de movimientos naturales, así del alma por la sequedad y desunión que tiene, como del cuerpo por la falta del rendimiento que al espíritu ha de tener.» 8 de su Epístola.

73. Estas llaman sequedades los espirituales; pero muy provechosas si se abrazan y sufren con paciencia. El que enseñare a padecerlas sin rehusarlas sacará infinito provecho de este trabajo. Es cierto que en el recogimiento se desata mucho más el demonio con el combate de pensamientos para desbaratar la quietud del alma y apartar la de aquel dulcísimo y segurísimo trato interior, poniéndola horror para que la deje, yendo a ella, las más veces, como si la llevasen a un tormento rigurosísimo.

74. Con este conocimiento dijo la Santa en la carta referida: «Las aves, que son los demonios, pican y molestan al alma con las imaginaciones y pensamientos importunos y los desasosiegos que en aquella hora trae el demonio, llevando el pensamiento y derramándolo de una parte a otra; y tras el pensamiento se va el corazón, y no es poco el fruto de la oración sufrir estas molestias e importunidades con paciencia;

esto es ofrecerle en holocausto, que es consumirse todo el sacrificio en el fuego de la tentación, sin que de allí salga cosa de él.» Véase cómo alienta esta celestial Maestra a sufrir y padecer los pensamientos y tentaciones, porque mientras no se consientan doblan la ganancia.

75. Tantas cuantas veces te ejercieras en arrojar con suavidad estos vanos pensamientos, otras tantas coronas te pone el Señor en la cabeza, y aunque te parece no haces nada, desengáñate, que agrada al Señor mucho un buen deseo con firmeza y estabilidad en la oración.

76. «Porque el estar allí (concluye la santa) sin sacar nada, no es tiempo perdido, sino de mucha ganancia, porque se trabaja sin interés y por sola la gloria de Dios, que aunque le parece que trabaja en balde, no es así, sino que acontece como a los hijos que trabajan en las haciendas de sus padres, que aunque a la noche no llevan jornal, al fin de año lo llevan todo.» Mira cómo califica la santa nuestra enseñanza con su preciosa doctrina.

CAPITULO XII

PROSIGUE LO MISMO

77. No ama Dios más al que más hace, al que más siente, ni al que muestra más afecto, sino al que más padece, si adora con fe y reverencia, creyendo que está en la divina presencia. Es verdad que el quitarle al alma la oración de los sentidos y de la naturaleza le es riguroso martirio; pero el Señor se alegra y se goza en su paz, si así se está quieta y resignada. No quieras en este tiempo usar la oración vocal, porque aunque en sí es buena y santa, usarla entonces es declarada tentación, con la cual pretende el enemigo no te hable Dios al corazón, con pretexto de que no tienes sentimientos y que pierdes el tiempo.

78. No mira Dios las muchas palabras, sino al fin si es purificado. Su mayor contento y gloria en aquel tiempo es haber al alma en silencio, deseosa, humilde, quieta y resignada. Camina, persevera, ora y calla, que donde no hallarás sentimiento, hallarás una puerta para entrarte en tu nada, conociendo que eres nada, que puedes nada, ni aún tener un pensamiento.

79. Cuantos han comenzado este dichoso trato de la oración y el recogimiento interior y lo han dejado, tomando por pretexto el tiempo que los pensamientos les turban, que no es para ellos la oración, porque

no hallan ningún sentimiento de Dios, ni pueden discurrir, pudiendo creer, callar y tener paciencia; todo lo cual no es otra cosa que con ingratitud ir a caza de los sensibles gustos, dejándose llevar del amor propio, buscándose a sí mismos y no a Dios, por no padecer un poco de pena y sequedad, sin atender a la infinita pérdida que hacen, pues por un mínimo acto de reverencia hecho a Dios en medio de la sequedad, reciben un eterno premio.

80. Dijo el Señor a la venerable madre Francisca López, valenciana, beata del tercer Orden de San Francisco, tres cosas de mucha luz sobre el recogimiento interior. La primera, que más aprovechaba al alma un cuarto de hora de oración con recogimiento de los sentidos y potencias y con resignación y humildad, que cinco días de ejercicios penales; porque todo es afligir el cuerpo, y con el recogimiento se purifica el alma.

81. La segunda, que más le agrada a Su Majestad el darle el ánima en quieta y devota oración una hora que el ir a grandes peregrinaciones y romerías, porque en la oración aprovecha y así a aquellos por quien ora, es de grande regalo a Dios y merece gran peso de la gloria; y en la peregrinación de ordinario se distrae el alma y derrama el sentido, enflaqueciéndole la virtud sin otros peligros.

82. La tercera, que la oración continua era tener siempre entregado el corazón a Dios, y que para ser un alma interior había de caminar más con el afecto de la voluntad que con fatiga del entretenimiento. Todo ello se halla en su vida. (Tomo II de la *Crónica de San Juan Bautista, Religiosos francisc descals,* fol. 687.)

83. Tanto cuanto el alma goza del amor sensible, tanto menos se goza Dios en ella; y al contrario, cuanto menos se goza el alma de este sensible amor, tanto más se goza Dios en ella. Y sabe que fijar en Dios la voluntad con la repulsa de pensamientos y tentaciones, con la mayor quietud que se pueda, es alto modo de orar.

84. Concluiré este capítulo desengañándote del común error de los que dicen que en este interior recogimiento u oración de quietud no obran las potencias, y que está ociosa el alma sin ninguna actividad; es engaño manifiesto de poco experimentados, porque si bien no obra la memoria ni la segunda operación del sentimiento juzga, ni la tercera discurre, obra la primera y más principal operación del entendimiento por la simple aprehensión, ilustrado por la santa fe y ayudado de los distintos dones del Santo Espíritu. Y la voluntad atiende más a continuar un acto que a multiplicar muchos; si bien, así el acto del entendimiento como de la voluntad, son tan sencillos, imperceptibles y espirituales, que apenas el alma los conoce ni menos reflecta o los mira.

CAPITULO XIII

LO QUE DEBE HACER EL ALMA EN EL INTERIOR RECOGIMIENTO.

85. Has de ir a la oración a entregarte del todo en las divinas manos con perfecta resignación, haciendo un acto de fe creyendo estás en la divina presencia, quedándote después en aquel santo ocio con quietud, silencio y sosiego, procurando continuar todo el día, todo el año y toda la vida en aquel primer acto de contemplación por fe y amor.

86. No has de ir a multiplicar estos actos ni a repetir sensibles afectos, porque impides la pureza del acto espiritual y perfecto de la voluntad; pues a más de ser imperfectos estos suaves sentimientos (por la reflexión con que se hacen, por la satisfacción propia y consuelo exterior con que se buscan, saliéndose fuera el alma a las exteriores potencias) no hay necesidad de renovarlos, como dijo muy bien el místico Falconi en el siguiente símil:

87. «Si se diese a un amigo una rica joya, entregada una vez no hay necesidad de repetir la entrega diciéndole cada día: "Señor, aquella joya os doy; señor aquella joya os doy", sino dejársela estar allá y no querérsela quitar, porque mientras no se la quite o desee quitar siempre se le tiene dada.»

88. Del mismo modo, hecha una vez la entrega y resignación amorosa en la voluntad del Señor, no hay

sino continuarla, sin repetir nuevos y sensibles actos, mientras no le quites la joya de la entrega haciendo algo grave contra su divina voluntad, aunque te ejercites por afuera en obras exteriores de tu vocación y estado, porque en esas haces la voluntad de Dios y andas en continua y virtual oración. Siempre ora (dijo Teofilato) el que hace cosas buenas, ni dejar de orar sino cuando deja de ser justo.

89. Debes, pues, despreciar todas estas sensibilidades para que tu alma se establezca y haga el hábito interior del recogimiento, el cual es tan eficaz, que sola la resolución de ir a la oración desvela una viva presencia de Dios, la cual es la preparación de la oración que se va a hacer, o, por ejemplo decir, no es otra cosa que una continuación más eficaz de la oración continua, en la cual debe establecerse el contemplativo.

90. ¡Qué bien practicó esta lección la venerable madre de Chantal, [25] hija espiritual de San Francisco de Sales [26] y fundadora en Francia de la Orden de la Visitación, en cuya vida (fol. 92) se hallan las siguien tes palabras, escritas a su santo maestro: «Carísimo padre: Yo no puedo hacer acto alguno; siempre me parece que esta disposición es más firme y segura; mi espíritu en la parte superior se halla en una simpli císima unidad; no se une, porque cuando quiere hacer actos de unión (lo que procura muchas veces), siente

[25] Juana Francisca Fremiot, baronesa de Chantal, n. en Dijon en 1572 y m. en Moulins en 1641. Muy joven aun perdió a su esposo, el barón de Chantal, dedicándose a obras pías desde entonces. En 1610 fundó en Annecy el primer convento de la orden. Clemente XIII celebró su canonización en 1767.

[26] Francisco de Sales, n. cerca de Annecy (Saboya) en 1567 y m. en Lyon en 1622. En 1602 fue nombrado obispo titular de Ginebra, desplegando una intensa labor evangélica para combatir los progresos del calvinismo en Saboya. En unión de la madre Chantal fundó en 1618 la orden de las Hermanas de la visitación (Salesas). Escribió una *Introducción a la vida devota,* traducida al castellano por Quevedo, y un *Tratado del amor de Dios.*

dificultad y claramente conoce que no puede unirse, sino estar unido. Quisiera servirse el alma de esta unión para ejercicio de la mañana, de la santa misa, preparación a la comunión y de hacimiento de gracias; y finalmente, quisiera para todas las cosas estar siempre en aquella simplicísima unidad de espíritu, sin mirar a otra cosa.» A todo esto responde el santo maestro aprobándolo y persuadiéndola a que continúe, acordándola que el reposo de Dios está en la paz.

91. En otra ocasión escribió al mismo santo estas palabras: «Moviéndome a hacer actos más especiales de mi sencilla vista, total resignación y aniquilación en Dios, su infinita bondad me reprendió y dio a entender que esto sólo procedía del amor de mí misma, y que con ello ofendía a mi alma.» (*En su vida,* fol. 92.)

92. Con lo cual te desengañarás y conocerás cuál es el perfecto y espiritual modo de orar, y quedarás advertida de lo que debes hacer en el recogimiento interior, y sabrás que importa para que el amor sea perfecto y puro, cercenar la multiplicación de los sensibles y fervorosos actos, quedándose el alma quieta y con reposo en aquel silencio interno. Porque la ternura, la dulzura y los suaves sentimientos que siente el alma en la voluntad, no es puro espíritu, sino acto mezclado con lo sensible de la naturaleza. Ni es amor perfecto, sino sensible gusto el cual embaraza y daña al alma, según dijo el Señor a la venerable madre de Chantal.

93. ¡Qué dichosa será tu alma y qué bien empleada estará si se entra dentro y se está en su nada allá en el centro y parte superior, sin advertir lo que hace; si está recogida o no; si la va bien o la va mal; si obra o no obra; sin mirar, ni cuidar, ni atender a cosa de sensibilidad! Entonces cree el entendimiento con acto puro y ama la voluntad con amor perfecto, sin género de impedimento, imitando aquel acto puro y continuado de contemplación y amor que dicen los santos tienen los bienaventurados en el cielo, sin más diferencia que verle ellos allá cara a cara y aquí el alma con el velo de la fe obscura.

94. ¡Oh qué pocas son las almas que llegan a este perfecto modo de orar, por no penetrar bien este interior recogimiento y silencio místico, y por no desnudarse de la imperfecta reflexión y sensible gusto! ¡Oh si tu alma se arrojase sin cuidadosa advertencia aún de sí misma a aquel santo y espiritual ocio, y dijese con San Agustín: *Sileat anima mea et transeat se, non se cogitando!* [27] (*En sus confesiones*, lib. IX, capítulo 10, página 59, Conf.) Calle y no quiera hacer ni pensar en nada mi alma; olvídese de sí misma y anéguese en esa fe obscura: ¡qué segura y qué ganada estaría, aunque le parezca, por verse en la nada, que está perdido!

95. Corone esta doctrina la epístola que escribió la ilustrada madre de Chantal a una gran sierva de Dios: «Concediéndome la divina bondad —dice la ilustrada madre— esta manera de oración, que con una sencilla vista de Dios me sentía en él toda entregada, embebida y sosegada, continuóme siempre esta gracia, aunque por mi infidelidad me haya opuesto, dando lugar al temor y creyendo ser útil en este estado; por cuya causa, creyendo yo por mi parte hacer alguna cosa, lo echaba a perder todo, y aun de presente me siento tal vez combatida del mismo temor, si bien no es en la oración, sino en los otros ejercicios, en los cuales quiero yo siempre obrar un poco, haciendo actos, aunque conozco muy bien que haciéndolo salgo de mi centro, y veo con especialidad que esta sencilla vista de Dios es también mi único remedio y ayuda en todos mis trabajos, tentaciones y sucesos de esta vida.

96. «Y, ciertamente, si yo quisiera seguir mi impulso interno, no usaría otro medio en todas las cosas, sin excepción de ninguna; porque cuando pienso fortificar mi alma con actos, discursos y resignaciones, entonces me expongo a nuevas tentaciones y trabajos. A más, que no lo puedo hacer sin gran violencia, la cual me deja a secas; y así me es necesario volver con

[27] «¡Guarde silencio mi alma y vaya más allá de sí misma, no pensándose!»

presteza a esta sencilla resignación, conociendo que Dios me hace ver en este modo que él quiere que totalmente se impidan las operaciones de mi alma, porque su divina actividad lo quisiera obrar todo. Y por ventura no tiene de mí otra cosa que esta única vista en todos los espirituales ejercicios, en todas las penas, tentaciones y aflicciones que me puede suceder en esta vida. Y es la verdad que cuanto más tengo mi espíritu quieto con este medio, tanto mejor me sale todo, desvaneciéndose luego todas mis aflicciones. Y mi beato padre San Francisco de Sales me lo aseguró muchas veces.

97. «Nuestra difunta madre superiora, fue la madre María de Caltel, me estimulaba a estar firme en esta vía y a no temer nada en esta sencilla vista de Dios; decíame que esto bastaba y que cuanto mayor es la desnudez y quietud en Dios, mayor suavidad y fuerza recibe el alma, la cual debe procurar ser tan pura y sencilla, que no tenga más apoyo que en solo Dios.

98. »A este propósito se me ofrece que pocos días hace me comunicó Dios una luz, la cual se me estampó de manera como si desnudamente lo viera; y es que yo no debo jamás mirarme a mí misma, sino caminar a ojos cerrados, apoyada en mi amado, sin querer ver ni saber el camino por el cual me guía, ni pensar en nada, ni aun pedirle gracias, sino estarme sencillamente toda perdida y sosegada en El.» Hasta aquí aquella mística e ilustrada Maestra, con cuyas palabras se acredita nuestra doctrina.

CAPITULO XIV

SE DECLARA CÓMO PUESTA EL ALMA EN LA PRESENCIA DE DIOS, CON PERFECTA RESIGNACIÓN POR EL ACTO PURO DE FE, VA SIEMPRE EN LA ORACIÓN Y FUERA DE ELLA EN VIRTUAL Y ADQUIRIDA CONTEMPLACIÓN.

99. Dirásme (como me han dicho muchas almas), que hecha la entrega de mí misma con perfecta resignación en la presencia de Dios, por el acto puro de fe ya referido, que no mereces ni aprovechas, porque el pensamiento se divierte de manera especialmente fuera de la oración, que no puede estar fijo en Dios.

100. No te desconsueles, porque no pierdes el tiempo, ni el mérito, ni dejas tampoco de estar en oración; porque no es necesario que en todo aquel tiempo del recogimiento estés pensando actualmente en Dios; basta haber tenido la atención al principio, mientras no te diviertas de propósito ni revoques la actual intención que tuviste. Como el que oye misa y reza el divino oficio, que cumple muy bien con su obligación, en virtud de aquella primera intención actual, aunque después no persevere teniendo actualmente fijo el pensamiento en Dios.

101. Así lo asegura con las siguientes palabras el angélico doctor Santo Tomás: *Sóla aquella primera intención y pensamiento en Dios que al principio tuvo el que ora, tiene valor y fuerza para que todo lo demás del tiempo, sea verdadera oración impetratoria y meritoria, aunque todo ese tiempo de más que dura la oración no haya actual consideración en Dios.* (22

qu. 82, art. 13, ad. I.) Mira si puede el santo hablar más claro a nuestro intento.

102. De manera que siempre dura la oración (dice Santo Tomás) aunque ande vagueando con infinitos pensamientos la imaginación, si no los quiere ni deja el lugar ni la oración, ni muda la primera intención de estar con Dios. Y es cierto que no la muda mientras no deja el lugar; con que se infiere, en buena doctrina, que persevera en la oración, aunque la imaginativa ande revolando con varios e involuntarios pensamientos. «En espíritu y en verdad —dice el Santo en el lugar citado— ora el que va a la oración con espíritu e intento de orar, aunque después por su flaqueza y miseria ande vagueando con el pensamiento: *Evagatio vero mentis qœ sit prœter propositum ,orationis fructum non tollit*[28].

103. Pero me dirás que por lo menos no te has de acordar en aquel tiempo de que estás delante de Dios, diciéndole muy de ordinario: *Vos, Señor, estáis dentro de mí, y quisiera darme toda a Vos.* Respondo que no hay necesidad, porque tú tienes voluntad de hacer oración y a ese fin fuiste a aquel lugar. La fe y la intención te bastan, y ésas siempre perseveran, y cuanto más sencilla es esta memoria sin palabras ni pensamientos, tanto es más pura, espiritual, interior y digna de Dios.

104. ¿No sería despropósito y respeto si estando tú en la presencia del Rey y le dijeses de cuando en cuando: *Señor, yo creo que está aquí vuestra majestad?* Esto mismo es lo que sucede; por el ojo de la pura fe ve el alma a Dios, le cree y está en su presencia, y así, cuando el alma cree, no tiene necesidad de decir: *Mi Dios, Vos estáis aquí,* sino de creer como cree, pues en llegando el tiempo de la oración, la fe y la intención le guían y llevan a contemplar a Dios por medio de la pura fe y perfecta resignación.

105. De suerte que mientras no retrates esa fe e intención de estar resignada, siempre andas en fe y

[28] «Sin embargo, el vagar de la mente, cuando está fuera de propósito, no obtiene fruto de oración.»

en resignación, y, por consiguiente, en oración y virtual y adquirida contemplación, aunque no lo sientas, ni hagas memoria, ni nuevos actos, ni reflexión, como el cristiano, la casada y el religioso, que aunque no hagan nuevos actos ni recuerdos el uno por la profesión, diciendo: yo soy *religioso*; la otra, por el matrimonio, diciendo: yo soy *casada*; y el otro, por el bautismo, diciendo: yo soy *cristiano*, no por eso dejan de estar siempre bautizado el uno, casada la otra y profeso el otro. Sólo estarán obligados el cristiano a hacer buenas obras en prueba de su fe, y a creer más con los efectos que con las palabras; la casada a dar señales de la fidelidad que prometió a su esposo; el religioso, de la obediencia que ofreció a su superior.

106. De la misma manera el alma interior, resulta una vez a creer que Dios está en ella, y a resignarse, y a no querer ni obrar sino por Dios y a la presencia de Dios, se debe contentar con esa su fe e intención en todas sus obras y ejercicios, sin formar ni repetir nuevos actos de esa fe ni de esa resignación.

CAPITULO XV

PROSIGUE LO MISMO

107. No solamente sirve esta verdadera doctrina para el tiempo de la oración, sino también para después de ella, de noche, de día y a todas horas y en todos los ejercicios cotidianos de tu vocación, obligación y estado. Y si me dijeres que muchas veces no te acuerdas entre día de renovar la resignación, respondo que, aunque te parece que te diviertes de ella por atender a las ocupaciones cotidianas de tu oficio, como estudiar, leer, predicar, comer, beber, negociar y otras semejantes, te engañas, que no por eso sales de ellas ni dejas de hacer la voluntad de Dios ni de andar en virtual oración, como dice Santo Tomás.

108. Porque todas esas ocupaciones no son contra su voluntad ni contra su resignación; porque es cierto quiere Dios que comas, estudies, trabajes, negocies, etc., y así por atender a esos ejercicios, que son de tu voluntad y agrado, no sales de su presencia ni de tu resignación.

109. Pero si en la oración o fuera de ella te divirtieses y distrayeses voluntariamente, dejándote llevar de alguna pasión con advertencia, será bien entonces volverte a Dios y a su divina presencia, renovando el puro acto de fe y de resignación; pero no hay necesidad de hacer esos actos cuando te hallares

con sequedad, porque la sequedad es buena y santa, y no puede, por más rigurosa que sea, quitarle al alma la divina presencia que está en la fe establecida. Jamás has de llamar a la sequedad distracción, porque en los principiantes es falta de sensibilidad y en los aprovechados es abstracción, por cuyo medio si la abrazas con constancia, estándote quieta en tu nada, se interiorizará tu alma y obrará el Señor en ella maravillas.

110. Procura, pues, desde que sales de la oración hasta que vuelvas a ella, no distraerte ni divertirte, sino andar resignada totalmente en la voluntad de Dios, para que haga y deshaga de ti y de todas tus cosas según su divino beneplácito, fiándote de él como de amoroso padre. No revoques jamás intención, y aunque te ocupes en las obligaciones del estado en que Dios te ha puesto, andarás siempre en oración, en la presencia de Dios y en perpetua resignación. Por eso dijo San Juan Crisóstomo[29]: *El justo no deja de orar, si no es que deje de ser justo; siempre ora el que siempre obra bien, y el buen deseo es oración; y si es continuo el deseo, es también continua la oración. (Super 5, ad.,* Thesalom.)

111. Todo lo entenderás en este claro símil. Cuando una persona comienza a caminar para ir a Roma, todos los pasos que da en el camino son voluntarios; y con todo eso, no es necesario que a cada paso manifieste su deseo ni haga nuevo acto de la voluntad diciendo: *Quiero ir a Roma, voy a Roma;* porque en virtud de aquel primer acto que tuvo de caminar a Roma, persevera siempre en él la voluntad de manera que camina sin decirlo, aunque no camina sin quererlo. Y aún experimentarás claramente que este caminante, con sólo un acto de voluntad y un querer, camina, habla, oye, ve, come, discurre y hace otras di-

[29] Juna Crisóstomo, uno de los más notables padres de la Iglesia griega, n. en Antioquía en 344 y m. desterrado en el Ponto Euxino en 407. Fue obispo de Antioquía y después patriarca de Constantinopla. Junto con Cirilo de Alejandría terminá de formular la doctrina ortodoxa sobre la Trinidad.

versas operaciones, sin que éstas le interrumpan la primera voluntad ni aun el actual caminar a Roma.

112. De la misma manera pasa en el alma contemplativa: hecha una vez la determinación de hacer la voluntad de Dios y de estar en su presencia, se mantiene continuamente en ese acto mientras no le revoque, aunque se ocupe en oír, hablar, comer y cualesquiera otras buenas obras y ejercicios exteriores de su vocación y estado. Todo lo dijo en pocas palabras Santo Tomás de Aquino: *Nom enim oportet quod qui propter Deum aliquod iter arripuit, id qualibet parte itineris de Deo cogitet actu*[30]. (*Contra Gentil*, lib. III, cap. 138, núms. 2 y 3.)

113. Dirás que todos los cristianos van en este ejercicio porque todos tienen fe y pueden, aunque no sean interiores, ejecutar esta doctrina, especialmente los que caminan por el exterior camino de meditación y discurso. Es verdad que tienen fe todos los cristianos, y con especialidad los que meditan y consideran; pero la fe de los que caminan por la vía interior es muy diferente, porque es fe pura, universal e indistinta y, por consiguiente, más práctica, más viva, eficaz e ilustrada; porque el Espíritu Santo alumbra más al alma más dispuesta, y siempre lo está más la que tiene recogido el entendimiento, porque a la medida del recogimiento alumbra el Divino Espíritu. Y aunque es verdad que en la meditación comunica Dios alguna luz, pero es tan escasa y diferente de la que comunica al entendimiento recogido en fe pura y universal, como la que hay de dos o tres gotas de agua a la de un mar, porque en la meditación se le comunican una, dos o tres verdades particulares; pero en el recogimiento interior y ejercicio de fe pura y universal es un mar de abundancia la sabiduría de Dios, que se le comunica en aquella obscura, simple, general y universal noticia.

[30] «Pues no conviene que quien por causa de Dios ha tomado algún camino piense esté en acto acerca de Dios en alguna parte del camino.»

114. Es también la resignación más perfecta en estas almas, porque nace de la interior e infusa fortaleza, la cual crece al paso que se continúa el interior ejercicio de la fe pura, con silencio y resignación. A la manera que crecen los dones del Divino Espíritu en las almas contemplativas, que aunque se hallan también estos divinos dones en todos los que están en gracia, pero son como muertos y sin fuerza y con casi infinita diferencia de aquellos que reinan en los contemplativos por su ilustración, viveza y eficacia.

115. Por donde te desengañarás que el alma interior que tiene el hábito de ir cada día a sus horas señaladas a la oración con la fe y resignación que te he dicho va continuamente en la presencia de Dios. Esta importante y verdadera doctrina la enseñan todos los santos, todos los experimentados y místicos maestros, porque todos tuvieron un mismo maestro, que es el Divino Espíritu.

CAPITULO XVI

MODO CON QUE SE PUEDE ENTRAR EN EL RECOGIMIENTO INTERIOR POR LA SANTÍSIMA HUMANIDAD DE CRISTO NUESTRO SEÑOR.

116. Hay dos maneras de espirituales totalmente opuestos. Unos dicen que siempre se han de meditar y considerar los Misterios de la pasión de Cristo. Otros, dando en un extremo opuesto, enseñan que la meditación de los Misterios de la vida, pasión y muerte del Salvador no es oración, ni aun su memoria; que sólo se ha de llamar oración la alta elevación en Dios, cuya divinidad contempla el alma en quietud y silencio.

117. Es cierto que Cristo, Señor nuestro, es la guía, la puerta y el camino, según El mismo lo dijo por su boca: *Ego sum via, veritas et vita*[31]. (Juan XXIV.) Y que primero que el alma esté idónea para entrar en la presencia de la divinidad y para unirse con ella, se ha de lavar con la preciosa sangre del Redentor y se ha de adornar con la riqueza de su pasión.

118. Es Cristo, Señor nuestro, con su doctrina y ejemplo, la luz, el espejo, la guía del alma, el camino y única puerta para entrar en aquellos pastos de la vida eterna y mar inmenso de la divinidad. De donde se infiere que no se ha de borrar del todo la memoria de la pasión y muerte del Salvador. Y es también cierto que por la más alta elevación de mente a que

[31] «Yo soy el camino, la verdad y la vida.»

haya llegado el alma ha de separar del todo la santísima Humanidad.

119. Pero no se infiere de aquí que el alma que está enseñada al interior recogimiento, aquella que ya no puede discurrir, haya de estar siempre meditando y considerando (como dicen los otros espirituales), en los santísimos Misterios del Salvador. Es santo y bueno el meditar, y plugiese a Dios que todos los del mundo lo ejercitasen. Y deben también dejarla en ese estado y no sacarla a otro más alto mientras en el de la meditación halla cebo y provecho.

120. A Dios sólo toca, y no a la guía, el pasar al alma de la meditación a la contemplación, porque si el Señor no la llama con su especial gracia a este estado de oración, no hará nada la guía con toda su sabiduría y documentos.

121. Para dar, pues, en el medio y en la seguridad, y huir de estos dos extremos tan opuestos que ni se ha de borrar ni separar del todo la humanidad, ni se ha de tener continuamente delante de los ojos, habemos de suponer que hay dos maneras de atender a la santa Humanidad para entrar por la divina puerta que es Cristo, bien nuestro.

122. La primera, considerando los Misterios y meditando las acciones de la vida, pasión y muerte del Salvador. La segunda, pensando en El por la aplicación del entendimiento, por la pura fe, o mediante la memoria. Cuando el alma se va perfeccionando e internando por el recogimiento interior, después de haber meditado algún tiempo los Misterios, de los cuales ya está informada, entonces conserva la fe y el amor al Encarnado Verbo, estando dispuesta a hacer por su amor cuanto le inspirare, obrando según sus preceptos, aunque no los tenga siempre delante de los ojos. Como si a un hijo le dijesen que no debe nunca desamparar a su padre, no por esto le quieren obligar a tener siempre los ojos fijos en él, sino a conservar siempre en su memoria para atender a su tiempo y ocasión a lo que debe.

123. El alma, pues, que entró en el recogimiento

interior por parecer de la experimentada guía, no tiene necesidad de entrar por la primera puerta de la meditación de los Misterios, estando continuamente meditando en ellos, porque ni lo podrá hacer sin gran fatiga del entendimiento, ni tiene necesidad de esos discursos porque esos sólo sirven de medios para llegar a creer lo que ya llegó a alcanzar.

124. El modo más noble, el más espiritual y el más propio de estas almas aprovechadas en el recogimiento interior para entrar por la humanidad de Cristo, Señor nuestro, y conservar su memoria, es de la segunda manera, mirando esta humanidad y su pasión por un acto sencillo de fe, amándola y acordándose que es el tabernáculo de la divinidad, el principio y fin de nuestra salvación y que por nuestro amor nació y llegó afrentosamente a morir.

125. Este es el modo que hace aprovechar a las almas interiores, sin que esta santa, piadosa, veloz e instantánea memoria de la Humanidad les pueda servir de embarazo para el curso del interior recogimiento; si ya no es que cuando entra en la oración se siente el alma recogida, porque entonces será mejor continuar el recogimiento y mental exceso; pero no hallándose recogida, no le impide a la más alta y elevada alma, a la más abstraída y transformada, el sencillo y veloz recuerdo de la Humanidad el Divino Verbo.

126. Este es el modo que asegura Santa Teresa en los contemplativos, y el que destierra las opiniones ruidosas de algunos escolásticos. Este es el camino recto, seguro y sin peligro, y el que el Señor ha señalado a muchas almas para llegar al descanso y santo ocio de la contemplación.

127. Póngase, pues, el alma cuando entra el recogimiento a las puertas de la divina misericordia, que es la amorosa y suave memoria de la cruz y pasión de aquel Verbo Humanado y muerto de amor. Estése allí con humildad resignada en la divina voluntad, para cuanto quisiere hacer de ella Su Majestad. Y si de esta Santa y dulce memoria es luego llevada al olvido, no hay necesidad de hacer nueva repitición, sino de

estarse en silencio y quietud en la presencia del Señor.

128. Maravillosamente favorece San Pablo nuestra doctrina en la epístola que escribió a los colosenses, en donde les exhorta a ella, y a nosotros que si comemos, o bebemos, o hacemos alguna cosa, sea en nombre de Jesucristo y por su amor. *Omne quod cunque facitis in verbo, aut in opere, omnia in omine Domini Jesu Christi facite, fratias agentes Deo et Patris per ipsum*[32]. (*Paul* ad., Colos III, v. 17.) Quiera Dios que todos comencemos por Jesucristo y que sólo en El y por El lleguemos a la perfección.

[32] «Y todo cuanto hagais, de palabra o de obra, hacedlo en el nombre del Señor Jesús, dando gracias a Dios Padre por medio suyo.»

CAPITULO XVII

DEL SILENCIO INTERNO Y DEL MÍSTICO

129. Tres maneras hay de silencio. El primero es de palabras; el segundo, de deseos, y el tercero, de pensamiento. En el primero, de palabras, se alcanza la virtud; en el segundo, de deseos, se consigue la quietud; en el tercero, de pensamientos, el interior recogimiento. No hablando, no deseando, no pensando, se llega al verdadero y perfecto silencio místico, en el cual habla Dios con el ánima, se comunica y la enseña en su más íntimo fondo la más perfecta y alta sabiduría.

130. A esta interior soledad y silencio místico la llama y conduce cuando la dice que la quiere hablar a solas, en lo más secreto e íntimo del corazón. En este silencio místico te has de entrar si quieres oír la suave, interior y divina voz. No te basta huir del mundo para alcanzar este tesoro, ni el renunciar sus deseos, ni el despego de todo lo criado, si no te despegas de todo deseo y pensamiento. Reposa en este místico silencio y abrirás la puerta para que Dios se te comunique, te una consigo y te transforme.

131. La perfección del alma no consiste en hablar ni en pensar mucho en Dios, sino en amarle mucho. Alcánzase este amor por medio de la resignación perfecta y el silencio interior. Así lo encargó y confirmó

San Juan Evangelista: *Filioli mei non diligamus verbo, neque lingua, sed opere et veritate*[33]. (*Epíst.* I, c. III, versículo 18.)

132. Ahora te desengañarás que no está el amor perfecto en los actos amorosos ni en las tiernas jaculatorias, ni aun en los actos internos con que tú le dices a Dios que le tienes infinito amor y que le amas más que a ti misma. Podrá ser que entonces te busques más a ti y a tu amor que al verdadero y de Dios, porque obras son amores y no buenas razones.

133. Para que una racional criatura entienda tu deseo, tu intención y lo que tienes escondido en el corazón, es necesario que se lo manifiestes con palabras; pero Dios, que penetra los corazones, no tiene necesidad de que tú se lo afirmes y asegures, ni se paga como dice el Evangelista, del amor de la palabra y lengua, sino del verdadero y obra. ¿Qué importa el decirle con grande conato y fervor que le amas tierna y perfectamente sobre todas las cosas, si en una palabrita amarga y leve injuria no te resignas ni por su amor te mortificas? Prueba manifiesta que era tu amor de lengua y no de obra.

134. Procura con silencio resignarte en todo, que de ese modo, sin decir que le amas, alcanzarás el amor perfecto, el más quieto, eficaz y verdadero. San Pedro dijo al Señor con grande afecto que por su amor perdería de muy buena gana la vida, y una palabrita de una mozuela le negó y se acabó el fervor. (*Mat.*, cap. XXVI.) La Magdalena no habló palabra, y el mismo Señor, enamorado de su amor perfecto, se hizo su cronista, diciendo que amó mucho. (*Lucas*, cap. VII.) Allá en lo interior, con el silencio mudo, se ejercitan las más perfectas virtudes de fe, esperanza y caridad, sin que haya necesidad de irle a Dios diciendo que le amas, que esperas y le crees, porque este Señor sabe mejor que tú lo que interiormente haces.

135. ¡Qué bien entendió y practicó este acto puro

[33] «Hijos míos, no hablemos de palabra ni de boca, sino con obras y según la verdad.»

de amor aquel profundo y gran místico, el venerable Gregorio López, cuya vida era toda una continua oración y un continuo acto de contemplación y amor de Dios, tan puro y espiritual, que no daba parte jamás a los afectos y sensibles sentimientos!

136. Después de haber continuado por espacio de tres años aquella jaculatoria: *Hágase tu voluntad en tiempo y eternidad,* repitiéndola tantas veces como respiraba, le enseñó Dios aquel infinito tesoro del acto puro y continuo de fe y amor, con silencio y resignación, que llegó a decir él mismo que en treinta y seis años que después vivió continuó siempre en su interno este acto puro de amor, sin decir jamás un ¡ay!, ni una jaculatoria, ni nada que fuera sensible y de la Naturaleza. ¡Oh serafín encarnado y varón endiosado! ¡Qué bien supiste penetrar en este interior y místico silencio y distinguir el hombre interior del exterior!

LIBRO II

DEL PADRE ESPIRITUAL Y SU OBEDIENCIA, DEL CELO INDISCRETO Y DE LAS PENITENCIAS INTERIORES Y EXTERIORES



CAPITULO PRIMERO

PARA VENCER LAS ASTUCIAS DEL ENEMIGO, EL MEJOR MEDIO ES SUJETARSE A UN PADRE ESPIRITUAL

1. De todas maneras conviene elegir un maestro experimentado en la vida interior, porque Dios no quiere hacer con todos lo que hizo con Santa Catalina de Siena [34], tomándolos de la mano para enseñarles inmediatamente el camino místico. Si para los pasos de Naturaleza hay necesidad de maestro y guía, ¿qué será para los pasos de gracia? Si para lo exterior y aparente es menester maestro, ¿qué será para lo interior y secreto? Si para la Teología moral, escolástica y expositiva, que claramente se enseña, ¿qué será para la mística, secreta, reservada y obscura? Si para el trato y obras políticas y exteriores, ¿qué será para el interior trato con Dios.

2. Es también necesaria la guía para resistir y desvanecer las astucias de Satanás. Muchas razones dio San Agustín, porque Dios ordenó que en su Iglesia presidiesen por luces doctores y maestros, hombres de la misma naturaleza. La principal es para librarnos de las astucias del enemigo, porque si dejara por norte de nuestras acciones al propio dictamen e impulso natural, tropezáramos por instantes y diéramos de ojos

[34] Catalina de Siena, n. en Siena (Toscana) en 1347 y m. en 1380. Religiosa dominica, canonizada por Pío II en 1461.

en mil abismos, como les sucede a los herejes y arrogantes. Si nos diera ángeles por maestros, nos deslumbraran los demonios que se transfiguran en ángeles de luz. Y así convino que Dios nos diera por guías y consejeros hombres como nosotros. Y si esta guía es experimentada, luego conoce las sutiles y diabólicas astucias, y en siendo conocidas, por su poca substancia, quedan brevemente desvanecidas.

3. Antes de que se elija el padre espiritual se ha de pensar bien y se ha de hacer oración, porque es materia gravísima y ha de venir de la mano de Dios; pero elegido, no se ha de dejar sino por urgentísimas causas, como son no entender los caminos y estados por donde Dios lleva al alma, porque ninguno puede enseñar lo que no sabe, según buena regla de Filosofía.

4. Y si no comprende, como dice San Pablo (*I Ad Cor*, cap. II, núm. 14), las cosas del espíritu de Dios, será para él ignorancia, porque se han de examinar espiritualmente, y le falta la experiencia; pero el espiritual, el experimentado, todo lo ve claramente y lo juzga como es. El no ser, pues, experimentada la guía, es la principal causa para dejarla y elegir otra que lo sea, porque sin ella no se aprovechará el alma.

5. Para pasar de un estado malo al bueno, no hay necesidad de consejo; pero pasar del bueno al mejor, es necesario tiempo, oración y consejo, porque no todo aquello que es mejor en sí es para cada uno en particular mejor, ni todo lo que es bueno para uno es bueno para todos: *Non omnibus omnia expediunt* [35] (*Eclesias.*, XXXVII, 31). Unos son llamados por camino exterior y ordinario, otros por el interior y extraordinario, y no todos están en un estado siendo tantos y tan varios los del camino místico; y es imposible pueda nadie dar un paso por sus secretas e interiores sendas sin la experimentada guía, porque en vez de caminar derecho, dará en el precipicio.

[35] «No todo conviene a todos.»

6. Cuando el alma anda con temores en el acierto de su camino y desea totalmente librarse de ellos, la sujeción a un padre espiritual experimentado es el medio más seguro, porque con la luz interior descubre con claridad cuál sea tentación y cuál inspiración, y distingue los movimientos que nacen de la naturaleza del demonio y de la misma alma, la cual debe sujetarse en todo a quien tiene experiencia y le puede descubrir los apegos, idolillos y malos hábitos que la embarazan el vuelo, porque de este modo no sólo se librará de las diabólicas astucias, pero caminará más de un año que caminaría en mil con otra guía sin experiencia.

7. En la vida del iluminado padre fray Juan Taulero [36] se refiere cómo aquel secular que le adelantó en el estado de la perfección dice de sí mismo que, desengañado del mundo y deseoso de ser santo, se dio a una grande abstinencia, hasta que una noche, de enfermo y debilitado, quedó dormido, y en el sueño oyó una voz del cielo que le decía: *Hombre de tu propia voluntad, si antes de tiempo tú mismo te matarás, te darás a ti mismo acerbas penas.* Lleno de terror se fue a un desierto y comunicó su camino y abstinencia con un santo anacoreta, el cual, por disposición del cielo, le sacó de aquel engaño diabólico. Díjole que hacía su abstinencia por agradar a Dios. Preguntóle el anacoreta que con qué consejo la hacía, y habiéndole dicho que con ninguno, respondió que era manifiesta tentación del demonio. Aquí abrió los

[36] Juan Tauler, n. y m. en Estraburgo (ca. 1300-1361). Ingresó en la orden de los dominicos. Estudió en el *Studium generale* de Colonia, probablemente con el Maestro Eckhart. Regresó a Estraburgo, donde se dedicó a la predicación. En el pensamiento de Tauler —al igual que en el de Suso— se integran las enseñanzas del Maestro Eckhart y las tradicionales influencias del neoplatonismo y del Pseudo-Dionisio. Para Tauler el alma tiene un componente volitivo que constituye su fundamento más hondo; este componente volitivo es el «fondo del alma», en el que, en el silencio y la ausencia de cualquier imagen, se produce la iluminación divina, la comunicación del alma con Dios.

ojos, y desengañado de su perdición, vivió siempre con consejo de padre espiritual, y asegura él mismo que en siete años le dio más luz que cuantos libros se han estampado.

CAPITULO II

PROSIGUE LO MISMO

8. Hay una gran ventaja en tener maestro en el camino místico a servirse de los espirituales libros, porque el maestro práctico dice a su tiempo lo que se debe hacer y en el libro se leerá aquello que menos convendrá, y de esta manera falta del documento necesario. Hácense también con los libros místicos muchas aprehensiones falsas, pareciéndole al alma tener lo que en la verdad no tiene, y estar más adelante en el estado místico de lo que ha llegado, de donde nacen muchos perjuicios y riesgos.

9. Es cierto que la lección frecuente de los libros místicos, que no se funda en luz práctica, sino en pura especulativa, hace más mal que bien, porque confunde las almas en vez de alumbrarlas, y las llena de noticias discursivas que embarazan sumamente, porque aunque son noticias de luz, entran por afuera y embotan las potencias en lugar de vaciarlas para que Dios las llene de sí mismo. Muchos leen continuamente en estos libros especulativos por no quererse sujetar a quien les puede dar luz de que no les conviene semejante lección, porque es cierto que si se sujetan y la guía tiene experiencia, no lo permitira, y entonces se aprovecharían y no se cuidarían de leerlos, como lo hacen las almas que se sujetan, que

tienen luz y se aprovechan. Con que se infiere ser de gran quietud y seguridad el tener una guía experimentada que gobierne y enseñe con luz actual para no ser engañado del demonio y de su propio juicio y parecer; pero no por esto se condena la lección de los espirituales libros en general, porque aquí se habla en particular con las almas puramente internas y místicas, para quienes se ha escrito este libro.

10. Todos los santos y maestros místicos confiesan que la seguridad de un alma mística consiste en rendirse muy de corazón a su padre espiritual, comunicándole cuanto pasa en su interior. Para prueba de esta verdad, referiré unas palabras que dijo el Señor a doña María de Escobar. Refiriéndose en su vida (lib. I, c. 20 part. 1. 2), que estando enferma preguntó al Señor si callaría y dejaría de dar cuenta al padre espiritual de las cosas extraordinarias que pasaban por su alma, por no cansarse y ocupar al padre espiritual. Respondió el Señor «que no sería bien no dar cuenta al padre espiritual, por tres razones: la primera, porque así como el oro se purifica en el crisol, y así como de las piedras se conoce el valor tocándolas en el contraste, así el alma se purifica y descubre su valor tocándola el ministro de Dios. La segunda, porque convenía, para no errar, que las cosas se gobernasen por el orden que Su Majestad ha enseñado en su Iglesia, Sagrada Escritura y doctrina de los santos. La tercera, porque no se encubran, sino que sean manifiestas a su Iglesia las misericordias que Su Majestad hace a sus siervos y a las almas puras, para que así se animen los fieles a servir a su Dios y El sea en ello glorificado.»

11. En el mismo lugar dice las siguientes palabras: «En la conformidad de esta verdad, como mi confesor cayese enfermo y me mandase que a la persona con quien me confesaba entre tanto no le diese cuenta de todas las cosas que por mí pasaban, sino de algunos con prudencia, quejéme a Nuestro Señor de no tener con quien comunicar mis cosas, y respondióme Su Majestad: *Ya tienes uno que suple las faltas de tu*

confesor; dile todo lo que pasa por ti. Respondí luego: «No, Señor; eso no, Señor.» *¿Por qué?,* dijo el Señor. «Por que mi confesor me manda que no le dé cuenta de todo, y tengo de obedecerle.» Díjome Su Majestad: *Contento me has dado en esa respuesta, y por oírtela decir te dije lo que oíste; hazlo así; pero bien puedes darle cuenta de algunas cosas, como él mismo te dijo.*

12. Es también muy del intento lo que refiere Santa Teresa de sí misma: «Siempre (dice la santa) que el Señor me manda alguna cosa, si el confesor me decía otra, me tornaba el Señor a decir quen obedeciese al confesor; después Su Majestad le volvía para que no me lo tornase a mandar.» *(Su vida,* lib. II, capítulo 26.) Esta es la sana y verdadera doctrina, pues asegura a las almas y desvanece las diabólicas astucias.

CAPITULO III

EL CELO DE LAS ALMAS AL PRÓJIMO PUEDEN EMBARAZAR LA INTERIOR PAZ.

13. «No hay para Dios más agradable sacrificio (dice San Gregorio (*In Ezechiel,* homilía 12)) que el ardiente celo de las almas.» Para este ministerio envió el Padre Eterno a su Hijo Jesucristo al mundo, y des de entonces quedó entre los oficios por el más noble y sublimado; pero si el celo es indiscreto, es de notable impedimento para la subida del espíritu.

14. Apenas te verás con nueva luz fervorosa cuan do querrás emplearte toda en beneficio de las almas, y corre mucho riesgo no sea amor propio lo que a ti te parecerá puro celo. Suele éste tal vez revestirse de un desordenado deseo, de una vana complacencia, de una afectación industriosa y estimación propia, enemigos todos de la paz del alma.

15. Nunca es bien amar a tu prójimo con detri mento de tu espiritual bien. El agradar a Dios con sencillez ha de ser el único blanco de tus obras. Este ha de ser tu único deseo y cuidado, procurando templar tu desordenado fervor, para que reine en tu alma la tranquilidad y paz interior. El verdadero celo de las almas que has de procurar ha de ser el amor puro a tu Dios; éste es el fructuoso, el eficaz y el verdadero y el que hace milagros en las almas, aunque con voces mudas.

16. Primero encomendó San Pablo la atención a nuestra alma que a la del prójimo: *Attendite tibi et doctrinae* [37], dijo en su canónica epístola. (*Ad Timo,* 4.) No te adelantes con fatiga, que cuando sea el tiempo oportuno y puedas ser de algún provecho para tu prójimo, Dios te sacará y pondrá en el empleo que más te convenga; a El solo toca ese cuidado, y a ti estarte en tu quietud despegada y totalmente resignada en el divino beneplácito. No entiendas estar en este estado ociosa: hace mucho quien en todo atiende a cumplir la divina voluntad. El que atiende a sí mismo, por Dios hace el todo; porque vale más un acto puro de interior resignación que ciento y aun mil ejercicios por propia voluntad.

17. Aunque la cisterna sea capaz de mucha agua, no la tendrá jamás hasta que el cielo la favorezca con su lluvia. Estate quieta, alma bendita, estate quieta, humilde y resignada, para todo lo que Dios quisiere hacer de ti; deja a Dios el cuidado, que él sabe, como amoroso padre, lo que a ti más te conviene; confórmate totalmente con su voluntad, que es donde está fundada la perfección; porque el que hace la voluntad del Señor, éste es madre, hijo y hermano del mismo Hijo de Dios.

18. No pienses que estima Dios más a quien más hace; aquél es más amado, que es más humilde, más fiel y resignado y más correspondiente a su interior inspiración y divino beneplácito.

[37] «Vela por ti mismo y por la enseñanza.»

CAPITULO IV

PROSIGUE LO MISMO

19. Sean todos tus deseos de conformarte con la voluntad de aquel Señor que sabe sacar raudales de agua de la piedra seca, a quien desagradan mucho las almas que por ayudar a otros antes de tiempo se defraudan a sí mismas, dejándose llevar del indiscreto celo y de la vana complacencia.

20. Como el discípulo de Eliseo, que enviado por el profeta (*IV. Reg.*, IV, 31) para que con su báculo resucitase a un muerto, por la complacencia que tuvo no surtió el efecto y quedó por Eliseo reprobado. Reprobóse también el sacrificio de Caín, siendo el primero que ofreció a Dios en el mundo, por complacerse en la ventaja de ser primero y más que su padre Adán en ofrecer a Dios sacrificio.

21. Hasta los discípulos de Cristo, Señor nuestro, adolecieron de este achaque, teniendo vano gozo cuando lanzaban los demonios y por eso fueron agriamente reprendidos por su divino Maestro. Antes que Pablo predicase a las gentes y evangelizase el reino de Dios, siendo ya vaso de elección, ciudadano del cielo y escogido de Dios para este ministerio, fue necesario probarle y humillarle encerrándole en un calabozo. ¿Y querrás tú hacerte predicador sin haber pasado la prueba de los hombres y de los demonios? ¿Y querrás

ponerte en un tan gran ministerio y hacer fruto sin haber pasado por el fuego de la tentación, de la tribulación y pasiva purgación?

22. Más te importa a ti estarte quieta y resignada en el santo ocio que hacer muchas y grandes cosas por tu propio juicio y parecer. No creas que las acciones heroicas que hicieron y hacen los grandes siervos de Dios en la Iglesia son obras de su industria, porque todas las cosas, así espirituales como temporales, son ordenadas desde ab eterno por la divina Providencia, hasta el movimiento de la más mínima hoja. Quien hace la voluntad de Dios hace todas las cosas. Esta has de solicitar estándote quieta, con perfecta resignación para todo lo que Dios quisiere disponer de tu persona. Conócete indigna de tan alto ministerio como llevar almas al cielo, y con eso no pondrás embarazo a la quietud de tu alma, a la interior paz y al divino vuelo.

CAPITULO V

PARA GUIAR ALMAS POR EL CAMINO INTERIOR SON NECESARIAS LUZ, EXPERIENCIA Y DIVINA VOCACIÓN.

23. Te parecerá, y con gran satisfacción, que eres a propósito para guiar almas por el camino del espíritu, y quizás serás soberbia secreta, ambición espiritual y conocida ceguedad, porque a más de pedir este alto ejercicio, superior luz, total despego y las demás cualidades que te diré en los siguientes capítulos, es necesaria la gracia de vocación, sin la cual todo es vanidad, satisfacción y propia estima, porque aunque el gobernar almas y conducirlas a la contemplación y perfección es santo y bueno, ¿cómo sabes que Dios te quiere en ese empleo? Y aunque tú conozcas (lo que no es fácil) que tienes grande luz y experiencia, ¿de dónde te consta que te quiere el Señor en ese ejercicio?

24. Es éste un ministerio de calidad que no nos habemos nosotros jamás de poner en él, hasta que Dios nos ponga por medio de los superiores o las espirituales guías. Sería para nosotros de grave perjuicio, aunque al prójimo fuésemos de algún provecho. ¿Qué nos importa ganar para Dios todo un mundo si nuestra alma padece detrimento? (*Mateo,* 16.)

25. Aunque sepas con evidencia que tu alma está dotada de interior luz y experiencia, lo que más

a ti te importa es estarte en tu nada quieta y resignada, hasta que Dios te llame para el beneficio de las almas. A él solo toca, que conoce tu insuficiencia y despego; no te toca a ti hacer ese juicio ni adelantarte a ese ministerio, porque te cegará, te perderá y engañará el amor propio, si te gobiernas por tu parecer y juicio en un negocio de tanto peso.

26. Pues si la experiencia, la luz y suficiencia no bastan para admitir este empleo cuando falta la gracia de vocación, ¿qué será sin la suficiencia?, ¿qué será sin la luz interior?, ¿qué será sin la debida experiencia?, cuyos dones no se comunican a todas las almas, sino a las despegadas, a las resignadas y aquellas que pasaron a la perfecta aniquilación por medio de la terrible tribulación y pasiva purgación. Desengáñate, alma bendita, que todas las obras que en este ejercicio no fueren gobernadas de un verdadero celo, nacido del amor puro y del ánimo purgado, van vestidas de la vanidad, del amor propio y de la ambición espiritual.

27. ¡Oh cuántos pagados de sí mismos emprenden por su propio parecer y juicio este ministerio, y en vez de agradar a Dios, vaciar y despegar sus almas, aunque hagan algún fruto en el prójimo, se llenan de tierra, de paja y de estimación propia! Estate quieta y resignada, niega tu juicio y deseo, abismate en tu insuficiencia y en tu nada que ahí sólo está Dios, la verdadera luz, tu dicha y la mayor perfección.

CAPITULO VI

INSTRUCCIÓN Y AVISOS A LOS CONFESORES Y GUÍAS ESPIRITUALES.

28. El más alto y fructuoso misterio es el de confesor y espiritual director, y el de irreparables daños si no se ejercita con acierto.

29. Será acertado elegir un patrón para tan gran ministerio y que sea aquel santo a quien más se in clinare la devoción.

30. El primero y más seguro documento es pro curar el interior y continuo recogimiento, y con eso se acertará en todos los ejercicios y empleos del propio estado y vocación, y con especialidad en el del confesionario: porque saliendo el alma interiormente recogida a estos exteriores y necesarios ejer cicios, es Dios el que alumbra y obra en ellos.

31. Para guiar a las almas que fueren interiores no se les ha de dar documentos, sino irlas quitando con suavidad y prudencia los embarazos que impiden las influencias de Dios. Pero será necesario instruir las con aquel santo consejo de *secretum meum mihi*. Piensan muchas almas que son capaces de las interio res materias todos los confesores, y, a más de ser engaño, se experimenta un gran perjuicio en comunicarlas con los que no lo fueren; porque aunque el Señor las haya puesto en el interior camino, no lo conocerán, ni se lo avisarán, por faltarlas la ex

periencia, antes bien las impedirán la subida a la contemplación, mandándolas que mediten por fuerza, aunque no puedan, con lo cual aturden y arruinan en lugar de ayudarlas al vuelo; porque Dios quiere que caminen a la contemplación y ellos las tiran a la meditación, por no saber otro camino.

32. Para que se haga fruto, no se ha de buscar a ninguna alma para guiarla; importa que ellas vengan, y no se han de admitir todas, especialmente mujeres, porque no suelen venir con la disposición suficiente. Es gran medio para hacer fruto no hacerse maestro ni querer parecerlo.

33. Del nombre de hija ha de usar lo menos que pueda el confesor, porque es peligrosísimo, siendo Dios tan celoso y tan amoroso, el epíteto.

34. Los empleos que ha de admitir el confesor fuera del confesionario han de ser pocos; porque Dios no le quiere agente de negocios; y, si posible fuera, no había de ser visto sino en el confesonario.

35. El ser padrino y albacea no se ha de admitir una vez en la vida, porque acarrea muchas inquietudes al alma, opuestas todas a la perfección de tan alto ministerio.

36. El confesor o guía espiritual no ha de visitar jamás las hijas espirituales, ni aun en caso de enfermedad, si ya no es que entonces fuere llamado por la enferma.

37. Si el confesor procura el interior y el exterior retiro, serán sus palabras (aunque él no lo conozca) carbones encendidos que abrasarán las almas.

38. En el confesonario han de ser de ordinario suaves la reprehensiones, aunque en el púlpito sean rigurosas; porque en éste ha de ser furioso león y en aquél se ha de vestir la mansedumbre del cordero. ¡Oh cuán eficaz es la suave reprehensión para los penitentes! En el confesionario están ya movidos, y el púlpito importa por su ceguedad y dureza aterrarlos; pero se les ha de desengañar y reprehender con vigor a los que llegan mal dispuestos y quieren por fuerza la absolución.

39. Después de hacer lo posible en el beneficio de las almas, no se ha de mirar el fruto, porque el demonio hace con sutileza parecer propio lo que es ajeno de Dios, y acomete con la estimación propia y vana complacencia, enemigos capitales de la aniquilación, que ha de procurar siempre el confesor para morir espiritualmente.

40. Aunque vea muchas veces que las almas se aprovechan y que las aprovechadas pierden el espíritu, no se inquiete, quédese en su interior paz, a imitación de los ángeles custodios; aliéntese interiormente entonces con aquel desengaño que tal vez lo permite Dios, entre otros fines, para humillarle.

41. Debe huir el confesor, y hacer huir a las almas que guía, de todo género de exterioridad, porque es muy aborrecida del Señor.

42. Aunque no deben mandar a las almas que comulguen, ni quitarles ninguna comunión por prueba ni mortificación, cuando hay infinitos modos de probar y mortificar sin tanto perjuicio, sin embargo, no ha de ser escaso con las almas que se hallan movidas del deseo verdadero, por Jesucristo no se quedó para estar cerrado.

43. Por experiencia se sabe que la penitencia no se cumple cuando es grande y demasiada; siempre es mejor que sea de materia útil y moderada.

44. Si el padre espiritual muestra con singularidad a alguna hija más afición, es de grandísima inquietud para las otras. Importa aquí el disimulo y la prudencia y no alabar con especialidad a ninguna, porque el demonio es amigo de poner cizaña con la guía y se vale de aquellas mismas palabras para inquietar a las otras.

45. El continuo y principal ejercicio en las al mas puramente místicas ha de ser en el interior, pro curando la guía con disimulo destruir el amor propio y alentarlas a la paciencia de las interiores mortificaciones con que el Señor las purga, aniquila y perfecciona.

46. El deseo de revelaciones suele embarazar mucho a las almas interiores, y especialmente a las mujeres; y no hay sueño natural que no le bauticen con el nombre de visión. Es necesario mostrar aborrecimiento a estos impedimentos.

47. Aunque en las mujeres es difícil el silencio en las cosas que el director ordena, sin embargo, debe procurarlo, porque no es bien que lo que el Señor inspira sea blanco de la censura.

CAPITULO VII

PROSIGUE LO MISMO, DESCUBRIENDO LOS APEGOS QUE SUELEN TENER ALGUNOS CONFESORES Y GUIAS ESPIRITUALES, Y DECLARA LAS CUALIDADES QUE HAN DE TENER PARA EL EJERCICIO DE LA CONFESIÓN Y TAMBIÉN PARA GUIAR ALMAS POR EL CAMINO MÍSTICO.

48. Debe procurar el confesor animar a los penitentes a la oración, y con especialidad cuando llegan a sus pies con frecuencia y los reconoce con deseo de su espiritual bien.

49. La máxima que el confesor más ha de observar para no llegarse a perder es no admitir ningún regalo por cuantas cosas hay en el mundo.

50. Aunque hay muchos confesores, no todos son buenos, porque unos saben poco; otros son muy ignorantes; otros se hacen a los aplausos de la gente noble; otros buscan favores de los penitentes; otros, los regalos, otros llenos de ambición espiritual, buscan el crédito solicitando tener muchos hijos espirituales; otros afectan su magisterio y hacen de maestro; otros afectan las visiones y revelaciones de sus hijos espirituales, y en vez de despreciarlas (único medio para asegurarlas en la humildad, y para que no les embaracen) se alaban y se las hacen escribir para enseñarlas, para hacer ruido y dar campanada. Todo es amor propio y vanidad en los directores, y de gran perjuicio para el espiritual provecho de las almas, porque es cierto que todos estos respetos y apegos son embarazo para ejercitar con fruto el oficio, el cual pide total despego, y su fin y atención ha de ser solamente la gloria de Dios.

51. Hay otros confesores que con facilidad y liviandad de corazón, creen, aprueban y alaban todos los espíritus; otros, dando en el extremo vicioso, condenan sin reservación todas las visiones y revelaciones. Ni todas se han de creer ni todas se han de condenar. Hay otros que se hallan tan enamorados del espíritu de sus hijas, que cuando sueñan, aunque sean embelesos, lo veneran como sagrados misterios. ¡Oh cuántas miserias se han experimentado por esta causa en la Iglesia!

52. Hay otros confesores vestidos de mundana cortesía que, con poca atención al santo lugar del confesonario, hablan con los penitentes materias vanas y superfluas, y muy ajenas de la decencia que pide el Santo Sacramento y la disposición para recibir la divina gracia.

Y tal vez sucede estar aguardando para confesarse muchos penitentes, llenos de propias y domésticas ocupaciones, y cuando reconocen la demasía y superflua dilación, se desabren, se contristan e impacientan, perdiendo la disposición con que se habían preparado para recibir el Santo Sacramento. Con que la mezcla de estas superfluas y vanas materias no solamente hace perder el precioso tiempo, sino que perjudica también al santo lugar, al Sacramento, a la disposición del penitente que se confiesa y a la de todos los que esperan para confesarse.

53. Para confesar aún se hallan algunos buenos, pero para gobernar espíritus por el camino místico son tan pocos, que dijo el padre maestro Juan de Avila[38] no había entre mil uno; San Francisco de Sales, que entre cien mil no se hallaba un experimentado maestro de espíritu; y es la causa porque hay pocos que se dispongan a recibir la ciencia mística: *Pauci ad eam recipiendam se disponunt*[39], dijo Enrique Arphio. (Lib. III, cap. 22.) ¡Ojalá no fuera

[38] Juan de Avila n. en Almodóvar (Cuenca) en 1499 y m. en Montilla (Córdoba) en 1569. Fue director espiritual de Francisco de Borja, Teresa de Jesús y Luis de Granada.

[39] «Pocos se preparan a recibirla.»

tanta verdad como es que no hubiera tantos engaños en el mundo como hay y se hallarán más santos y menos pecadores!

54. Cuando desea la guía espiritual con eficacia que todos amen la virtud, y el amor que de Dios tiene es puro y perfecto, con pocas palabras y menos razones cogerá infinito fruto.

55. Si el alma interior, cuando está en la purga de las pasiones y en el tiempo de la abstracción, no tiene una guía experimentada que la refrene el retiro y la soledad a que la tira su inclinación y suma propensión, quedará imposibilitada para los ejercicios de la confesión, predicación y estudio, y aun para los de su obligación, estado y vocación.

56. Debe, pues, atender el experimentado director con mucho cuidado, cuando comienzan las potencias a estar ocupadas en Dios, no dar mucho lugar a la soledad, mandándole al alma no deje los exteriores ejercicios de su estado, como estudio y otros empleos, aunque parezcan distractivos, mientras no se opongan a su vocación; porque se abstrae tanto el alma en la soledad, se interna tanto en el retiro y se aleja de manera de la exterioridad, que después, si se aplica de nuevo, es con fatiga, con repugnancia y con perjuicio de las potencias y de la salud de la cabeza. Daño considerable y digno de la atención de los es pirituales directores.

57. Pero si éstos no tienen experiencia, no sabrán cuándo se forma la abstracción, y en el mismo tiempo, pareciéndoles santo consejo, las animarán al retiro y hallarán en él la perdición. ¡Oh cuánto importa ser experimentada la guía en el espiritual y místico camino!

CAPITULO VIII

PROSIGUE LO MISMO.

58. Los que gobiernan almas sin experiencia proceden a ciegas, sin llegar a entender los estados del alma, ni sus interiores y sobrenaturales operaciones. Sólo conocen que unas veces se halla bien el alma y que tiene luz; otras, que está en la obscuridad; pero qué estado sea cada uno de éstos y cuál sea la raíz de donde proceden esas mudanzas, ni lo alcanzan, ni lo entienden, ni lo pueden averiguar por los libros, sin haberlo en sí mismos experimentado, en cuya fragua se engendra la verdadera y actual luz.

59. Si la guía no ha pasado por las vías secretas y penosas del interior camino, ¿cómo lo puede comprender ni aprobar? Será no pequeña fortuna para el alma hallar una sola guía experimentada que la fortifique en las insuperables dificultades y la asegure en las continuas dudas de este viaje. De otra manera, no llegará al santo y precioso monte de la perfección, sino es con una gracia extraordinaria y singular.

60. El director que está despegado, más anhela a la interior soledad que al ampleo de las almas; y si algún maestro espiritual tiene sentimiento cuan

do se le va un alma y le deja por otra guía, es señal manifiesta que no estaba despegado, ni buscaba puramente la gloria de Dios, sino su crédito.

61. El mismo daño y achaque se experimenta cuando el director hace alguna diligencia secreta para atraer a su dirección alguna alma que va gobernada por otra guía. Este es un notable daño, porque si se tiene por mejor que el otro director, es soberbio; si se reconoce peor, es traidor a Dios, a aquella alma y a sí mismo, por el malicioso perjuicio que hace al provecho de los prójimos.

62. También se descubre otro daño considerable en los maestros espirituales, y es que no permiten que las almas que guían comuniquen con otros, aunque sean más santos, más doctos y más experimentados que ellos. Todo es apego, amor propio y propia estimación. No les permiten a las almas este desahogo por el temor que tienen de perderlas, y que no se diga que sus hijos espirituales buscan en los otros la satisfacción que no hallan en ellos. Y las más veces, por estos imperfectos fines, embarazan a las almas sus adelantamientos.

63. Es de tanta eficacia, que arroja la honra mundana, la estimación propia, la ambición espiritual, el deseo de crédito, el querer ser grande, el presumir que es solo y pensar que lo sabe todo. Arroja los amigos, las amistades de cumplimiento, el trato de las criaturas, el apego a los hijos espirituales, el hacer del maestro y del hacendado. Arroja la demasiada inclinación al confesonario, la afición desordenada a gobernar almas, pensando que tiene esa habilidad. Arroja el amor propio, la autoridad, la presunción, el tratar del fruto que hace, el hacer alarde de las cartas que escribe, el enseñar las de los hijos espirituales para dar a entender que es grande operario. Arroja la envidia de los otros maestros y el solicitar que vengan a su confesonario.

65. Finalmente, la voz interior de Dios en el alma del director engendra el desprecio, la soledad,

el silencio y el olvido de los amigos, de los parientes y de los espirituales hijos, y no se acuerda de ellos sino cuando le hablan. Esta es la única señal para conocer el despego del maestro; pero hace éste más fruto callando que millares de los otros, aunque se valgan de infinitos documentos.

CAPITULO IX

CÓMO LA SENCILLA Y PRONTA OBEDIENCIA ES EL ÚNICO MEDIO PARA CAMINAR CON SEGURIDAD POR EL INTERIOR CAMINO Y PARA ALCANZAR LA INTERIOR PAZ.

66. Si de veras te resuelves a negar tu voluntad y hacer en todo la divina, el medio necesario es la obediencia, ora por el nudo indisoluble del voto hecho al superior en religión, ora por la libre lazada de la entrega de tu voluntad a una espiritual y experimentada guía de las calidades que acabamos de decir en los antecedentes capítulos.

67. No llegarás jamás al monte de la perfección ni al alto trono de la interior paz si te gobiernas por tu voluntad propia. Esta cruel fiera, enemiga de Dios y de tu alma, se ha de vencer. Tu propia dirección y juicio, como a rebeldes, los has de avasallar, deponer y quemar en el fuego de la obediencia. Allí se descubrirá, como en piedra de toque, si es amor propio o divino el que sigues. Allí, en aquel holocausto, ha de aniquilarse hasta la última substancia tu juicio y voluntad propia.

68. Más vale una vida ordinaria debajo de la obediencia que la que hace por su propia voluntad grandes penitencias, porque la obediencia y sujeción, a más de estar libres de los engaños de Satanás, es el altar de nuestro corazón. Por eso decía un gran siervo de Dios que quería más coger estiércol por la obediencia que estar arrobado hasta el tercer cielo por su voluntad propia.

69. Sabrás que la obediencia es un camino compendioso para llegar presto a la perfección. Es imposible poder el alma alcanzar la verdadera paz del corazón si no niega y vence su juicio y rebeldía. Y para negarse y vencer su juicio, el remedio es manifestarse en todo con resolución de obedecer a quien está en lugar de Dios. *Effundite coram illo corda vestra*[40] (Psal. LXI). Porque de todo aquello que sale de la boca con verdadero rendimiento a los oídos del padre espiritual, queda libre, seguro y exonerado el corazón; el remedio, pues, más eficaz para hacer progreso en el camino del espíritu es imprimirse en el corazón que su espiritual director está en lugar de Dios y que cuanto ordena y dice es dicho y ordenado por su divina boca.

70. A la venerable madre Sor Ana María de San José, religiosa franciscana descalza, la dijo Dios muchas veces *que más quería obedeciese a su padre espiritual que a El mismo. (Su vida,* párrafo 43.) A la venerable Sor Catalina Paluci dijo el Señor un día: «Debes ir a tu padre espiritual con pura y sincera verdad, como si vinieses a mí, sin buscar si es o no es observante. Sólo has de pensar que él es gobernado por el Espíritu Santo y que está en mi lugar. Cuando observaran esto las almas, no permitiré yo que ninguna sea de él engañada.» *(Su vida, lib. II,* cap. 16.) ¡Oh divinas palabras, dignas de estamparse en los corazones de aquellas almas que desean adelantarse en la perfección!

71. Reveló Dios a doña María de Escobar *(Su vida)* que si a su parecer Cristo Señor Nuestro la mandase comulgar y su padre espiritual se lo impidiese, tenía obligación de seguir el parecer del padre espiritual. Y un santo bajó del cielo a decirla la razón: y era que en lo primero podía haber engaño, y en lo segundo, no.

72. A todos aconseja el Espíritu Santo en *Los Proverbios* que tomemos consejo y no fiemos de

[40] «Dad rienda suelta a vuestros corazones ante él.»

nuestra prudencia: *Ne initaris prudentiae tuae*[41] (capítulo 3). Y por Tobías dice: que para acertar no te has de gobernar jamás por tu propio juicio, sino que siempre has de pedir parecer: *Consilium semper a sapiente perquire*[42] (cap. IV-14). Aunque el padre espiritual yerre en dar el consejo, no puedes tú errar en seguirle, porque obras prudentemente: *Qui judicio alterius operatur, prudenter operatur*[43]. Y Dios no da lugar que yerren los directores para conservar, aunque sea con milagros, el tribunal visible del padre espiritual, por donde se sabe con toda seguridad cuál es la divina voluntad.

73. A más de ser esta doctrina común de todos los santos, de todos los doctores y maestros de espíritú, la afianzó y aseguró Cristo Señor Nuestro cuando dijo que los padres espirituales sean oídos y obedecidos como su propia persona: *Qui vos audit me audit*[44]. *(San Lucas,* cap. X.) Y esto aún cuando sus obras no corresponden con las palabras y consejos, como consta por San Mateo: *Quaequmque dixerint vobis facite, secumdum autem opera eorum facere*[45]. *(San Mateo,* cap. II.)

41. «No te apoyes en tu prudencia.»
42 «Busca siempre consejo del sabio.»
43 «Quien se ocupa del juicio de otro, actúa prudente mente.»
44 «El que os escucha a vosotros, a mí me escucha.»
45 «Io que os han dicho que hagáis, hacedlo sin embargo según las obras de ellos.»

CAPITULO X

PROSIGUE LO MISMO.

74. El alma que es observante de la santa obediencia, es poseedora (como dice San Gregorio) de todas las virtudes (libro XXXV, *in Job.*, cap. 12). A ésta premia Dios su humildad y obediencia, ilustrando y enseñando a su guía, a cuya dirección debe (por estar en lugar de Dios), sujetarse en todo y por todo, descubriendo con libertad, claridad, fidelidad y sencillez todos los pensamientos, obras, inclinaciones, inspiraciones y tentaciones; de esta manera no puede engañarla el demonio, y se asegura, sin temor de dar cuenta a Dios de las acciones que hace y de las que omite, de modo que quien quiere caminar sin guía, si no vive engañado, está muy cerca de serlo; porque la tentación le parecerá inspiración.

75. Sabrás que para ser perfecto no te basta obedecer y honrar a los superiores; es también necesario obedecer y honrar a los inferiores.

76. Ha de ser, pues, la obediencia, para ser perfecta, voluntaria para pronta, alegre, interior, ciega y perseverante. Voluntaria sin fuerza y sin temor; pura, sin interés terreno, sin respeto mundano, o amor propio, puramente por Dios; pronta, sin réplica sin excusa y sin dilación; alegre, sin aflicción interior y con diligencia interior; no sólo ha de ser exterior y

aparente, sino de ánimo y de corazón; ciega, sin juicio propio, sujetándolo con la voluntad a aquella de quien manda, sin investigar la intención, el fin o la razón de la obediencia; perseverante con firmeza y constancia hasta morir.

77. «La obediencia (dice San Buenaventura) ha de ser pronta, sin dilación; devota, sin dedignarse; voluntaria, sin contradicción; simple, sin examen; perseverante, sin pausa; ordenada, sin desvío; gustosa, sin turbación; valiente, sin pusilanimidad, y universal, sin excepción.» (*Tract., 8 colatio.*) Desengáñate, alma bendita, que aunque quieras hacer la voluntad de Dios con toda diligencia, no hallarás jamás el camino sino por medio de la obediencia. En querer un hombre gobernarse por sí mismo va perdido y engañado. Aunque el alma tenga muy altas señales de que es buen espíritu el que la habla, si no se sujeta al parecer del espiritual director, téngase por demonio. Así lo dice Gerson y otros muchos maestros de espíritu (*Tract. de distinct, veraru, revelatin*; 19.)

78. Sellará esta doctrina aquel caso de Santa Teresa: Viendo la santa madre que doña Catalina de Cardona hacía en el desierto grande y rigurosa penitencia, se resolvió a imitarla, contra el parecer de su padre espiritual, que se lo impidía. Díjole entonces el Señor: «Eso, no, hija; buen camino llevas seguro. ¿Ves toda la penitencia que hace doña Catalina? Pues en más tengo tu obediencia.» (*Su vida,* 369.) Desde entonces hizo voto de obedecer al padre espiritual. Y en el capítulo XXVI refiere que la dijo Dios muchas veces no dejase de comunicar toda su alma y las mercedes que la hacía con el padre espiritual, y que en todo le obedeciese.

79. Mira cómo ha querido Dios que se asegurase esta celestial e importante doctrina por la Sagrada Escritura, por los santos, por los doctores, por las razones y ejemplos, para desarraigar del todo los engaños del enemigo.

CAPITULO XI

CUÁNDO Y EN QUÉ COSAS LE IMPORTA MÁS OBEDECER AL ALMA INTERIOR.

80. Para que sepas cuándo es más necesaria la obediencia, te quiero advertir que cuando más experimentares las horribles e importunas sugestiones del enemigo; cuando más padecieres las tinieblas, las angustias, las sequedades y desamparos; cuando más te vieres rodeada de tentaciones, de ira, rabia, blasfemia, lujuria, maldición, fastidio, desesperación, impaciencia y desolación, entonces es cuando más te conviene creer y obedecer al experimentado director, quietándote con su santo consejo para no dejarte llevar de la vehemente persuasión del enemigo, que te hará creer en la aflicción y grave desamparo, que estás perdida, que eres aborrecida de Dios, que estás en su desgracia y que ya no aprovecha la obediencia.

81. Hallaráste circuida de penosos escrúpulos, de dolores, ansias, angustias, martirios, desconfianzas, desamparo de criaturas y molestias tan acerbas que te parecerán inconsolables tus aflicciones e inspirables tus tormentos. ¡Oh, alma bendita, qué dichosa serás si crees a tu guía, si te sujetas y obedeces! Entonces caminas más segura por el secreto e interior camino de la noche obscura, aunque a ti te parecerá que vas errada, que eres peor que nunca, que no ves en tu alma sino abominaciones y señales de condena.

82. Juzgarás con evidencia que estás espiritada y poseída del demonio, porque las señales de este interior ejercicio y horrible tribulación se equivocan con las de la invasión penosa de los espiritados y endemoniados. Cree entonces con firmeza a tu guía, porque en la obediencia está tu verdadera felicidad.

83. Estarás advertida que en viendo el demonio que un alma en todo se niega y rinde a la obediencia de su director, hace desatar todo el infierno para impedirle este infinito bien y santo sacrificio. Suele, envidioso y lleno de furor, poner cizaña entre los dos, haciendo concebir al alma tedio, enojo, aversión, repugnancia, desconfianza y odio contra la guía, y tal vez se vale de su lengua para decirla muchos oprobios. Pero si ésta es experimentada, se ríe de las sutiles asechanzas y diabólicas astucias. Y aunque el demonio procura persuadir a las almas de este estado con varias sugestiones, que no crean a su director, para que no le obedezcan, ni pasen adelante, sin embargo, pueden creer y creen lo que basta para obedecer, aunque sin propia satisfacción.

84. Pedirásle a tu guía licencia o le comunicarás alguna recibida gracia; si al negarte la licencia o desvanecerte la gracia, porque no te ensoberbezcas, te apartas de su consejo y le dejas, es señal que fue falsa la gracia y que va arriesgado tu espíritu. Pero si crees y obedeces, aunque lo sientas vivamente, es señal de estás viva y mal mortificada; pero te adelantarás con aquella violenta y rigurosa medicina, porque aunque la parte inferior se turbe y se resienta, la parte superior del alma la abraza, y quiere ser humillada y mortificada, porque sabes que esa es la voluntad divina. Y aunque tú no la conoces, va creciendo en tu alma la satisfacción de la guía.

85. El medio para negar el amor propio y para deponer el propio juicio has de saber que es sujetarte en todo, con verdadero rendimiento, al consejo del espiritual médico. Si éste te impide lo que tú gustas o te manda lo que no deseas, luego se te ofrecen contra el santo consejo millares de razones falsas y aparen-

tes, por donde se conoce que no está del todo mortificado tu espíritu, ni ciego el juicio propio, enemigos capitales de la pronta y ciega obediencia y de la paz del alma.

86. Es necesario entonces que te venzas a ti misma, que superes los vivos sentimientos y que desprecies las falsas razones, obedeciendo, callando y ejercitando el santo consejo, porque de esta manera se desarraigan el apetito y el juicio propio.

87. Por eso los antiguos padres, como experimentados maestros de espíritu, ejercitaban a sus discípulos con varios y extraordinarios modos: a unos les mandaban que plantasen lechugas por las hojas, a otros que regasen los troncos secos y a otros que cosiesen y descosiesen muchas veces el hábito; todos ardides maravillosos y eficaces para probar la sencilla obediencia y cortar de raíz la mala hierba del juicio y voluntad propia.

CAPITULO XII

PROSIGUE LO MISMO

88. Sabe que no darás un paso en el camino del espíritu mientras no procures vencer este fiero enemigo del juicio propio, y el alma, que no conocerá este daño, no tendrá jamás remedio. Un enfermo que conoce su enfermedad sabe de cierto que aunque tenga sed no le conviene beber, y que la medicina, aunque amarga, le aprovecha; por eso no cree a su apetito ni se fía de su juicio, sino que se sujeta a un experimentado médico, obedeciéndole en todo como a medio de su remedio. El conocer que está enfermo le ayuda a no fiarse de sí mismo y a seguir el acertado parecer del médico.

89. Todos estamos enfermos del achaque del amor y juicio propio; todos estamos llenos de nosotros mismos; no sabemos apetecer sino lo que nos daña, y lo que nos aprovecha nos desagrada y enfada. Es, pues, necesario usar el remedio del enfermo que quiere sanar, que es no creer a nuestros juicios y antojos, sino al acertado parecer del espiritual y experimentado médico, sin réplica ni excusa, despreciando las razones aparentes del amor propio; que si de esta manera obedecemos, sanaremos de cierto y quedará vencido el propio amor, enemigo de la quietud, de la paz, de la perfección y del espíritu.

90. ¿Cuántas veces te habrán engañado tus propios juicio? ¿Y cuántas veces habrás mudado de parecer, con vergüenza de haberte creído a ti misma? Si un hombre te hubiese engañado dos o tres veces, no te fiarás más de él; pues ¿por qué te fías de tu propio juicio, habiéndote tantas veces engañado? No le creas más, bendita alma, no le creas; sujétate con verdadero rendimiento y sigue la obediencia a ciegas.

91. Estarás muy contenta por tener una guía experimentada, y aun lo tendrás a gran dicha, y será de poca importancia, si estimas más tu juicio que su consejo y no te rindes en todo a él con toda verdad y sinceridad.

92. Adolece un gran señor de una grave enfermedad; tiene en su casa un célebre y experimentado médico; conoce éste luego la dolencia, sus causas, cualidades y estado, y sabiendo de cierto que se sana aquella enfermedad con rigurosos cauterios, le ordena lenitivos. ¿No es un gran desatino? Si sabe que el lenitivo es de poco provecho y que el cauterio es eficaz, ¿por qué no se lo aplica? Porque aunque el enfermo quiere sanar, conoce el médico su interior, y que no está dispuesto para recibir estas fuertes medicinas, y así le ordena prudentemente los suaves lenitivos, porque aunque con ellos no sana, se conserva para que no pase a mortal dolencia.

93. ¿Qué importa que tengas el mejor director del mundo, si no tienes verdadero rendimiento? Aunque éste sea experimentado y conozca el daño y el remedio, no aplica la medicina eficaz que más te importa para negar tu voluntad, porque conoce tu interior y espíritu, que no está dispuesto para dejar desarraigar la enfermedad de tu propio juicio; y así no sanarás jamás, y será milagro te conserves en gracia con tan fiero enemigo dentro de tu alma.

94. Despreciará tu guía, si es experimentada, todo linaje de mercedes, mientras no esté bien fundado tu espíritu; créele, obedece, abrazando el consejo; porque con este desprecio, si el espíritu es fingido, y del demonio, se conocerá luego la soberbia secreta fra-

guada por el que remeda estos espíritus. Pero si el espíritu es verdadero, aunque sientas la humillación, te hará notabilísimo provecho.

95. Si el alma gusta de ser estimada y que se divulguen los favores que recibe de Dios, si no obedece y cree al director que los desestima, todo es mentira y demonio el ángel que se transforma. Viendo el alma que la experimentada guía desprecia estos engaños, si es malo el espíritu, le pierde el cariño fingido que le mostraba y procura poco a poco apartarse de él, buscando otro a quien engañar; porque los soberbios nunca hacen compañía con quien los humilla; pero, al contrario, si el espíritu es verdadero y de Dios, con estas pruebas se dobla el amor y la constancia, tolerándolas, deseando más y más la propia desestimación, con que se califica sin engaño lo sólido del espíritu.

CAPITULO XIII

LA FRECUENTE COMUNIÓN ES MEDIO EFICAZ PARA ALCANZAR LAS VIRTUDES, Y EN ESPECIAL LA PAZ INTERIOR.

96. Cuatro cosas son necesarias para alcanzar la perfección y paz interior. La primera, es la oración; la segunda, la obediencia; la tercera, la frecuente co munión, y la cuarta, la interior mortificación. Y que hemos tratado de la oración y obediencia, bien será tratar ahora de la comunión.

97. Sabrás que hay muchas almas que se privan de los infinitos bienes de esta preciosa comida por parecerlas que no están bastante preparadas y que es necesario una ángelica pureza. Si tú tienes un fin puro, un deseo verdadero de hacer el divino beneplácito, sin mirar la sensible devoción ni la propia satisfacción, llega con seguridad, que bien dispuesta estás.

98. En este escollo del deseo de hacer la divina voluntad se han de romper todas las dificultades y vencer todos los escrúpulos, las tentaciones, las dudas, los temores, las repugnancias y contradicciones. Y aunque la mejor preparación es comulgar el alma con frecuencia, porque una comunión es disposición para la otra, sin embargo, quiero enseñarte dos modos de preparación. La primera, para las almas exteriores que tienen buen deseo y voluntad, y la segunda, para los espirituales que viven interiormente y tienen más luz y conocimiento de Dios, de sus misterios, de sus operaciones y sacramentos.

99. La preparación para las almas exteriores es confesarse, retirarse de las criaturas antes de la comunión, estarse en silencio, considerando qué es lo que se va a recibir y quién es el que lo recibe, y que va a hacer el más grave negocio que haya en el mundo, como es recibir al gran Dios. ¡Qué favor tan singular, dejarse recibir la misma limpieza de la suciedad; la majestad, de la vileza, y el Sumo Creador, de la más mínima criatura!

100. La segunda preparación, que es para las almas interiores y espirituales, ha de procurar vivir con más pureza, con mayor negación de sí mismas, con un total despego, con interior mortificación y continuo recogimiento, y caminando de este modo no tiene necesidad de prepararse actualmente, porque su vida es una continua y perfecta preparación.

101. Si tú no conoces en tu alma estas virtudes, por la misma razón debes llegar con frecuencia a esta soberana mesa para alcanzarlas. No te impida el verte seca, defectuosa y fría, porque la frecuente comunión es medicina que sana los defectos y aumenta las virtudes. Por el mismo caso que estás enferma, te has de llegar al médico, y por estar fría, al fuego.

102. Si tú llegas con humildad, con deseo de hacer la divina voluntad y con la licencia del confesor, cada día le puedes recibir, y cada día te mejorarás y aprovecharás. No te acobardes por verte sin aquel afectuoso y sensible amor que dicen algunos es necesario; porque este efecto sensitivo no es perfecto y de ordinario se da a las almas flacas y delicadas.

103. Dirás que te sientes mal dispuesta, sin devoción, sin fervor y aun sin deseo de este divino manjar; ¿que cómo le has de frecuentar? Ten por cierto que nada de esto te impide ni te daña mientras tuvieres firme propósito de no pecar y voluntad determinada de huir de todo género de ofensa. Y si de todas las que te acordaste te confesaste, no dudes que estás bien aparejada para llegar a esta divina y celestial mesa.

CAPITULO XIV

PROSIGUE LO MISMO

104. Sabrás que en este inefable sacramento se une Cristo con el alma y se hace una misma cosa con ella, cuya fineza es la más alta y admirable y la más digna de consideración y gratitud. Grande fue la fineza de hacerse hombre, mayor la de morir por nuestro amor ignominiosamente en la cruz; pero el darse todo entero al alma en este maravilloso sacramento no admite comparación. Este es el singular favor y la infinita fineza; porque ya no hay más que dar ni más que recibir. ¡Oh si lo penetrásemos! ¡Oh si lo conociésemos!

105. ¡Que quiera Dios, siendo quien es, comunicarse a mi alma! ¡Que quiera Dios hacer un recíproco vínculo de unión con ella, siendo la misma miseria! ¡Oh, almas, si comiésemos en esta celestial mesa! ¡Oh si nos quemásemos en esta ardiente zarza! ¡Oh si nos hiciésemos un espíritu con este Señor soberano! ¿Quién nos engaña? ¿Quién nos estorba para que no lleguemos a abrasarnos, como la salamandra, con el divino fuego de esta santa mesa?

106. Es verdad, Señor, que vos entráis en mí, todo miserable; pero es también verdad que vos quedáis en vuestra gloria, en vuestros esplendores y en vos mismo. Recibíos, pues, ¡oh, mi Jesús!, en vos

mismo, en vuestra belleza y majestad. Yo me alegro infinito que la vileza de mi alma no pueda perjudicar vuestra hermosura. Entrad, pues, en mí sin salir de vos. Vivid en medio de vuestros esplendores y de vuestra magnificecia, aunque estéis en mi obscuridad y miseria.

107. ¡Oh, alma mía, qué grande es tu vileza y qué grande tu pobreza! ¿Quién es, señor, el hombre que así os acordáis de él, que así le visitáis y engrandecéis? (*Job,* cap. VII.) ¿Quién es el hombre, que así le estimáis, queriendo tener con él vuestras grandezas? ¿Cómo, Señor, la miserable criatura podrá recibir la infinita majestad? Humíllate, alma mía, hasta el profundo de la nada; confiesa tu indignidad, mira tu miseria y reconoce la maravilla del divino amor que se deja envilecer en este incomprensible misterio para comunicarse y unirse contigo.

108. ¡Oh grandeza del amor! ¡Que se encierre el amoroso Jesús en una pequeña hostia! ¡Que se encierre este gran Señor en una cárcel por mi amor! ¡Que se haga, en cierto modo, esclavo del hombre, dándose todo El y sacrificándose por él al Padre Eterno! ¡Oh, divino encarcelado! Encarcelad fuertemente mi corazón para que no vuelva jamás a su libertad, sino que todo aniquilado muera al mundo y quede con vos unido.

109. Si quieres alcanzar en sumo grado todas las virtudes, llega, alma bendita, llega con frecuencia, porque todas están represas en esta sacrosanta mesa. Come, alma, de este celestial manjar; come y persevera, llega con humildad, llega con fe a comer el divino y blanco pan, porque es el blanco de las almas, y de allí tira el amor flechas diciendo llega el alma y come este sabroso manjar si quieres alcanzar la limpieza, la caridad, la pureza, la luz, la fortaleza, la perfección y la paz.

CAPITULO XV

DECLÁRASE EN QUÉ TIEMPO SE DEBEN USAR LAS EXTERIORES Y CORPORALES PENITENCIAS Y CUÁN NOCIVAS SON CUANDO SE HACEN INDISCRETAMENTE POR EL PROPIO JUICIO Y PARECER.

110. Sabrás que hay algunas almas que por estimarse más en santidad vienen a quedarse muy atrás en ella, haciendo penitencias indiscretas, como los que quieren cantar más de lo que sus fuerzas alcanzan, que por el mismo caso las sacan de flaqueza para hacerlo mejor, lo hacen peor.

111. En este barranco han caído muchos sin querer rendir su juicio a sus padres espirituales, pareciéndoles que si no se arrojan a rigurosas penitencias, jamás llegarán a ser santos, como si en sólo ellas estuviera la santidad. Dicen que quien poco siembra, poco coge, y ellos no siembran otra semilla, con sus indiscretas penitencias, que amor propio, en lugar de arrancarle.

112. Pero lo peor que hay en estas indiscretas penitencias es que con el uso de estos estériles rigores se engendra y connaturaliza una amargura de corazón para consigo y para con los prójimos que es bien ajena del verdadero espíritu; para consigo, porque no se experimenta la suavidad del yugo de Cristo y la dulzura de la caridad, sino sólo la aspereza de las penitencias con que queda el natural desabrido, de donde viene a estarlo también con los prójimos, a notar y reprender muchos sus faltas, a tenerlos por

imperfectos y defectuosos, por el mismo caso que los ve ir por otro camino menos rígido que el suyo. De ahí nace el ensoberbecerse con sus ejercicios y penitencias viendo que son pocos los que las hacen, y teniéndose por mejores que los otros, con que vienen a dar una gran baja en las virtudes. De aquí la envidia de los otros, por verlos menos penitentes y más favorecidos de Dios, indicio claro que ponían la confianza en sus propias diligencias.

113. El sustento del alma es la oración, y el alma de la oración es la interior mortificación; porque aunque las penitencias corporales y todos los demás ejercicios con los cuales se castiga la carne sean buenos, santos y loables (mientras sean con discreción moderados, según el estado y calidad de cada uno, y por el parecer del espíritu director), sin embargo, no granjearás virtud alguna por estos medios, sino vanidad y viento de vanagloria, si no nacen del interior. Por eso sabrás ahora en qué tiempo has de usar más principalmente las exteriores penitencias.

114. Cuando el alma comienza a retirarse del mundo y del vicio, debe domar el cuerpo con rigor para que sujete al espíritu y siga la ley de Dios con facilidad. Importa entonces jugar las armas del cilicio, ayuno y disciplina, para arrojar de la carne las raíces del pecado. Pero cuando el alma se va entrando en el camino del espíritu, abrazando la interior mortificación, se deben templar las penitencias del cuerpo, por estar bastantemente trabajado del espíritu: el corazón se debilita, el pecho padece, el cerebro se cansa y todo el cuerpo queda pesado e inhábil para las funciones del alma.

115. Debe, pues, atender el sabio y experimentado director a no permitir a estas almas que ejecuten los excesos de penitencia corporal y exterior a que son movidas por la grande estimación de Dios, que conciben en el recogimiento interior tenebroso y purgativo, porque no es bien consumir el cuerpo y el espíritu a un mismo tiempo, ni cortar las fuerzas por las rigurosas y excesivas penitencias, ya que con la interior

mortificación se van disminuyendo. Por eso dijo muy bien San Ignacio de Loyola en sus *Ejercicios: Que en la vía purgativa eran necesarias las corporales penitencias, que en la iluminativa se habían de moderar y mucho más en la unitiva.*

116. ¿Pero dirás que los santos usaban siempre horribles penitencias? No las hacían con indiscreción, ni por su propio juicio, sino por el parecer de sus superiores y guías espirituales, las cuales se la permitían porque reconocían eran movidas interiormente del Señor a estos rigores para confundir con su ejemplo la miseria de los pecadores, o por otros muchos fines. Otras veces se las permitían para que humillasen el fervor del espíritu y contrapesen los raptos, todos los cuales son motivos particulares y no hacen regla general para todos.

CAPITULO XVI

LA DIFERENCIA GRANDE QUE HAY DE LAS PENITENCIAS EXTERIORES A LAS INTERIORES.

117. Has de saber que son muy leves las morti ficaciones y penitencias que uno se toma por sí, aun que sean las más rigurosas que hasta hoy se han hecho, en comparación de las que lleva por mano ajena, porque en las primeras entra él y la propia voluntad, que menoscaban el sentimiento cuanto es más volun tario, pues es penoso, lo que se lleva y el modo con que se lleva, que es por voluntad ajena.

118. Esto es lo que Cristo, Señor nuestro, dijo a San Pedro, y a todos en él, como cabeza de toda la Iglesia: *Cuando eras mozo y principiante en la virtud, tú te ceñías y mortificabas; pero cuando pases a escuelas mayores y ya fueres anciano en la virtud, otro te ha de ceñir y mortificar.* Y entonces, si me quieres seguir perfectamente, negándote del todo a ti mismo, has de dejar esa tu cruz y tomar la mía, esto es, llevar bien que otro te crucifique.

119. No hay que hacer diferencia entre éstos y aquélla; tu padre y tu hijo, tu amigo y tu hermano, han de ser los primeros en mortificarte, y levantarse contra ti, y esto con razón y sin ella, pareciéndoles embuste, hipocresía o imprudencia la virtud de tu alma y poniendo estorbos a tus santos ejercicios. Esto

y mucho más te sucederá si de veras quieres servir al Señor y dejarte purificar de su mano.

120. Desengáñate que, aunque son buenas las mortificaciones y exteriores penitencias que tú mismo tomarás por tu mano, no alcanzarás por ellas la perfección, porque aunque doman el cuerpo, no purifican el alma ni purgan las interiores pasiones, que son las que impiden la perfecta contemplación y divina unión.

121. Es muy fácil mortificar el cuerpo por medio del espíritu; pero no el espíritu por medio del cuerpo. Verdad es que en la mortificación interior y del espíritu para vencer las pasiones y desarraigar el amor y juicio propio importa trabajar hasta la muerte, sin perdonar punto, aunque el alma se halle en el más alto estado, y así en la interior mortificación se ha de poner el principal cuidado, porque no basta la corporal y exterior, aunque sea buena y santa.

122. Aunque uno reciba las penas de todos los hombres juntos y haga más ásperas penitencias que hasta hoy se han hecho en la Iglesia de Dios, si no se niega y mortifica con la mortificación interior, estará muy lejos de llegar a la perfección.

123. Buena prueba de esta verdad lo que le sucedió al beato Enrique de Suson[46], que después de veinte años de rigurosos cilicios, disciplinas y abstinencias tan grandes que sólo el leerlo mete grima, le comunicó Dios una luz por medio de un éxtasis, con la cual llegó a conocer que no había comenzado, y fue así que hasta que el Señor le mortificó con tenta-

[46] Enrique Suso, n. en Ueberlingen —Constanza— hacia 1295 y m. en Ulm en 1366. Ingresó en la orden de los dominicos. Hacia 1320 estudia en Colonia con el Maestro Eckhart. Regresa luego a Constanza, desde donde despliega una gran labor de predicación por toda la zona del Rin. Al igual que Tauler, Suso trató de librar a su Maestro de la acusación de panteísmo, insistiendo en que aunque la idea de las criaturas se halle en Dios, éstas son distintas de él. El «nacimiento de Dios en el alma» de que habla Eckhart no supone una fusión de ésta con su creador, en la que se identificara totalmente con él. Sus principales obras son: *Librito de la verdad, Librito de la eterna sabiduría.*

ciones y grandes persecuciones, no llegó a la perfección. (*Su vida*, cap. 23.) Con esto te desengañarás y conocerás la diferencia grande que hay de las persistencias a la interiores y de la mortificación interior a la exterior.

CAPITULO XVII

CÓMO SE HA DE PORTAR EL ALMA EN LOS DEFECTOS QUE COMETIERE PARA NO INQUIETARSE Y PARA SACAR FRUTO DE ELLOS.

124. Cuando cayeres en algún defecto en cualquiera materia que sea, no te turbes ni te aflijas, porque son efectos de nuestra flaca naturaleza, manchada por la original culpa, tan propensa al mal, que tiene necesidad de especialísima gracia y privilegio, como le tuvo la Virgen Santísima para quedar libre y exenta de las veniales culpas. (*Concil. Trid. Se*, 6, cap. 23.)

125. Si cuando caes en el defecto o negligencia te inquietas o alteras, es señal manifiesta que reina todavía en tu alma la soberbia secreta. ¿Pensabas que ya no habías de caer en defectos y flaquezas? Si aun a los más santos y perfectos les permite el Señor algunas leves caídas y les deja algunos resabios que tuvieran cuando principiantes, para tenerlos más seguros y humillados y para que piensen siempre que nunca han pasado de aquel estado, pues están todavía en las faltas de los principios, ¿de qué te maravillas tú si caes en algún leve defecto o flaqueza?

126. Humíllate, conoce tu miseria y dale a Dios las gracias de haberte preservado de infinitas culpas en que infaliblemente hubieras caído y cayeras según tu inclinación y apetito. ¿Qué se puede esperar de la deleznable tierra de nuestra naturaleza sino malezas, abrojos y espinas? Es milagro de la divina gracia no

caer cada instante en innumerables culpas. Escandalizaríamos a todo el mundo si Dios continuamente no nos tuviera de su mano.

127. Te persuadirá el enemigo común, luego que cayeres en algún defecto, que no vas bien fundado en el camino, que vas errado, que no te enmendaste de veras, que no hiciste bien la confesión general, que no tuviste verdadero dolor y que así estás fuera de Dios y en su desgracia. Y si algunas veces repitieres, por desgracia, el venial defecto, ¡qué de temores, cobardías, confusiones y vanos discursos te pondrá el demonio! Te representará que empleas en vano el tiempo en que no haces nada; que tu oración es infructuosa; que no te dispones como debes para recibir la divina Eucaristía; que no te mortificas según lo prometes a Dios cada día; que la oración y comunión sin mortificación es pura vanidad. Con esto te hará desconfiar de la divina gracia, representándote tu miseria y haciéndola gigante, dándote a entender que cada día se empeora tu alma, en lugar de aprovecharse, pues se ve con repetidas caídas.

128. ¡Oh, alma bendita, abre los ojos y no te dejes llevar de los engañosos y dorados silbos de Satanás, que procura tu ruina y cobardía con esas razones falsas y aparentes! Cercena esos discursos y consideraciones y cierra la puerta a todos esos vanos pensamientos y diabólicas sugestiones. Depón esos vanos temores y ahuyenta la cobardía, conociendo tu miseria y confiando en la divina misericordia. Y si mañana volvieres a caer, como hoy, vuelve más y más a confiar en aquella suprema y más que infinita bondad, tan pronta a olvidarse de nuestros defectos y a recibirnos en sus brazos como amorosos hijos.

CAPITULO XVIII

PROSIGUE LO MISMO

129. Debes, pues, siempre que cayeres en algún defecto, sin perder tiempo ni hacer discursos sobre la caída, arrojar el vano temor y cobardía, sin inquietarte ni alterarte, sino conociendo tu defecto con humildad, mirando tu miseria; vuélvete con amorosa confianza al Señor, poniéndote en su presencia y pidiéndole perdón con el corazón, y sin ruido de palabras, quédate con sosiego, en haciendo esto, sin discurrir si te ha o no perdonado, volviendo a tus ejercicios y recogimiento como si no hubieras caído.

130. ¿No será necio el que habiendo salido con otros a correr la joya, por haber caído en lo mejor de la carrera, se estuviese en tierra llorando y afligiendo, discurriendo sobre la caída? ¡Hombre! (le dirán), no pierdas tiempo: levántate y vuelve a correr, que el que con brevedad se levanta y continúa su carrera, es como si no cayera.

131. Si deseas alcanzar el alto grado de la perfección y de la interior paz, has de jugar la espada de la confianza en la divina bondad, de noche y de día y siempre que cayeres. Esta humilde y amorosa conversación y total confianza en la divina misericordia has de usar en todas las faltas, imperfecciones y defectos que, con advertencia o sin ella, cometieres.

132. Y aunque caigas muchas veces y te veas pusilánime, procura animarte y no afligirte, porque lo que Dios no hace en cuarenta años lo hace tal vez en un instante, con particular misterio, para que vivamos bajos y humillados y para que conozcamos es obra de su poderosa mano el librarnos de los defectos.

133. Quiere Dios también, con su inefable sabiduría, que no sólo de las virtudes, pero también de los vicios y pasiones con que el demonio procura y pretende derribarnos hasta los abismos, hagamos escala para subir al cielo: *Ascendamus etiam per vita et passiones nostras*[47], dice San Agustín. *(Serm. III, Ascen.)* Para que no hagamos de la medicina ponzoña y de las virtudes vicios, desvaneciéndonos con ellas, quiere Dios hacer de los vicios virtudes, sanándonos con aquello mismo que nos había de dañar. Así lo dice San Gregorio: *Quia ergo nos de medicamento vulnus facimos, facit ille de vulnere medicamentum ut qui virtute percutimur vitio curemur*[48]. (Lib. XXXVII, capítulo 17.)

134. Por medio de las pequeñas caídas nos da el Señor a entender que Su Majestad es el que nos libra de las grandes, con lo cual nos trae humillados y desvelados, que es de lo que más necesidad tiene nuestra altiva naturaleza. Y así, aunque debe andar con mucho cuidado en no caer en ningún defecto de imperfección, si te vieres caído una y mil veces, debes usar el remedio que te he dado, que es la amorosa confianza en la divina misericordia. Esta es el arma con que has de pelear y vencer la cobardía y los vanos pensamientos. Este es el medio que has de usar para no perder el tiempo, para no inquietarte y para hacer progreso. Este es el tesoro con que has de enriquecer tu alma. Y por aquí finalmente, has de llegar al alto monte de la perfección, de la tranquilidad y de la interior paz.

[47] «Ascendamos también a través de nuestros vicios y pasiones.»

[48] «Porque nosotros del medicamento hacemos herida, hace él de la herida medicamento, para que quienes somos abatidos por la virtud seamos curados por el vicio.»

LIBRO III

DE LOS ESPIRITUALES MARTIRIOS CON QUE DIOS PURGA A LAS ALMAS, DE LA CONTEMPLACIÓN INFUSA Y PASIVA, DE LA RESIGNACIÓN PERFECTA, HUMILDAD INTERNA, DIVINA SABIDURÍA, VERDADERA ANIQUILACIÓN E INTERIOR PAZ.

CAPITULO PRIMERO

LA DIFERENCIA QUE HAY DEL HOMBRE EXTERIOR AL INTERIOR.

1. Hay dos maneras de espirituales personas: unas interiores y exteriores otras. Estas buscan a Dios por afuera, por discurso, imaginación y consideración; procuran con gran conato para alcanzar las virtudes muchas abstinencias, maceración de cuerpo y mortificación de los sentidos, se entregan a la rigurosa penitencia, se visten de cilicios, castigan la carne con disciplinas, procuran el silencio y llevan la presencia de Dios, formándole presente en su idea o imaginación, ya como pastor, ya como médico, ya como amoroso padre y señor: se deleitan de hablar continuamente de Dios, haciendo muy de ordinario fervorosos actos de amor, todo lo cual es arte y meditación.

2. Por este camino desean ser grandes y a fuer de voluntarias y exteriores mortificaciones; van en busca de los sensibles afectos y fervorosos sentimientos, pareciéndoles que sólo cuando los tienen reside Dios en ellos.

3. Este es camino exterior y de principiantes, y aunque es bueno, no se llegará por él a la perfección, ni aun se dará un paso, como lo manifiesta la experiencia en muchos que, después de cincuenta años de este exterior ejercicio, se hallan vacíos de Dios y llenos de sí mismos y sólo tienen de espirituales el nombre.

4. Hay otros espirituales verdaderos que han pasado por los principios del interior camino, que es el que conduce a la perfección y unión con Dios, al cual los llamó el Señor, por su infinita misericordia, de aquel exterior camino en que se ejercitaron primero. Estos, recogidos en el interior de sus almas, con verdadera entrega en las divinas manos, con olvido y total desnudez aun de sí mismos, van siempre con levantado espíritu en la presencia del Señor, por fe pura, sin imagen, forma ni figura, pero con gran seguridad fundada en la interior tranquilidad y sosiego, en cuyo infuso recogimiento tira el espíritu con tanta fuerza, que hace recoger allá dentro del alma el corazón, el cuerpo y todas las corporales fuerzas.

5. Estas almas, como han pasado ya por la interior mortificación y Dios las ha purgado con el fuego de la tribulación con infinitos y horribles tormentos, re cetados todos de su mano y a su modo, son señoras de sí mismas, porque en todo se han vencido y negado, y así viven con gran sosiego y paz interior. Y aunque en muchas ocasiones sienten repugnancia y tentaciones, salen presto vencedoras; porque como ya son almas probadas y dotadas de la divina fortaleza, no pueden durar los movimientos de las pasiones, y si bien pue den perseverar por largo tiempo las vehementes tentaciones y penosas sugestiones del enemigo, quedan todas vencidas con infinita ganancia, porque ya es Dios quien dentro de ellas pelea.

6. Han alcanzado ya estas almas una gran luz y conocimiento verdadero de Cristo Señor Nuestro, así de la divinidad como de la humanidad. Ejercitan este infuso conocimiento con silencio quieto, en el interior retiro y parte superior de sus almas, con un espíritu libre de imágenes y exteriores representaciones, y con un amor puro y desnudo de todas las criaturas. Se levantan, aun de las acciones exteriores, al amor de la humanidad y divinidad. Tanto cuanto conocen, aman, y tanto cuanto gozan, se olvidan, y en todo ex perimentan que aman a su Dios con todo su corazón y espíritu.

7. Estas felices y elevadas almas no se alegran de nada del mundo, sino del desprecio, y de verse solas, y que todos las dejen y olviden. Viven tan despegadas, que aunque reciben continuamente muchas gracias sobrenaturales, no se mudan, ni se inclinan a ellas, más que si no las recibieran, conservando siempre en lo íntimo del corazón una grande bajeza y desprecio de sí mismas, humilladas siempre en el abismo de su indignidad y vileza.

8. Del mismo modo que se están quietas, serenas, y con igualdad de ánimo en las glorias y favores extraordinarios, como en los más rigurosos y acerbos tormentos. No hay nueva que las alegre, ni suceso que las entristezca. Las tribulaciones no las perturban, ni la interior, continua y divina comunicación las desvanece; quedando siempre llenas del santo y filial temor en una maravillosa paz, constancia y serenidad.

CAPITULO II

PROSIGUE LO MISMO

9. En el exterior camino procuran hacer continuos actos de todas las virtudes, una después de la otra, para llegar a conseguirlas. Pretenden purgar las imperfecciones con industrias proporcionadas a su destrucción. Los apegos procuran desarraigarlos de uno en uno con diferencia y opuesto ejercicio, pero nada llegan a conseguir por mucho que se cansen, porque nosotros nada podemos hacer que no sea imperfección y miseria.

10. Pero en el interior camino, y recogimiento amoroso en la divina presencia, como es el Señor el que obra, se establece la virtud, se desarraigan los apegos, se destruyen las imperfecciones, y se arrancan las pasiones, y el alma se halla libre y despegada, cuando se ofrecen las ocasiones sin haber jamás pensado el bien que Dios por su infinita misericordia le tenía preparado.

11. Has de saber, que estas almas, aunque tan perfectas, como tienen luz verdadera de Dios, con esa luz misma conocen profundamente sus miserias, flaquezas e imperfecciones, y lo mucho que les falta, para llegar a la perfección a que caminan: se descontentan y aborrecen a sí mismas, y se ejercitan en amoroso temor de Dios, y propio desprecio; pero con una

verdadera esperanza en Dios y desconfianza de sí mismas.

12. Tanto cuanto se humillan con el verdadero desprecio, y propio conocimiento, tanto más agradan a Dios, y llegan a estar con singular respeto y veneración en su presencia.

13. Todas las buenas obras que hacen y lo que continuamente padecen, así en lo interior, como en lo exterior, no lo estiman en nada delante de aquella divina presencia.

14. Su continuo ejercicio es entrarse dentro de sí en Dios con quietud y silencio; porque allí está su centro y su morada y sus delicias. Más estiman este interior retiro que hablar de Dios: retirarse en aquel interno secreto, y centro del alma para conocer a Dios y recibir su divina influencia, con temor y amorosa reverencia; si salen fuera, es sólo al conocimiento y desprecio de sí mismas.

15. Pero sabrás que son pocas las almas que llegan a este dichoso estado, porque son pocas las que quieren abrazar el desprecio de dejarse labrar y purificar; por cuya causa, aunque son muchas las que entran en este interior camino, es rara la que pasa adelante, y no se queda en los principios. Dijo el Señor a un alma: *Este interior camino es de pocos, y aun de raros; es tan alta gracia, que no la merece ninguno: es de pocos, porque no es otra cosa este camino, que una muerte de los sentidos y son pocos los que así quieren morir, y ser aniquilados, en cuya disposición se funda este tan soberano don.*

16. Con esto te desengañarás y acabarás de conocer la diferencia grande que hay del camino exterior al interior; y cuán diferente es la presencia de Dios, que nace de la meditación de la presencia de Dios, infusa y sobrenatural, nacida del interior e infuso recogimiento y de la pasiva contemplación. Y finalmente sabrás la diferencia grande que hay del hombre exterior al interior.

CAPITULO III

EL MEDIO PARA ALCANZAR LA INTERIOR PAZ NO ES EL GUSTO SENSIBLE NI EL ESPIRITUAL CONSUELO, SINO LA NEGACIÓN DEL AMOR PROPIO.

17. Dice San Bernardo, que servir a Dios no es otra cosa que hacer bien y padecer mal. El que quiere caminar a la perfección por dulzura y consuelo vive engañado. No has de querer de Dios otro consuelo, que acabar la vida por su amor, en estado de verdadera obediencia y sujeción.

18. No fue el camino de Cristo, Señor nuestro, el de la dulzura y suavidad, ni fue éste al que nos convidó con sus palabras y ejemplo cuando dijo: *El que quisiere venir después de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame* (Math., XXIV, 26). Al alma que quiere unirse con Cristo, le conviene conformarse con él, siguiéndole por el padecer.

19. Apenas comenzarás a gustar la dulzura del divino amor en la oración, cuando el enemigo con cautelosa astucia te pondrá deseos de desierto y soledad, para que puedas sin embarazo de nadie tender las velas a la continua y gustosa oración.

20. Abre los ojos, y advierte que este consejo y deseo no se conforma con el verdadero consejo de Cristo Señor nuestro, el cual no nos convidó a seguir la dulzura, y consuelo de su propia voluntad, sino a la propia negación, diciendo: *Abneget semet ipsum* [49].

[49] «Niéguese a sí mismo.»

Como si dijera: el que quisiere seguirme, y venir a la perfección, venda totalmente su propio arbitrio, y dejando todas las cosas, se exponga en todo al yugo de la obediencia, y sujeción por la propia negación, la cual es la más verdadera cruz.

21. Muchas almas se hallarán dedicadas a Dios, que reciben de la divina mano grandes sentimientos, visiones y mentales elevaciones, y con todo esto no las habrá el Señor comunicado la gracia de hacer milagros, penetrar los escondites secretos y de anunciar los frutos, como a otras almas, que pasaron constantes por la tribulación, tentación y verdadera cruz, en este estado de perfecta humildad, obediencia y sujeción.

22. ¡Oh qué gran dicha ser súbdita y sujeta! ¡Qué gran riqueza es ser pobre! ¡Qué gran honra el ser despreciada! ¡Qué alteza el estar abatida! ¡Qué consuelo el estar afligida! ¡Qué sublime ciencia el estar reputada por necia! Y finalmente: ¡Que felicidad de felicidades el ser con Cristo crucificada! Esta es aquella dicha de que el Apóstol se gloriaba: *Nos autem gloriari oportet in cruce Domini nostri Jesu-Christi*[50] (Ad Gal., 14); gloriense los otros con sus riquezas, dignidades, delicias y honras, que para nosotros no hay más honra que ser con Cristo, negados, despreciados y crucificados.

23. Pero ¡ay dolor! que apenas se hallará un alma que desprecie los espirituales gustos, y quiera ser negada por Cristo, abrazando su cruz con amor: *Multi sunt vocati, pauci vero electi*[51] (Math., XXII), dice el Espíritu Santo. Son muchos los llamados a la perfección, pero son pocos los que llegan, porque son pocos los que abrazan la cruz con paciencia, constancia, paz y resignación.

24. Negarse a sí mismo en todas las cosas, estar sujeto al parecer ajeno, mortificar continuamente to-

[50] «Conviene que nos gloriemos en la cruz de Nuestro Señor Jesucristo.»

[51] «Muchos son los llamados, pocos los elegidos.»

das las pasiones interiores, aniquilarse en todo y para todo a sí mismo, seguir siempre lo que es contrario a la propia voluntad, al apetito y juicio propio, es de pocos: muchos son los que lo enseñan; pero pocos los que lo practican.

25. Muchas almas emprendieron y emprenden cada día este camino y perseveran mientras gustan la sabrosa dulzura de la miel del primitivo fervor; pero apenas cesa esa suavidad y sensible gusto, por la tempestad que sobreviene de la tribulación, tentación y sequedad, necesarias para llegar al monte de la perfección, cuando declinan y vuelven las espaldas al camino: señal manifiesta que se buscaban a sí mismas y no a Dios ni a la perfección.

26. Plegue a Dios que las almas que tuvieron luz y fueron llamadas a la interior paz, y por no estar constantes en la sequedad y tribulación, volvieron atrás, no sean echadas a las tinieblas exteriores, como el que fue hallado sin vestidura de boda, aunque era siervo, por no haberse dispuesto, dejándose llevar del amor propio.

27. Este monstruo se ha de vencer. Esta hidra de siete cabezas del amor propio se ha de degollar para llegar a la cumbre del alto monte de la paz. Cébase en todo este monstruo; ya se introduce entre los deudos, que impiden extrañadamente con su comunicación, a que el natural se deja llevar con facilidad. Ya se mezcla, con buena cara de gratitud, en la afición apasionada y sin límite al confesor. Ya en la afición a las vanaglorias espirituales utilísimas, ya a las temporales y honrillas muy delicadas, apegadas a todos los huesos. Ya se apega a los gustos espirituales y aun se asienta en los mismos dones de Dios, y gracias gratis dadas. Ya desea con demasía la conservación de la salud y con disimulo el tratamiento de su propia comodidad. Ya quiere parecer bien con sutilezas muy delicadas, y, finalmente, se apega con notable propensión a su propio juicio y parecer en todas las cosas, cuyas raíces están enrañadas en la propia voluntad. Todos son

efectos del amor propio, y si no se niegan, es imposible subir a la alteza de la perfecta contemplación, a la suma felicidad de la amorosa unión y sublime trono de interior paz.

CAPITULO IV

DE DOS MARTIRIOS ESPIRITUALES CON QUE DIOS PURGA AL ALMA QUE QUIERE CONSIGO UNIRLA.

28. Ahora sabrá cómo suele Dios usar dos modos de purgar las almas que quiere perfeccionar y alumbrar para unirlas estrechamente consigo. El primero del cual trataremos en éste, y el siguiente capítulo, es con amargas aguas de aflicciones, tentaciones, angustias, apreturas e interiores tormentos.

29. El segundo es con fuego ardiente de inflamado amor, impaciente y hambriento. Tal vez se vale de entrambos en aquellas almas, que quiere colmar de gracias, de amor, de luz y de paz interior. Ya las mete en la lejía fuerte de las tribulaciones y amarguras internas y externas, abrasándolas con el fuego de la rigurosa tentación; ya en el crisol del amor ansioso y celoso, apretándolas fortísimamente, porque al paso que quiere el Señor que sea mayor la iluminación y unión de una alma, tanto es más fuerte el tormento y purgación; porque todo el conocimiento y unión con Dios nace el padecer, que es la prueba verdadera del amor.

30. ¡Oh, si entendieses los provechos grandes de la tribulación! Esta es la que forma los pecados, purga el alma y obra la paciencia. Esta es la que en la oración la inflama, la dilata, y hace ejercitar el más sublimado acto de caridad. Esta es la que alegra al

alma, la acerca a Dios, la hace llamar y entrar en el cielo. Esta es la que prueba a los verdaderos siervos del Señor, y los hace sabios, fuertes y constantes. Esta es la que hace oír a Dios, con presteza: *Ad Dominum cum tribularer clamavi et exaudivit me*[52] (Psalm. CXIX). Esta es la que aniquila y perfecciona. Esta es, finalmente, la que hace a las almas de terrestres, celestiales, y de humanas, divinas, transformándolas y uniéndolas con modo maravilloso a su humanidad y divinidad. Bien dijo San Agustín, que la vida del alma sobre la tierra es la tentación.

31. Bienaventurada el alma que siempre es combatida, si resiste constantemente a la tentación. Este es el medio que el Señor toma para humillarla, aniquilarla, consumarla, mortificarla, negarla, perfeccionarla y llenarla de sus divinos dones. Por este medio de la tribulación y tentación la llega a coronar y transformar. Persuádete que al alma, para ser perfecta, le son necesarias tentaciones y batallas.

32. ¡Oh, alma bendita! Si tu supieras estar constante y quieta en el fuego de la tribulación, y te dejases con el agua amarga de la aflicción, ¡qué presto te hallarías rica de dones celestiales, y qué presto haría en tu alma la bondad divina un rico trono y habitación hermosa para solazarse en ella!

33. Sabe que no tiene este Señor su reposo, sino en las almas quietas, en aquellas que el fuego de la tribulación y tentación ha quemado la escoria de las pasiones; y en aquellas que el agua amarga de las aflicciones ha consumido las manchas sucias de los deformados apetitos. Y, finalmente, no descansa este Señor sino donde reina la quietud, y está desterrado el propio amor.

34. Pero no llegará tu alma a este dichoso estado, ni experimentará la preciosa prenda de la interior paz, aunque haya salido vencedora con la divina gracia de los exteriores sentidos, mentras no estuviese purificada de las desordenadas pasiones de la concupiscencia, de la estimación propia, de los deseos, cuidados,

[52] «Estando en tribulación, llamé al señor y me escuchó.»

aunque espirituales, y de otros muchos apegos y ocultos vicios que están dentro de ella misma, impidiendo miserablemente la pacífica entrada de aquel gran Señor, que quiere unirse y transformarse contigo.

35. Impiden también este gran don de la paz del alma las mismas virtudes adquiridas y no purificadas. También está el alma impedida por el desordenado deseo de los sublimes dones, por el apetito de sentir el espiritual consuelo, por el apego a las infusas y divinas gracias, entreteniéndose en ellas y deseando muchas otras para gozarlas. Y, finalmente, por el deseo de ser grande.

36. ¡Oh, cuánto hay que purificar en un alma que ha de llegar al santo monte de la perfección y transformación con Dios! ¡Oh, qué dispuesta, desnuda, negada y aniquilada debe estar el alma para no impedir la entrada de este divino Señor, y su continua comunicación!

37. Esta disposición de preparar el alma en su fondo para la divina entrada en escenario que la haga la divina sabiduría. Si un serafín no es bastante a purificar el alma, ¿cómo se purificará la misma alma frágil, miserable y sin experiencia?

38. Por eso el mismo Señor te dispondrá, y preparará pasivamente, sin que tú lo entiendas, con el fuego de la tribulación y tormento interior, sin más disposición de tu parte que el consentimiento en la interior y exterior cruz.

39. Experimentarás dentro de ti misma la pasiva sequedad, las tinieblas, las angustias, las contradicciones, la repugnancia continua, los interiores desamparos, las horribles desolaciones, las continuas e importunas sugestiones, y vehementes tentaciones del enemigo. Y, finalmente, te verás tan atribulada, que no podrás alcanzar el corazón, lleno de amargura, aun para hacer un mínimo acto de fe, esperanza, ni de amor.

40. Aquí te verás desamparada y sujeta a las pasiones de impaciencia, ira, rabia, blasfemia y desordenados apetitos, pareciéndote ser la más miserable criatura la mayor pecadora, la más aborrecida de Dios, y, des-

nuda de toda virtud, con pena casi de infierno, viéndote afligida y desolada, por rencor que has perdido del todo a Dios: éste será tu cruel cuchillo y más acerbo tormento.

41. Pero si bien te verás así oprimida, pareciéndote con evidencia ser soberbia, impaciente y airada, no tendrán fuerza ni lugar en tu alma estas tentaciones, por la oculta virtud, y don interior de la fortaleza, que reina en lo íntimo de ella, superando la más terrible pena, y vehemente tentación.

42. Está constante, ¡oh, alma bendita!, está constante, que nunca más amas, ni estás más cerca de Dios, que en semejantes desamparos; que si bien el sol está escondido por las nubes, no muda un lugar, ni pierde por eso su hermoso resplandor. Permite el Señor este penoso desamparo en tu alma, para purgarte, limpiarte, negarte y desnudarte de ti misma, y que de este modo seas tú toda suya, y del todo te entregues a él, así como su infinita bondad se da del todo a ti para que seas sus delicias, que aunque tú gimes, te lamentas y lloras, él se alegra, y goza en lo más secreto y escondido de tu alma.

CAPITULO V

CUÁN IMPORTANTE Y NECESARIO LE SEA AL ALMA INTERIOR PADECER A CIEGAS ESTE PRIMERO Y ESPIRITUAL MARTIRIO.

43. Para que el alma, de terrestre se haga celestial y llegue a aquel sumo bien de la unión con Dios, es necesario que se purifique en el fuego de la tribulación y tentación.

44. Y aunque es verdad y máxima experimentada que todos los que sirven al Señor han de padecer trabajos, persecuciones y tribulaciones, las dichosas almas que son guiadas por Dios, por la vía secreta del interior camino y contemplación purgativa, han de padecer sobre todo fuertes y horribles tentaciones, y más atroces tormentos que aquellos con que se coronaron los mártires de la primitiva Iglesia.

45. Los mártires, a más de ser breve el tormento, que apenas era de días, se gozaban con clara luz y especial socorro en la esperanza de los vecinos y seguros premios. Pero el alma desolada, que ha de morir en sí misma, y desnudar, y limpiar el corazón, viéndose desamparada de Dios, cercada de tentaciones, tinieblas, angustias, congojas, afanes y rigurosas sequedades, prueba cada instante la muerte en su penoso tormento y tremenda desolación, sin experimentar un mínimo de consuelo, con una aflicción tan grande, que no parece su pena, sino una prolongada muerte y continuo martirio. Pero ¡ay, dolor! qué raras son

las almas que siguen a Cristo, Señor nuestro, con paz y resignación en semejantes tormentos.

46. Allá martirizaban los hombres, y consolaba Dios al alma; ahora quien consuela es Dios, que se esconde, y los demonios, como crueles sayones, atormentan de mil modos al cuerpo y al alma, quedando dentro y fuera, todo el hombre crucificado.

47. Te parecerán insuperables tus angustias e inconsolables aflicciones, y que el cielo ya no llueve sobre ti: te verás circuida de dolores, rodeada de tormentos internos, las tinieblas de las potencias, la impo tencia de los discursos, te afligirán las vehementes tentaciones, las penosas desconfianzas, y los modestos escrúpulos; hasta la luz y el juicio te desampararán.

48. Todas las criaturas te darán molestia, los consejos espirituales te darán pena; la lección de los libros, aunque santos, no te consolará como solía; si te hablan de paciencia, te afligirán sobre manera; el temor de perder a Dios por tus ingratitudes y malas correspondencias te atormentará hasta lo más íntimo de las entrañas. Si gimes y pides socorro a Dios, hallarás en vez de alivio, la interior reprehensión, y el disfavor, como otra cananea, que al principio no la respondió, y después la trató de perra.

49. Y aunque en este tiempo no te desampará el Señor, porque fuera imposible pasar un solo instante sin su ayuda; pero será tan oculto el socorro, que no lo conocerá tu alma, ni será capaz de la esperanza, y el consuelo, antes bien, le parecerá estar sin remedio, padeciendo como los condenados las penas del infier no; y las trocaría por las suyas a muerte violenta, y le sería de mucho alivio; pero le parecerá imposible, como a ellos, el fin de las aflicciones y de los desconsuelos. {*Circumdererunt me dolores mortis et pericula inferni invenerunt me*[53] Psalm. 144.}

50. Pero, ¡ay, alma bendita!, si tú supieses cuánto eres amada, y defendida de aquel divino Señor en medio de tus amorosos tormentos, los experimenta-

[53] «Me rodearon los dolores de la muerte y llegaron a mí los peligros del infierno.»

rías tan dulces que sería necesario hiciese Dios un milagro para que vivieses. Está constante (¡oh, alma dichosa!), está constante y ten buen ánimo, que aunque a ti misma seas insufrible, serás de aquel sumo bien amparada, enriquecida y amada, como si no tuvieras otra cosa que hacer que encaminarte a la perfección por los grados más altos del amor.

51. Y si no vuelves la cara, y perseveras con constancia, sin dejar la empresa, sabe que haces a Dios el más agradable sacrificio, de tal manera, que si este Señor fuera capaz de pena, no hallaría jamás quietud hasta la unión amorosa que haría con tu alma.

52. Si del caos de la nada ha sacado tantas maravillas su omnipotencia, ¡qué hará en un alma, hecha a su imagen y semejanza, si tú perseveras constante, quieta y resignada, con el conocimiento verdadero de tu nada! Feliz el alma que, aun cuando turbada, afligida y desolada, se está constante allá dentro, sin salir fuera a buscar el exterior consuelo.

53. No te aflijas demasiado y con inquietud porque continúen estos martirios atroces; persevera en humildad, y no te salgas fuera a buscar la ayuda, que todo tu bien está en callar, sufrir y tener paciencia, con quietud y resignación. Ahí hallarás la divina fortaleza para superar tan acerba guerra; dentro de ti está el que por ti pelea, que es la misma for taleza.

54. Cuando llegares a este penoso estado de tremenda desolación, no le es prohibido a tu alma el llanto y el lamento, mientras en la parte superior estuvieses resignada. ¿Quién podrá sufrir la pesada mano del Señor sin el llanto y el lamento? Se lamentó aquel gran campeón, Job, y aun el mismo Cristo, Señor nuestro, en sus desamparos; pero fueron sus llantos resignados.

55. No te aflijas porque Dios te crucifique y prue be tu fidelidad; imita a la cananea, que siendo desechada, se humilló y le siguió aunque la trató de perra. Es necesario beber el cáliz y no volver atrás.

Si te quitaran las escamas de los ojos como a San Pablo, verías la importancia del padecer, y te gloriarías como él, estimando en más ser crucificado que ser del apostolado.

56. No está la dicha en gozar, sino en padecer con quietud y resignación. Santa Teresa apareció después de muerta a un alma y la dijo que sólo la habían premiado las penas, y que no había tenido un adarme de premio de cuantos éxtasis, revelaciones y consuelos había gozado acá en el mundo.

57. Aunque este penoso martirio de la horrible desolación y pasiva purgación, es tan tremendo que, con razón, le dan nombre de infierno los místicos (porque parece imposible vivir un sólo instante con tan atroz tormento, de tal manera, que se puede decir con mucha verdad, que el que lo padece vive muriendo, y muriendo vive una prolongada muerte), con todo eso sabe que es necesario sufrirla para llegar a la dulce, suave y abundante riqueza de la alta contemplación y amorosa unión; y no ha habido alma santa que ha llegado a este estado, que no haya pasado por este espiritual martirio y penoso tormento. San Gregorio le padeció los dos últimos meses de su vida. Dos años y medio San Francisco de Asís; cinco, Santa María Magdalena, de Pacis; Santa Rosa del Perú, quince. Y después de tantos prodigios que pasmaron al mundo, le padeció Santo Domingo, hasta media hora antes de su feliz tránsito. Y así, si tú quieres llegar a ser lo que los santos fueron, es necesario sufrir lo que ellos sufrieron.

CAPITULO VI

DEL SEGUNDO MARTIRIO ESPIRITUAL CON QUE DIOS PURGA AL ALMA QUE QUIERE CONSIGO UNIRLA

58. El otro martirio, más útil y meritorio en las almas ya aprovechadas en la perfección y alta contemplación, es un fuego del amor divino, que abrasa al alma; y hace que pene con el mismo amor. Ya le aflige la ausencia del amado; ya la atormenta el suave, ardiente y dulce peso de la amorosa y divina presencia. Este dulce martirio la hace siempre sus pirar; unas veces si goza y tiene a su amado, con el gusto de tenerle que no cabe en sí; otras, si no se manifiesta, con el ansia encendida de buscarle, hallarle y gozarle: todo es suspirar, padecer y morir de amor.

59. ¡Oh, si se llegase a entender la contrariedad de accidentes que un alma enamorada padece! La guerra tan terrible y fuerte por una parte, y tan dul ce, suave y amorosa por otra. El martirio tan pene trante y agudo con que el amor la atormenta, y la cruz tan penosa y dulce sin querer verse libre de ella en esta vida.

60. A la medida que crece la luz y el amor, crece el dolor por ver ausente el bien que tanto ama. El sentirlo cerca de sí es gozo, y el no acabar de conocerlo y poseerlo perfectamente la acaba la vida. Tiene la comida y la bebida junto a la boca, estan-

do con mucha hambre y sed, y no puede satisfacerse. Se ve engolfada y anegada en un mar de amor, y la mano poderosa junto así que la puede remediar, y con todo eso no lo hace, ni sabe él cuánto verá lo que tanto desea.

61. Siente a veces la voz interior de su amado que la da prisa y llama, y un silbo muy delicado, que sale de lo íntimo del alma donde él mora, que la penetra fuertemente hasta derretirla y deshacerla, viendo cuán cerca lo tiene dentro de sí, y cuán lejos, pues no acaba de poseerlo. Esto la embriaga, demaya, desfallece y llena de insaciabilidad; por eso se dice que el amor es fuerte como la muerte, pues también él mata, como ella.

CAPITULO VII

LA INTERIOR MORTIFICACIÓN Y PERFECTA RESIGNACIÓN SON NECESARIAS PARA ALCANZAR LA INTERIOR PAZ.

62. La más sutil saeta que nos tira la Naturaleza, es inducirnos a lo ilícito, con pretexto de necesario y provechoso. ¡Oh, cuántas almas se han dejado llevar y han perdido el espíritu por este dorado engaño! No gustarás jamás del delicioso maná, *quod nemo nocet nisi qui accipit* [54] (Apoc. II); si no te vences perfectamente, hasta morir en ti misma; porque el que no procura morir a sus pasiones, no está bien dispuesto para recibir el don de entendimiento, sin cuya infusión es imposible que entre en la intro versión y se mude en el espíritu, y así los que están fuera, viven sin él.

63. Resígnate y niégate en todo, que aunque la verdadera negación de sí mismo es áspera a los prin cipios, es fácil en medio, y al fin es suavísima. Cono cerás que estás muy lejos de la perfección, si no ha llas a Dios en todas las cosas. El puro y perfecto y esencial amor, sabrás que consiste en la cruz, en la voluntaria negación y resignación, en la perfecta humildad pobreza de espíritu y desprecio de ti misma.

64. En el tiempo de la rigurosa tentación, desamparo y desolación, importa entrarte y estarte, en lo íntimo de tu centro, para que sólo mires y contem-

[54] «Porque nadie daña sino el que recibe.»

ples a Dios, que tiene su trono y quietud en el fondo de tu alma. La impaciencia y amargura de corazón, experimentarás que nacen del fondo del amor sensible, vacío y poco mortificado. Conócese el verdadero amor y sus efectos cuando el alma se humilla profundamente y quiere verdaderamente ser mortificada y menospreciada.

65. Muchos hay que se han dado a la oración y no gustan de Dios, porque en saliendo de la oración, ni se mortifican, ni atienden más a Dios. Es necesario para alcanzar la pacífica y continua atención, gran pureza de intención de corazón, grande paz de alma y total resignación. A los sencillos y mortificados les es muerte la recreación de los sentidos, nunca van a ella sino forzados por necesidad y edificación del prójimo.

66. El fondo de nuestra alma sabrás que es el asiento de nuestra felicidad. Allí nos manifiesta el Divino Señor las maravillas. Allí nos engolfamos y perdemos en el mar inmenso de su infinita bondad, en quien quedamos estables e innobles. Allí la inefable fruición de nuestra alma, y la eminente y amorosa quietud. El alma humilde y resignada que llegó a este fondo, ya no busca sino el grado puro de Dios, y el divino y amoroso espíritu la enseña todas las cosas con su suave y vivífica unción.

67. Entre los santos se hallan algunos gigantes, que continuamente padecen con tolerancia los achaques del cuerpo, de los cuales tiene Dios mucho cuidado pero es alto y supremo don el de aquellos que por la fortaleza del Santo Espíritu toleran con resignación y paciencia las cruces interiores y exteriores. Este es aquel género de santidad tan raro, como precioso delante de los ojos de Dios. Son raros los espirituales que van por este camino, porque son pocos en el mundo los que totalmente se nieguen a sí mismos para seguir a Cristo crucificado, con sencillez y desnudez de espíritu, por los desiertos y espinosos caminos de la cruz sin hacer de sí mismos reflexión.

68. La vida negada es, sobre todos los milagros de los santos, ni conoce si es viva, o muerta, si perdida o ganada; si consiente o resiste, porque a nada puede hacer reflexión: ésta es la vida resignada y la verdadera; pero aunque en mucho tiempo no llegues a este estado y te parezca no has dado un paso, no por eso desmayes, que lo que no se le ha negado a un alma en muchos años, suele Dios dárselo en un punto

69. El que desea padecer a ciegas, sin consuelo de Dios, ni de criaturas, tiene mucho andado para resistir a las injustas acusaciones, que contra él hacen los enemigos, aun en la más tremenda e interior desolación.

70. El espiritual que vive para Dios, y en Dios, en medio de las adversidades del cuerpo y del alma, está interiormente contento, porque la cruz y la aflicción son su vida y sus delicias. La tribulación es un gran tesoro con el cual honra Dios en esta vida a los suyos; por esto los hombres malos son para los buenos necesarios, y también los demonios, que por solicitar nuestra ruina, nos afligen, y en vez de mal, nos hacen el mayor bien que se puede imaginar. Para que la vida humana sea a Dios acepta, no puede estar sin la tribulación, así como el cuerpo sin alma; sin la gracia y la tierra sin el sol. Con el viento de la tribulación separa Dios en la era del alma la arista del grano.

71. Cuando Dios crucifica en lo íntimo del alma, no puede ninguna criatura consolarla, antes bien, los consuelos le son graves y amargas cruces. Y si está bien instruida en las leyes y disciplinas de los caminos del amor puro, en el tiempo de las grandes desolaciones y trabajos anteriores, no debe, ni podrá buscar fuera el consuelo en las criaturas, ni lamentarse con ellas; ni podrá leer libros espirituales, porque éste es un oculto modo de apartarse del padecer.

72. Ten lástima a las almas que no se les puede persuadir; es el mayor bien la tribulación y el padecer. Los perfectos siempre han de desear morir y

padecer; siempre muriendo y siempre padeciendo. Es vano el hombre que no padece, porque nació para trabajar y padecer, y mucho más los amigos y escogidos de Dios.

73. Desengáñate que para llegar el alma a la total transformación con Dios es necesario que se pierda y niegue a su vivir, sentir, saber, poder y morir; viviendo y no viviendo, muriendo y no muriendo, padeciendo y no padeciendo, resignándose y no resignándose, sin hacer a nada reflexión.

74. La perfección en sus sequedades no recibe sus esplendores sino por el fuego, martirios, dolores, tormentos, penas y desprecios de buena gana sufri dos. Y el que desea ver siempre dónde poner el pie para descansar y no traspasa la región de la razón y del sentido, no entrará jamás al retrete secreto de la ciencia mística, aunque leyendo guste y saboree por afuera su inteligencia.

CAPITULO VIII

PROSIGUE LO MISMO

75. Sabrás que no se manifestará el Señor dentro de tu alma mientras no estuviere negada en sí misma y muerta en sus sentidos y potencias. Ni llegará jamás a este estado hasta que, resignada perfectamente, se resuelva a estar con Dios a solas, estimando tanto los dones como los desprecios, la luz como las tinieblas y la paz como la guerra. Finalmente, para que el alma llegue a la perfecta quietud y suprema paz interior, debe primero morir en sí misma y vivir sólo en Dios y para Dios.

76. Sabe que tanto cuanto estará muerta tu alma en sí misma, tanto más conocerá a Dios. Pero si no atiende a la continua negación de sí misma y a la interior mortificación, no llegará jamás a este estado ni conservará a Dios dentro de sí, con que siempre estará sujeta a los accidentes y pasiones del ánimo, como son juzgar, murmurar, resentirse, excusarse, defenderse por conservar su honra y estimación propia, enemigos de la quietud, de la perfección, de la paz y del espíritu.

77. La diversidad de los estados entre los espirituales sólo consiste en no morirse todos igualmente. Pero en los dichosos que mueren continuamente tiene Dios su paraíso, su honra, sus bienes y sus

delicias en la tierra. Grande es la diferencia que hay entre el hacer, padecer y morir; el hacer es deleitable y de principiantes; el padecer con deseo es de los que aprovechan; el morir siempre en sí mismos es de los aprovechados y perfectos, de cuyo número son bien raros los que se hallan en el mundo.

78. ¡Qué feliz serás si no cuidas de otra cosa que de morir en ti misma! Entonces, no sólo saldrás vencedora de los enemigos, sino de ti misma, en cuya victoria hallarás de cierto el puro amor, la perfecta quietud y la divina sabiduría. Es imposible que pueda nadie sentir y vivir místicamente, en sencilla inteligencia de la divina e infusa sabiduría, si no muere primero en sí, por la total negación del sentido y racional apetito.

79. La verdadera lección del espiritual y la que tú debes aprender es dejar todas las cosas en su lugar y no mezclarte ni introducirte en ninguna que no sea por obligación de oficio; porque el alma que se mortifica en dejarlo todo por Dios, entonces comienza a tenerlo todo para la eternidad.

80. Hay algunas almas que buscan el descanso; otras, sin buscarlo, gustan de él; otras gustan de la pena, y otras la buscan. Las primeras, no andan nada; las segundas, caminan; las terceras, corren, y las cuartas, vuelan.

81. Sentir mal del regalo y tenerlo por tormento es propiedad de verdadero mortificado. El gozo y paz interior son frutos del divino espíritu, y ninguno no los llega a poseer si en lo íntimo del corazón no está resignado. Mira que los enojos de los buenos pasan presto; pero con todo eso, procura no tenerlos, ni pararte en ellos, porque dañan la salud, perturban la razón e inquietan el espíritu.

82. Entre otros santos consejos que has de observar, atiende al que se sigue: No mires los efectos ajenos, sino los propios; guarda el silencio con un trato interior continuado; mortifícate en todo y a todas horas, y con eso te librarás de muchas imperfecciones y te harás señora de grandes virtudes. No

juzgues jamás mal de nadie, porque la mala sospecha del prójimo turba la pureza del corazón, le inquieta, hace salir fuera al alma y la desasosiega.

83. No tendrás jamás perfecta resignación si miras los respetos humanos y reparas en el idolillo del qué dirán. El alma que camina por la vía interior, si entre las criaturas y su trato mira la razón, se perderá: no hay más razón que no mirar a la razón y pensar que Dios permite se nos hagan sinrazones para humillarnos y aniquilarnos, y para que en todo vivamos resignados. Mira que estima Dios más un alma que vive interiormente resignada que otra que hace milagros, aunque resucite muertos.

84. Hay algunas almas que aunque tienen oración, por no mortificarse, siempre se quedan imperfectas y llenas de propio amor. Ten por verdadera máxima que al alma de sí misma despreciada, y que en su conocimiento es nada, nadie la puede hacer agravio ni injuria. Finalmente, espera, sufre, calla y ten paciencia; nada te turbe, nada te espante, que todo se acaba; sólo Dios no se muda, y la paciencia todo lo alcanza; quien a Dios tiene, todo lo tiene; quien a Dios no tiene, todo le falta.

CAPITULO IX

PARA ALCANZAR LA INTERIOR PAZ ES NECESARIO CONOZCA EL ALMA SU MISERIA.

85. Si el alma no cayese en algunos defectos, jamás llegaría a penetrar su miseria, aunque oiga vivas voces y lea libros espirituales. Ni podrá jamás alcanzar la preciosa paz si primero no conoce su miserable flaqueza; porque es difícil el remedio donde no hay conocimiento claro del defecto.

86. Permitirá Dios en ti uno y otro defecto, para que con ese conocimiento de ti misma, viéndote tantas veces caída, te persuadas que eres nada, en donde se funda la humildad perfecta y la paz verdadera. Y para que mejor penetres tu miseria y lo que eres, quiero darte a entender algunas de tus muchas imperfecciones.

87. Estás tan viva, que si por ventura caminando te detienen el paso o estorban el camino, sientes el infierno. Si te niegan lo debido o se oponen a tu gusto, te embraveces con sentimiento. Si ves algún defecto en el prójimo, en vez de compadecerle y pensar estás sujeta a la misma caída, le reprendes con imprudencia. Si deseas algo de propia comodidad y no lo puedes alcanzar, te melancolizas y llenas de amargura. Si recibes del prójimo algún pequeño agravio, te alteras y lamentas. De manera que por cualquier niñería te descompones dentro y fuera, y te pierdes a ti misma.

88. Bien quisieras ejercitar la paciencia; pero con la paciencia ajena. Y si dura toda la impaciencia, das con mucha industria la culpa al compañero, sin atender que a ti misma eres insufrible. Pasado el rencor, te vuelves con astucia a hacerte virtuosa, dando documentos y refiriendo sentencias espirituales con sutileza de ingenio, sin enmendarte de tus pasados defectos. Aunque te acusas de buena gana, reprendiendo tus culpas en presencia de otras personas, más es justificarte con quien ve tus defectos, para volver de nuevo a la antigua estima, que es defecto de humildad perfecta.

89. Otras veces alegas con sutileza que no por vicio, sino por celo de justicia, te lamentas con el prójimo: te persuades la más veces que eres virtuosa, constante y valerosa, hasta dar la vida en manos del tirano, sólo por el amor divino, y apenas oyes la palabrita amarga, cuando te afliges, te turbas y te inquietas. Todas son industriosas mañas del amor propio y soberbias secretas de tu alma. Conoce, pues, que reina en ti el amor propio, y que para alcanzar esta preciosa paz es el mayor impedimento.

CAPITULO X

SE ENSEÑA Y DESCUBRE CUÁL SEA HUMILDAD FALSA Y VERDADERA, Y SE DECLARAN SUS EFECTOS

90. Sabrás que hay dos maneras de humildad: una falsa y fingida, y otra verdadera. La fingida es de aquellos que, como el agua ha de subir, toman una caída exterior y artificiosa de rendimiento, para subir luego. Estos huyen la estimación y honra, para que los tengan por humilde; dicen de sí que son muy malos, para que los tengan por buenos; y aun que conocen su miseria, no quieren que de los otros sea conocida. Esta es humildad falsa y fingida, y soberbia secreta.

91. Hay otra humildad verdadera, y es de aquellos que alcanzaron perfecto hábito de humildad. Estos jamás piensan en ella, sino que juzgan humildemente de sí, obran con fortaleza y tolerancia, viven y mueren en Dios, ni atienden a sí, ni a las criaturas: en todo se están constantes y quietas; sufren con gozo las molestias, deseando siempre mayores para imitar a su amado y despreciado Jesús; desean ser tenidos en el vulgo por fábula y escarnio; se contentan con lo que Dios les da, y se encogen con sosegada confusión en los defectos; no se humillan por el consejo de la razón, sino por el afecto de la voluntad: no hay honra que apetezcan, ni injuria que les turbe; no hay trabajo que las inquiete, ni pros-

peridad que les ensoberbezca; porque se están siempre inmobles en su nada y en sí mismos con per fecta paz.

92. Y para que te desengañes de la interior y verdadera humildad, sabrás que no existe en los actos exteriores, en tomar el ínfimo lugar, ni en vestir pobre, hablar bajo, cerrar los ojos, suspirar afectuoso, ni en acusarse de defectos, diciendo que es miserable para dar a entender que es humilde. Sólo está en él desprecio de sí mismo y en el deseo de ser despreciado, con un bajo y profundo conocimiento, sin que el alma se tenga por humilde, aunque un ángel se lo revele.

93. El arroyo de luz con que en las mercedes ilustra el Señor al alma hace dos cosas: descubre la grandeza de Dios y al mismo paso hace conocer al alma su hediondez y miseria, de manera que no hay lengua que pueda decir el abismo en que queda sumergida, deseosa que todas conozcan su vileza, y está tan lejos de la vanagloria y de la complacencia cuanto conocida que es sola bondad de Dios y pura misericordia suya aquella merced que la franquea.

94. Nunca serás dañada de los hombres ni de los demonios, sino de ti misma, de tu propia soberbia y de la violencia de tus pasiones. Guárdate de ti, porque tú misma eres para ti el mayor demonio del infierno. No quieras ser estimada cuando Dios hecho hombre es tenido por necio, embriado y endemonia do. ¡Oh necedad de los cristianos, que queremos gozar de bienaventuranza sin querer imitarle en la cruz, en los oprobios, en la humildad, pobreza y demás virtudes!

95. El verdadero humilde se está en la quietud de su corazón reposado; allí sufre la prueba de Dios, de los hombres y del demonio, sobre toda razón y discreción poseyéndose a sí mismo en paz y en quietud, esperando con toda humildad el agrado puro de Dios, así en la vida como en la muerte. No le inquietan las cosas de afuera más que si no fuesen. A éste la cruz y muerte son delicias, aunque exterior-

mente no lo manifieste. Pero ¡ay de quién hablamos, que se hallan pocos de estos humildes en el mundo!

96. Desea, espera, sufre y muere incógnita, que aquí está el amor humilde y el perfecto. ¡Oh qué de paz experimentarás en el alma si te humillas profundamente y abrazas los desprecios! No serás perfectamente humilde, aunque conozcas tu miseria, si no deseas que sea de todos conocida; entonces huirás las alabanzas, abrazarás las injurias, despreciarás todo lo creado, hasta a ti misma, y si te viniese alguna tribulación, no culparás a ninguno, sino que juzgarás viene de la mano del Creador, como dador de todo bien.

97. Si quieres llevar bien los defectos de tus prójimos, pon los ojos en los tuyos propios. Y si piensas haber hecho algún provecho en la perfección por ti misma, sabe que no eres humildes ni has dado un paso en el camino del espíritu.

98. Los grados de la humildad son las calidades del cuerpo enterrado; estar en el ínfimo lugar sepultado como muerto; estar hediondo y corrompido asimismo, y en su propia estimación ser polvo y nada, finalmente, si quieres ser bienaventurada aprende a menospreciar y ser menospreciada.

CAPITULO XI

MÁXIMAS PARA CONOCER EL CORAZÓN SENCILLO, HUMILDE Y VERDADERO.

99. Aliéntate a ser humilde, abrazando las tribulaciones como instrumento de tu bien. Alégrate en el desprecio y desea que sólo Dios sea único refugio amparo y consuelo. Ninguno, por grande que sea en este mundo, es más de aquello que fuere en los ojos de Dios, y así, el verdadero humilde desprecia todo cuanto hay, hasta sí mismo, y sólo en Dios tiene su reposo y descanso.

100. El verdadero humilde sufre con quietud y paciencia los trabajos interiores, y éste en poco tiempo camina mucho, como el que navega con viento en popa.

101. El verdadero humilde halla a Dios en todas las cosas, y así todo lo que le sucede de desprecio, injuria y afrenta por medio de las criaturas, lo recibe con gran paz y quietud interior, como enviado de la divina mano, y ama sumamente al instrumento, con el cual le prueba el Señor.

102. No ha llegado a tener humildad profunda el que se complace en la alabanza, aunque no la desee ni la busque, y aunque huya de ella, porque el corazón humilde las alabanzas le son amargas cruces, aunque en todo se está quieto e inmoble.

103. No tiene humildad interior el que no se

aborrece a sí mismo con un mortal odio, pero pacífico y quieto. No llegará jamás a alcanzar este tesoro el que no tuviese un bajo y profundísimo conocimiento de su vileza, de su hediondez y miseria.

104. El que se excusa y replica, no tiene corazón sencillo y humilde, especialmente si es con los superiores; porque las réplicas nacen de la secreta soberbia que reina en el alma, y de ésta la total ruina.

105. La porfía supone poco rendimiento, y éste menos humildad, y ambas a dos son fomento de inquietud, discordia y turbación.

106. Al humilde corazón no le inquietan las imperfecciones, aunque le traspasen el alma de dolor, puramente por ser contra su amoroso Señor. A éste no le turba tampoco el no poder hacer cosas grandes, porque siempre se está en su nada y su miseria; antes bien se admira de sí mismo, cuando hace alguna cosa de virtud, y luego da las gracias al Señor con un verdadero conocimiento de que es sólo Su Majestad el que lo hace todo y de si queda en cuanto obra descontento.

107. El verdadero humilde, aunque lo ve todo, no mira nada para juzgarlo, porque sólo de sí juzga mal.

108. El verdadero humilde siempre halla excusa para defender al que le mortifica, por lo menos en la sana intención. ¿Quién se enojará, pues, con el bienintencionado?

109. Tanto y más desagrada a Dios la falsa humildad como la verdadera soberbia; porque aquélla es también hipocresía.

110. El verdadero humilde, aunque le sucedan todas las cosas al revés, ni se inquieta ni se aflige, porque le coge prevenido y le parece que ni aun eso merece. Este no se inquieta en los molestos pensamientos con que el demonio le atormenta, ni en las tentaciones, tribulaciones y desolaciones, antes bien se conoce indigno y lo tiene a gran consuelo que el Señor le atormente por el demonio, aunque tan vil

instrumento y todo lo que padece le parece nada, ni hace jamás cosa que juzgue merece se haga caso de ella.

111. El que ha llegado a la perfecta e interior humildad, aunque no se inquieta de nada, como se aborrece por conocer en todo su imperfección, su ingratitud y miseria, padece gran cruz en sufrirse a sí mismo. Esta es la señal para conocer la verdadera humildad del corazón; pero esta dichosa alma que ha llegado a este santo odio de sí misma vive anegada, abismada y sumergida en su nada, de donde la eleva el Señor para comunicarle la divina sabiduría y hacerla rica de luz, de paz, de tranquilidad y amor.

CAPITULO XII

LA SOLEDAD INTERIOR ES LA QUE PRINCIPALMENTE CONDUCE PARA ALCANZAR LA INTERIOR PAZ.

112. Sabrás que aunque la soledad exterior ayuda mucho para alcanzar la interior paz, no es ésta de la que habló el Señor cuando dijo por su profesa: *Llevaréla a la soledad y la hablaré al corazón* (Osea. 2), sino de la interior, que es la que únicamente conduce para alcanzar la preciosa margarita de paz interior. Consiste la interior soledad en el olvido de todas las criaturas, en el despego y perfecta desnudez de todos los afectos, deseos y pensamientos, y de la propia voluntad. Esta es la verdadera soledad, donde descansa el alma con una amorosa e íntima serenidad, en los brazos del sumo bien.

113. ¡Oh qué infinitos espacios hay dentro del alma que ha llegado a esa divina soledad! ¡Oh qué íntimas, qué retiradas, qué secretas, qué anchas y qué inmensas distancias hay dentro de la feliz alma que ha llegado a ser verdaderamente solitaria! Allí trata y se comunica el Señor interiormente con el alma. Allí la llena de sí, porque está vacía; la viste de su luz y amor, porque está desnuda; la eleva, porque está baja, y la une y la transforma en sí porque está sola.

114. ¡Oh apacible soledad y cifra de eternos bienes! ¡Oh espejo donde se mira de continuo el Padre Eterno! Con razón te llaman soledad, porque estás sola, que apenas hay un alma que te busque, que te ame y te conozca. ¡Oh, divino Señor! ¿Cómo las almas no caminan a esta gloria de la tierra? ¿Cómo pierden tanto bien por un solo afecto y deseo de lo creado? ¡Oh qué dichosa serás si lo dejas todo por Dios! A él solo busca, a él solo anhela y por él solo suspira. No quieras nada, y nada te dará molestia, y si deseares algún bien, aunque espiritual, sea de manera que no te inquiete cuando no se consiga.

115. Si con esta libertad dieres a Dios el alma despegada, libre y sola, serás la más feliz de las criaturas de la tierra; porque en esta santa soledad tiene el Altísimo su habitación secreta. En este desierto y paraíso se deja Dios tratar, y solamente en este interior retiro se oye aquella maravillosa, eficaz, interior y divina voz. Si quieres entrar en este cielo de la tierra, olvida todo cuidado y pensamiento, desnúdate de ti misma, para que viva el amor de Dios en tu alma. Vive cuanto pudieras abstraída de las criaturas, entrégate en todo a su Creador y ofrécete en sacrificio en paz y quietud de espíritu.

116. Sabe que cuanto más el alma se desnuda, tanto más se va entrando en la interior soledad, y tanto más queda Dios vestida; y cuanto más el alma queda sola y vacía de sí misma, tanto más el divino espíritu la llena.

117. No hay vida más beata que la solitaria; porque en esta feliz vida se da Dios todo a la criatura y la criatura toda a Dios por una íntima y suave unión de amor. ¡Oh qué pocos llegan a gustar esta verdadera soledad! Para ser el alma verdadera solitaria, debe olvidarse de todas las criaturas y aun de sí misma; de otro modo no podrá llegarse interiormente a Dios.

118. Muchos dejan todas las cosas temporales; pero no dejan su gusto, su voluntad y a sí mismos,

y por eso son tan pocos los verdaderos solitarios, porque si el alma no se despega de su gusto, de su despego, de su voluntad, de los espirituales dones y del descanso, aun en el mismo espíritu no podrá llegar a esta suma felicidad de la interior soledad.

119. Camina, ¡oh alma bendita!, camina sin detenerte a esta bienaventuranza de la interior soledad. Mira que te da Dios voces para que te entres en tu interior centro, donde te quiere renovar, mudar, llenar, vestir y enseñar un nuevo y celestial reino lleno de alegría, de paz, de gozo y serenidad.

CAPITULO XIII

SE EXPLICA QUÉ COSA SEA LA CONTEMPLACIÓN INFUSA Y PASIVA, Y SE DECLARAN SUS MARAVILLOSOS EFECTOS.

120. Sabrás que cuando el alma está ya habituada al interior recogimiento y contemplación adquirida que hemos dicho; cuando ya está mortificada y en todo desea negarse a sus apetitos; cuando ya muy de veras abraza la interior y exterior mortificación, y quiere muy de corazón morir a sus pasiones y propias operaciones, entonces suele Dios tirarla, elevándola, sin que lo advierta, a un perfecto reposo, en donde suave e íntimamente le infunde su luz, su amor y fortaleza, encendiéndola e inflamándola con verdadera disposición para todo género de virtud.

121. Allí el divino Esposo, suspendiéndola las potencias, la adormece con un suavísimo y dulcísimo sueño; allí dormida y quieta recibe y goza, sin entender lo que goza, con suavísima y dulcísima calma. Allí el alma elevada y sublimada en este pasivo estado se halla unida al sumo bien, sin que le cueste fatiga esta unión. Allí, en aquella suprema región y sagrado templo del alma, se agrada el sumo bien, se manifiesta y deja gustar de la criatura, con un modo superior a los sentidos y a todo humano entender. Allí el solo espíritu, que es Dios, no siendo la pureza del alma capaz de las cosas sensibles, la domina y se hace dueño, comunicándole sus ilustraciones y

sentimientos necesarios para la más pura y perfecta unión.

122. Vuelta en sí el alma de estos dulces y divinos abrazos, sale rica de luz, de amor y de una estima de la divina grandeza y conocimiento de su miseria, hallándose toda divinamente mudada y dispuesta a abrazar, a padecer y a practicar la más perfecta virtud.

123. Es, pues, la sencilla, pura e infusa y pasiva contemplación una experimental e íntima manifestación que da Dios de sí mismo, de su bondad, de su paz y de su dulzura, cuyo objeto es Dios puro, inefable, abstraído de todos los particulares pensamientos dentro del silencio interno. Pero es Dios gustoso, Dios que nos atrae, Dios que dulcemente nos levanta con un modo espiritual y purísimo: don admirable que le concede Su Majestad a quien quiere, como quiere y cuando quiere, y por el tiempo que quiere, aunque el estado de esta vida más es de cruz, de paciencia, de humildad y de padecer que de gozar.

124. Jamás gustarás este divino néctar, si no te adelantas a la virtud, y a la interior mortificación; si no procuras muy de corazón establecer en tu alma una gran paz, silencio, olvido y soledad interior, ¿cómo se ha de oír la suave, interna y eficaz voz de Dios en medio de los bullicios y tumultos de las criaturas? ¿Y cómo se ha de oír el puro y divino espíritu en medio de las artificiosas consideraciones y discursos? Pero si tu alma no quiere continuamente morir en sí, negándote a todas estas materialidades y satisfacciones, no será otra cosa tu contemplación que una pura vanidad, una vana complacencia y una presunción.

CAPITULO XIV

PROSIGUE LO MISMO

125. No siempre se comunica Dios con igual abundancia en esta suavísima e infusa contemplación; unas veces fanquea más que otras, y no guarda tal vez que esté el alma tan muerta y negada, que como este don es gracia, le da cuando quiere, a quien quiere y como quiere, sin que en esto se pueda dar regla general ni poner tasa a su divina grandeza; antes bien, por medio de la misma contemplación, la hace negar, aniquilar y morir.

126. Tal vez da el Señor más luz al entendimiento, tal vez mayor amor a la voluntad. No necesita aquí el alma de fatigarse, debe recibir lo que Dios la da, y quedar unida como él la quiere; porque Su Majestad es el dueño, y en el mismo tiempo que la adormece, la posee, le llena y obra poderosa y suavemente en ella sin su industria, y sin que lo conozca; de manera, que antes de advertir esta tan gran misericordia, se halla ganada, convencida y divinamente mudada.

127. El alma que se halla en este dichoso estado ha de huir de dos cosas, que son la actividad del humano espíritu y el apego. No quiere nuestro humano espíritu morir en sí mismo, sino obrar y discurrir a su modo, amando sus propias operaciones: es necesaria

una gran fidelidad y desnudez de sí misma, para llegar a la perfecta y pasiva capacidad de las divinas influencias; los continuos hábitos que tiene de obrar con libertad la impiden su aniquilación.

128. La segunda es el apego a la misma contemplación. Debes, pues, procurar en tu alma una perfecta desnudez de todo cuanto hay, hasta del mismo Dios, sin buscar en lo interior ni en lo exterior otro fin ni interés que la divina voluntad.

129. Finalmente, el modo con que de tu parte has de disponer para esta pura, pasiva y perfecta oración, es una total y absoluta entrega en las divinas manos, con una perfecta sumisión en su santísima voluntad, para estar ocupada a su gusto y disposición, recibiendo con igualdad y perfecta resignación cuanto ordenare.

130. Sabrás que son pocas las almas que llegan a esta infusa y pasiva oración; porque son pocas las capaces de estas divinas influencias; con tal desnudez y muerte de su propia actividad y potencias. Solamente aquellos que lo experimentan lo saben. Esta perfecta desnudez se alcanza mediante la divi na gracia con una continua e interior mortificación, muriendo a todas las propias inclinaciones y deseos.

131. En ningún tiempo has de mirar los efectos que se obran en tu alma, pero con especialidad en éste; porque será poner impedimento a las divinas operaciones que la enriquecen. Sólo ha de ser tu anhelo a la indiferencia, a la resignación y olvido, y sin que tú lo adviertas, dejará el Sumo bien en tu alma una apta disposición para la práctica de las virtudes; un verdadero amor a la cruz, a tu desprecio, a tu aniquilación y deseos íntimos y eficaces de la mayor perfección, y de la más pura y efectiva unión.

CAPITULO XV

DE DOS MEDIOS POR DONDE SUBE EL ALMA A LA CONTEMPLACIÓN INFUSA, Y SE EXPLICA CUÁLES Y CUÁNTOS SEAN SUS GRADOS.

132. Dos son los medios por los cuales sube el alma a la felicidad de la contemplación y afectivo amor. El gusto y los deseos. Suele Dios al principio llenar al alma de sensibles gustos, porque es tan frágil y miserable, que sin este prevenido consuelo no puede volar a la fruición de las cosas del cielo. En este primer grado se dispone con la contrición y se ejercita con la penitencia, meditando la Pasión del Redentor, desarraigando con grande ahinco los mundanos deseos y viciosas costumbres; porque el reino de los cielos padece violencia y no le conquistan los pusilánimes y delicados, sino los que se violentan.

133. El segundo son los desos. Cuanto más se gustan las cosas del cielo, tanto más se apetecen, y así, a los gustos espirituales se siguen los deseos de gozar los bienes celestiales y divinos y despreciar los terrenos. De estos deseos nace la inclinación de imitar a Cristo, nuestro señor, que dijo *Yo soy el camino* (Juan, XIV). Los pasos de su imitación donde se ha de subir son: la caridad, la mansedumbre, la paciencia, la pobreza, el desprecio propio, la cruz, la oración y la mortificación.

134. Los grados de la infusa contemplación son tres. El primero es la hartura. Cuando el alma se

llena de Dios concibe odio a todo lo mundano: entonces se quita, y sólo con el divino amor se sacia. El segundo es la embriaguez. Es este grado un mental exceso y elevación del alma, nacida del divino amor y de su hartura.

135. El tercero es la seguridad, cuyo grado destierra todo temor. Está el alma tan embebida en el amor divino, y queda tan resignada en el divino beneplácito, que si supiese era voluntad del Altísimo, se iría de muy buena gana al infierno. Experimenta en este grado un cierto vínculo de la divina unión, que le parece imposible separarse de su amado y de su infinito tesoro.

136. Otros seis grados hay de contemplación, que son: fuego, unción, elevación, iluminación, gusto y descanso. Con el primero se enciende el alma; encendida, se unge; ungida, es elevada; elevada, contempla; contemplando, gusta y gustando, descansa y reposa. Por estos grados sube el alma abstraída y experimentada en la vía espiritual e interior.

137. En el primer grado, que es el fuego, se ilustra el alma, mediante el divino y ardiente rayo, encendiendo los divinos afectos y secando los humanos. El segundo grado es la unción, la cual es un suave y espiritual licor, que difundiéndose por toda el alma, la enseña, corrobora y dispone para recibir y contemplar la divina verdad. Y tal vez se extiende hasta la misma naturaleza, corroborándola para la tolerancia, con un gusto sensible que parece celestial.

138. El tercero es una elevación del hombre interior, sobre sí mismo, para llegar más apto a la fuente clara del puro amor.

139. El cuarto, que es la iluminación, es un infuso conocimiento emanado de la divina verdad, suavidad y dulzura, a quien el alma contempla subiendo de claridad en claridad y de luz en luz, conducida del divino espíritu.

140. El quinto es un sabroso gusto de la divina dulzura, emanado de la abundante y preciosa fuente del Santo Espíritu.

141. El sexto es una suave y admirable tranquilidad, nacida del vencimiento de la interior guerra, y frecuente oración, de muy pocos, y aun de raros experimentada. Aquí es tanta la abundancia del júbilo y de la paz, que le parece al alma que, como en suave sueño, está solazándose y descansando en el divino y amoroso pecho.

142. Otros muchos grados hay de contemplación, como son: éxtasis, raptos, liquefacción dereliquio, júbilo, ósculo abrazo, exultación, unión, transformación, desposorio y matrimonio, los cuales dejo de explicar por huir de la especulación y porque hay libros enteros que tratan de estos puntos, aunque todos son para quien no los experimenta como el color al ciego, y al sordo la harmonía. Finalmente, por estos escalones se asciende al reclinatorio y descanso del rey pacífico y verdadero Salomón.

CAPITULO XVI

SEÑALES PARA CONOCER EL HOMBRE INTERIOR Y EL ÁNIMO PURGADO.

143. Cuatro son las señales para conocer el hombre interior. La primera, si ya el entendimiento no produce otros pensamientos que aquellos que excitan a la luz de la fe, y la voluntad está ya tan habituada, que no engendra otros actos de amor sino de Dios y en orden a Dios. La segunda, si cuando cesa de la obra exterior en que estaba ocupado, luego, y con facilidad, se convierten a Dios el entendimiento y la voluntad. La tercera, si en entrando en la oración se olvida de todas las cosas como si no lo hubiera visto ni tratado. La cuarta, si se porta, en orden a las cosas exteriores, como si de nuevo entrara en el mundo, temiendo contrastar con los negocios, aborreciéndolos naturalmente, si no es cuando obliga la caridad.

144. Esta alma ya está libre de lo exterior, y con facilidad se entra en la interior soledad, donde sólo ve a Dios, amándole con quietud, con paz y verdadero amor. Allí, en aquel íntimo centro, está el Señor hablándola amorosamente, enseñándola un nuevo reino, la verdadera paz y alegría.

145. Ya a esta alma espiritual, abstraída y retirada, no se le turba la interior paz, aunque en lo exterior padezca guerra, porque no llegan con infini-

ta distancia las tempestades al serenísimo cielo interior, donde reside el puro y perfecto amor, que, si bien algunas veces se ve desnuda, desamparada, combatida y desolada, es furor de la borrasca, que brava por fuera.

146. Cuatro efectos engendran este íntimo amor. El primero se llama ilustración, que es un sabroso y experimental conocimiento de la grandeza de Dios y de la propia nada. El segundo es inflamación, la cual es un encendido amor y deseo de abrasarse como la salamandra en el amoroso y divino fuego. El tercero es la suavidad, que es una pacífica, alegre, suave e íntima fruición. El cuarto es absorvimiento de potencias en Dios. Las tiene el Señor tan ocupadas y embebidas en sí, que ya no puede el alma buscar, desear ni querer otra cosa que a su sumo e infinito bien.

147. De esta plenísima hartura nacen dos efectos. El primero, un agradable aliento para padecer por Dios. El segundo, una cierta esperanza o seguridad, que jamás le ha de perder, ni él se ha de separar. Aquí, en este interior retiro, tiene el amado Jesús su paraíso, al cual podemos subir, estando y conservando en la tierra. Y si deseas saber quién es el que totalmente es tirado al interior retiro, con alumbrada simplificación en Dios, digo que es aquel que en la adversidad, en la desolación del espíritu y en la falta de lo necesario se está firme e inmoble. Estas constantes e interiores almas están por afuera desnudas y totalmente en Dios difundidas, a quien continuamente contemplan. No tienen ninguna mancha; viven en Dios, y de Dios mismo; resplandecen sobre mil soles; son amadas del Hijo, hijas queridas del Padre y esposas del Santo Espíritu.

148. Por tres señales se conoce el ánimo purgado, como dice Santo Tomás en un opúsculo. La primera, la diligencia, que es una fortaleza de ánimo que arroja toda negligencia y pereza, para disponerse con solicitud y confianza a obrar bien las virtudes. La segunda, la severidad, que es una fortaleza de

ánimo contra la concupiscencia, acompañada con ardiente amor de la aspereza, de la vileza y santa pobreza. La tercera, la benignidad, que es una dulzura del ánimo que despide todo rencor, envidia, aversión y odio contra el prójimo.

149. Hasta que el ánimo esté purgado, purificado el afecto, desnuda la memoria, ilustrado el entendimiento y la voluntad negada e inflamada, nunca el alma llegará a la íntima y afectiva unión con Dios, que como el espíritu de Dios es la misma pureza, la luz y la quietud, se requiere en el alma donde ha de morar gran pureza, paz, atención y quietud. Finalmente, el precioso don del ánimo purgado solamente es de aquellos que buscan con continua diligencia el amor y se tienen y desean ser tenidos por los más viles del mundo.

CAPITULO XVII

DE LA DIVINA SABIDURÍA.

150. La divina sabiduría es un conocimiento intelectual e infuso de las divinas perfecciones y de las cosas eternas, que más debe llamarse contemplación que especulación. La ciencia es adquirida y engendra el conocimiento de la divina bondad. Aquélla quiere conocer lo que no se alcanza sin trabajo y sudor; ésta desea ignorar lo mismo que conoce, aunque lo alcanza todo. Finalmente, los científicos están en el conocimiento de las cosas del mundo, y los sabios viven en el mismo Dios sumergidos.

151. La razón iluminada en el sabio es una alta y sencilla elevación del espíritu, por donde ve con sencilla y aguda vista todo lo que es a él inferior y cuanto toca a su vida y estado. Esta es lo que hace al alma sencilla, ilustrada, uniforme, espiritual y totalmente introvertida y de todo lo creado abstraída. Esta es la que mueve y atrae con suave violencia los corazones de los humildes y dóciles, llenándoles con abundancia de suavidad, paz y dulzura. Finalmente, dice el Sabio de ella que le trajo todos los bienes juntos en su compañía: *Venerunt mihi omnia bona pariter cum illa*[55] (Sap., VII, ver II).

[55] «Con ella me vinieron a la vez todos los bienes.»

152. Sabrás que la mayor parte de los hombres vive de la opinión y juzga según la falibilidad de la imaginación y sentido. Pero el sabio juzga todas las cosas según la verdad que hay en ellas, cuyos efectos son entender, concebir, penetrar y trascender todo lo creado hasta sí mismo.

153. Es muy propio del sabio obrar mucho y hablar poco.

154. La sabiduría se gusta en las obras y palabras del sabio, porque como es Señor absoluto de todas sus pasiones, movimientos y afectos, se manifiesta en todas sus obras como una quieta y agradable agua en la cual se ve lucir la sabiduría con claridad.

155. La inteligencia de las verdades místicas está oculta y cerrada para los hombres puramente escolásticos, porque es ciencia de los santos, la cual no se manifiesta sino a los que aman muy de veras y buscan su propio desprecio. Por las almas que por abrazar este medio llegaron a ser puramente místicas y verdaderamente humildes, penetran hasta las más profundas noticias de la divinidad, y los hombres tanto más se apartan de esta ciencia mística, cuanto más sensualmente viven según la carne y sangre.

156. Por ordinario, en el sujeto donde hay mucha ciencia escolástica y especulativa, no predomina la divina sabiduría; pero hacen un admirable compuesto cuando entrambas van unidas. Son signos de veneración y alabanza en la religión, los varones doctos, que por la misericordia del Señor llegaron a ser místicos.

157. Las acciones exteriores de los místicos y sabios que obran más *paxive* que *active,* aunque les son cruelísima muerte, las ordena con prudencia, número, peso y medida.

158. Los sermones de los doctos que no tienen espíritu, aunque se compongan de varias fábulas, de descripciones elegantes, de agudos discursos y esquisitos textos, no son de ninguna manera la palabra de Dios, sino la de los hombres, con fingido oro

adulterada. Estos predicadores corrompen los cristianos, apacentándolos con viento y vanidad, y así unos y otros quedan de Dios vacíos. Estos maestros pacen los vientos de sutilezas venenosas, dando a los oyentes piedras por pan, hojas por frutos, y por verdadero alimento tierra desabrida con venenosa miel mezclada. Estos son los cazadores de la honra, fabricando siempre un ídolo de estimación y aplauso, en vez de solicitar la gloria de Dios, y espiritual provecho.

159. Los que predican con celo y desengaño, predican a Dios; los que predican sin él se predican a sí. Aquellos que dicen la palabra de Dios con espíritu, la imprimen en el corazón; los que la predican sin él, la llegan sólo al oído. No consiste la perfección en enseñarla, sino en obrarla, porque no es más sabio, ni más santo el que sabe más verdades, sino el que las ejecuta.

160. Es máxima constante que la divina sabiduría engendra humildad, y la adquirida de los doctos soberbia.

161. No está la santidad en formar altos y sutiles conceptos de la ciencia y atributos de Dios, sino en el amor de Dios y la negación de la propia voluntad. Por eso se halla más de ordinario la santidad en los sencillos y humildes que en los doctos. ¡Cuántas viejecitas se hallan pobres de ciencia humana y riquísimas de amor divino! ¡Cuántos vanos teólogos se ven sumergidos en su vana sabiduría y pobrísimos de la verdadera luz y caridad!

162. Advierte que es bueno hablar siempre, como quien aprende, y no como quien sabe, y estima más que te tengan por ignorante que por sabio y prudente.

163. Aunque los doctos puramente especulativos comprenden por afuera algunas centellitas de espíritu, no salen éstas del fondo sencillo de la eminente y divina sabiduría, la cual aborrece como la muerte las formas y especies. La mezcla de poca ciencia impide siempre la eterna, profunda, pura, sencilla y verdadera sabiduría.

CAPITULO XVIII

PROSIGUE LO MISMO

164. Dos son los caminos que guían al conocimiento de Dios; el uno es remoto, y el otro, próximo. El primero se llama especulación, y el segundo, contemplación. Los doctos que siguen la ciencia especulación con la dulzura de los sensibles discursos suben por este medio como pueden a Dios, para que con este socorro puedan amarle; pero ninguno de los que siguen este camino, que llaman Escolástica, llega por él solo a la vía mística, ni a la excelencia de la unión, transformación, sencillez, luz, paz, tranquilidad y amor; como llega a experimentar el que es conducido con la divina gracia, por la vía mística de la contemplación.

165. Estos doctos meramente escolásticos no saben qué cosa sea espíritu, ni perderse en Dios, ni han llegado a gustar las suaves ambrosías en el fondo íntimo del alma, donde está su trono y se comunica con increíble, íntima y regalada influencia. Antes bien, algunos, sin entender esta ciencia (porque nadie la entiende sino el que la gusta), la condenan, y su parecer es seguido y aplaudido y venerado por la falta de luz que hay en el mundo y sobra de ceguedad.

166. El teólogo que no gusta de la dulzura de

la contemplación es porque no entra por la puerta que enseña San Pablo cuando dice: *Si quis inter vos videtur sapiens esse, stultus fiat, ut sit sapiens:* Si alguno entre vosotros se tuviere por sabio, hágase necio para serlo, humíllese, reputándose por ignorante. (Ad. Cori. I, cap. III, 18.)

167. Es regla general, y aun máxima en la mística teología, que primero es alcanzar la práctica que la teórica; primero se ha de experimentar el ejercicio de la sobrenatural contemplación, que inquirir el conocimiento e investigar la plena noticia de aquella divina ciencia.

168. Aunque la ciencia mística, por ordinario, sea de los humildes y sencillos, no por eso son los doctos incapaces, si no se buscan a sí mismos, ni hacen caso de su artificiosa ciencia; y más si se olvidan de ella, como si no la tuvieran, y sólo la usan en su tiempo y lugar para predicar y disputar cuando importa; y después vacan a sencilla, y desnuda contemplación de Dios, sin forma, figura, ni consideración.

169. El estudio que no se ordena sólo para la gloria de Dios, es breve camino para el infierno, no por el estudio, sino por el viento de la soberbia que engendra. Miserable es la mayor parte de los hombres de este tiempo, que sólo estudian para satisfacer la insaciable curiosidad de la naturaleza.

170. Muchos buscan a Dios y no le hallan; por que les lleva más la curiosidad que la sincera, pura y limpia intención; más desean los consuelos espirituales que al mismo Dios; y como no le buscan con verdad, ni hallan a Dios, ni a los espirituales gustos.

171. El que no procura la total negación de sí mismo, no será verdaderamente abstraído, y así nunca será capaz de las verdades y luces del espíritu.

172. Son raros los hombres en el mundo que aprecian más el oír que el hablar; pero el sabio y puro místico no habla sino forzado, ni se pone en cosa que no le toca por oficio, y entonces con gran prudencia.

173. El espíritu de la divina sabiduría llena con

suavidad, domina con fortaleza y alumbra con excelencia a los que se sujetan a su dirección.

174. Y el alma santa dotada de la divina sabiduría ama todas las cosas, no por la apariencia, sino por el grado de bondad y santidad que hay en ellas.

175. Donde mora el divino espíritu, siempre se halla la sencillez y la santa libertad; pero la astucia, el doblez, la ficción, el artificio, la política y mundanos respetos, son infierno para los hombres sabios y sencillos.

176. Sabrán que se ha de despegar y negar de cinco cosas el que ha de llegar a la ciencia mística. La primera, de las criaturas; la segunda, de las cosas temporales; la tercera, de los mismos dones del Espíritu Santo; la cuarta, de sí misma; y la quinta se ha de despegar del mismo Dios. Esta última es la más perfecta, porque el alma que así se sabe despegar, es la que se llega a perder en Dios, y sólo la que así se llega a perder, es la que se acierta a hallar.

177. Más se paga Dios del afecto del corazón, que del afecto de las mundanas ciencias. Una cosa es limpiar el corazón de todo aquello que le hace prisionero e impuro; y otra hacer ciento y mil cosas, aunque buenas y santas, sin atender a esta pureza del corazón, que es la principal para alcanzar la divina sabiduría.

178. Muchas almas dejan de llegar a la quieta contemplación, a la divina sabiduría y ciencia verdadera, aunque tienen horas de oración, y comulgan cada día porque no se entregan del todo a Dios con perfecta desnudez y despego. Finalmente, hasta que en el fuego de las penas interiores y exteriores se purifique el alma, jamás llegará a la renovación, a la transformación, perfecta contemplación, a la afectiva unión y divina sabiduría.

CAPITULO XIX

DE LA VERDADERA Y PERFECTA ANIQUILACIÓN.

179. Has de saber que en solos dos principios está fundada toda esta fábrica de la aniquilación. El primero es tenerse en baja estima a sí mismo y a todas las cosas del mundo, de donde ha de nacer el poner en práctica la desnudez y renunciación de sí mismo, y de todas las cosas, con una santa resolución, con el afecto y la obra.

180. El segundo principio ha de ser una grande estimación de Dios, para amarle, adorarle y seguirle sin género de interés propio, aunque sea el más santo. De estos dos principios ha de nacer una plena conformidad con la divina voluntad. Esta eficaz y práctica conformidad con la divina voluntad en todas las cosas, conduce al ánima a la aniquilación y transformación con Dios, sin mezcla de raptos, ni de éxtasis exteriores, ni afectos vehementes, porque este camino es sujeto a muchas ilusiones, con peligro de enfermedades y fatigas del entendimiento, por cuya senda es raro el que llega a la cima de la perfección, que se alcanza por este otro camino seguro, firme y real, aunque no sin pesada cruz, porque en ella está fundada la vía regia de la aniquilación y perfección. A la cual se siguen muchos dones de luz y divinos afectos, con otros infinitos gratis datos;

pero de todos se ha de desnudar el alma aniquilada, si no quiere que le sean de impedimento para pasar a la deificación.

181. Haciendo el alma continuo progreso de su bajeza, debe caminar a la práctica de la aniquilación, que consiste en el aborrecimiento de la honra, dignidad y alabanza; porque a la vileza y al puro nada no es razón se le dé la dignidad y la honra.

182. Al alma que conoce su vileza, le parece imposible merecer nada; antes bien, se confunde y se conoce indigna de la virtud y alabanza. Esta abraza con igualdad de ánimo todas las ocasiones de menosprecio, persecución, infamia, confusión y afrenta, y conociéndose verdaderamente merecedora de semejantes oprobios da al Señor las gracias cuando se ve en las ocasiones; porque la trata como merece, y aun se reconoce indigna de que con ella obre su justicia; pero sobre todo se alegra del desprecio y afrenta, porque resulta para su Dios una gran gloria.

183. Elige siempre esta alma lo más bajo, y despreciado, así de lugar como de vestido y todo lo demás, sin afectación ninguna de singularidad, juzgando que la mayor vileza excede siempre a sus méritos, y aun de aquélla se reconoce indigna. Esta práctica hace llegar al alma a una verdadera aniquilación de sí misma.

184. Comienza el alma que quiere ser perfecta a mortificar sus pasiones; aprovechada ya en este ejercicio, se niega; luego, con la divina ayuda, pasa al estado de la nada, donde se desprecia, se aborrece a sí misma, y se humilla conociendo que es nada, que puede nada y que vale nada; de aquí nace el morir en los sentidos, y en sí misma de muchas maneras, y a todas horas, y finalmente, de esta espiritual muerte se origina la verdadera y perfecta aniquilación, de manera que cuando ya el alma está muerta a su querer y entender, se dice con propiedad que llegó al perfecto y dichoso estado de la aniquilación sin que la misma alma lo llegue a entender; porque no sería aniquilada si llegase ella a conocer-

lo. Y aunque llegue a este feliz estado de aniquilada, importa el saber que siempre tiene más y más que caminar, que purificar y aniquilar.

185. Sabrás que esta aniquilación, para que sea perfecta en el alma, ha de ser en el propio juicio, en la voluntad, en los afectos, inclinaciones, deseos, pensamientos y en sí misma, de tal manera, que se ha de hallar el alma muerta al querer, al desear, procurar, entender y pensar, queriendo como si no quisiera; desando como si no deseara; entendiendo como si no entendiera; pensando como si no pensara, sin inclinarse a nada, abrazando igualmente los desprecios como las honras, los beneficios como los castigos.

186. ¡Oh, qué dichosa alma la que así se halla muerta y aniquilada! Ya ésta no vive en sí porque vive Dios en ella; ya con toda verdad se puede decir que es otra fénix renovada, porque está trocada, espiritualizada, transformada y deificada.

CAPITULO XX

ENSÉÑASE CÓMO LA NADA ES EL ATAJO PARA ALCANZAR LA PUREZA DEL ALMA, LA PERFECTA CONTEMPLACIÓN Y EL RICO TESORO DE LA INTERIOR PAZ.

187. El camino para llegar a aquel alto estado del ánimo reforzado, por donde inmediatamente se llega al sumo bien, a nuestro primer origen y suma paz, es la nada. Procura estar siempre sepultada en esa miseria. Esa nada y esa conocida miseria es el medio para que el Señor obre en tu alma maravillas. Vístete de esa nada, de esa miseria, y procura que esa miseria y esa nada sea tu continuo sustento y morada, hasta profundarte en ella; yo te aseguro que, siendo tú de esta manera la nada, sea el Señor el todo en tu alma.

188. ¿Por qué piensas que embarazan infinitas almas la abundante corriente de los divinos dones? Porque quieren hacer algo y desean el ser grandes; todo es salirse de la interior humildad y de su nada; y así impiden las maravillas que quiere obrar aquella infinita bondad. Apéganse a los mismos dones espirituales por salir del centro de la nada y todo lo malogran. No buscan a Dios con verdad, y así no le hallan; porque has de saber que no se halla sino en el desprecio de nosotros mismos y en la nada.

189. Nos buscamos a nosotros mismos siempre que salimos de la nada, y por eso no llegamos jamás a la quieta y perfecta contemplación. Entrate en la

verdad de tu nada, y de nada te inquietarás; antes bien, te humillarás, confundirás y perderás de vista tu propia reputación y estima.

190. Oh, qué baluarte tan fuerte has de hallar en esa nada! ¿Quién te ha de dar pena, si te guareces en esa fortaleza? Porque el alma, que es de sí misma despreciada, y que en su conocimiento es nada, nadie la puede hacer agravio, ni injuria. El alma que está dentro de su nada, guarda silencio interno, vive transformada en el sumo bien, no apetece nada de todo lo creado, vive en Dios sumergida y resignada en cualquier tormento, porque siempre juzga es más lo que merece. Estándose el alma quieta en su nada, la perfecciona, enriquece, y pinta el Señor en ella sin embarazo su imagen y semejanza.

191. Por el camino de la nada has de llegarte a perder en Dios, que es el último grado de la perfección; y así te sabes perder, serás dichosa, te ganarás y te acertarás a hallar. En esta oficina de la nada se fabrica la sencillez, se halla el infuso recogimiento; se alcanza la quietud y se limpia el corazón de todo género de imperfección. ¡Oh, qué tesoro descubrirás si haces en la nada su morada! Y si te entras en el centro de la nada, en nada te mezclarás por afuera (escalón en donde tropiezan infinitas almas), sino solamente en aquello que por oficio te toca.

192. Si te estás encerrada en la nada, adonde no llegan los golpes de las adversidades, nada te dará pena, nada te inquietará. Por aquí has de llegar al señorío de ti misma, porque sólo en la nada reina el perfecto y verdadero dominio. Con el escudo de la nada vencerás las vehementes tentaciones y terribles sugestiones del envidioso enemigo.

193. Conociendo que eres nada, que puedes nada y que vales nada, abrazarás con quietud las pasivas sequedades, tolerarás las horribles desolaciones, sufrirás los espirituales martirios e interiores tormentos. Por medio de esa nada has de morir en ti misma de muchas maneras, en todos tiempos y a todas horas. Y cuanto más fueres muriendo, tanto más te irás

profundando en tu miseria y bajeza; y tanto más te irá el Señor elevando y a sí mismo uniendo.

194. ¿Quién ha de despertar al alma de aquel dulce y sabroso sueño, si se duerme en la nada? Por aquí llegó David, sin saberlo, a la perfecta aniquilación. *Ad nihilum redactus sum et nescivi.* [56] (Psal. XVII.) Estándote en la nada, cerrarás la puerta a todo lo que no es Dios; te retirarás aun de ti misma y caminarás a aquella interior soledad, adonde el divino Esposo habla al corazón a su Esposa, enseñándola la alta y divina sabiduría. Anégate en esa nada, y hallarás en ella sagrado asilo para cualquiera tormenta.

195. Por este camino has de volver al dichoso estado de la inocencia, que perdieron nuestros primeros padres. Por esta puerta has de entrar a la tierra feliz de los vivientes, donde hallarás el sumo bien, la latitud de la caridad, la belleza de la justicia, la derecha línea de la equidad y rectitud; y en suma, toda la perfección. Ultimamente no mires nada, no desees nada, no quieras nada, no solicites saber nada, y en todo vivirá tu alma en quietud y gozo descansada. Este es el camino para alcanzar la pureza del alma, la perfecta contemplación y la interior paz. Camina por esta segura senda, y procura en esa nada sumergirte, perderte, abismarte, si quieres aniquilarte, unirte y transformarte.

[56] «Fui devuelto a la nada y no lo supe.»

CAPITULO XXI

DE LA SUMA FELICIDAD DE LA INTERIOR PAZ Y DE SUS MARAVILLOSOS EFECTOS.

196. Aniquilada ya el alma, y con perfecta desnudez renovada, experimenta en la parte superior una profunda paz y una sabrosa quietud, que la conduce a tan perfecta unión de amor, que en todo jubila. Ya esta alma ha llegado a tal felicidad, que no quiere ni desea otra cosa que la que su amado quiere; con esta voluntad se conforma en todos los sucesos, así de consuelo como de pena; y juntamente se goza de hacer en todo el divino beneplácito.

197. Ya no hay cosa que no la consuele, ni le falta nada que pueda afligirla; el morir le es gozo, y el vivir, su alegría. Tan contenta está en el paraíso como en la tierra; tan gozosa en la privación como en la posesión, en la enfermedad como en la salud; porque sabe que esta es la voluntad de su Señor; esta es su vida, esta su gloria, su paraíso, su paz, su sosiego, su quietud, su consuelo y suma felicidad.

198. Si a esta alma, que ha subido ya por los escalones de la aniquilación a la región de la paz, le fuese necesario el escoger, elegiría primero la desolación que el consuelo, el desprecio que la honra; porque el amoroso Jesús hizo sumo aprecio del oprobio y de la pena. Si padeció antes hambre de los bienes del cielo, si tuvo sed de Dios, temor de perderle,

llanto en el corazón y guerra del demonio, ya se han convertido el hambre en hartura, la sed en saciedad, el temor en seguridad, la tristeza en alegría, el llanto en gozo y la fiera guerra en suma paz. ¡Oh, dichosa alma que goza ya en la tierra tan gran felicidad! Estas almas (aunque pocas) son las columnas fuertes que sustentan la Iglesia y las que templan la divina indignación.

199. Ya esta alma, que ha entrado en el cielo de la paz, se reconoce llena de Dios y de sus sobrenaturales dones, porque vive fundada en un puro amor, agradándole igualmente la luz como las tinieblas, la noche como el día, y la aflicción como el consuelo. Por esta santa y celestial indiferencia no pierde la paz en las adversidades, ni la tranquilidad en las tribulaciones; antes se mira llena de inefables gozos.

200. Y aunque el príncipe de las tinieblas mueve contra ella todos los asaltos del infierno, con horribles tentaciones, resiste en esta guerra, como firme columna, sucediéndole lo que pasa en el alto monte y profundo valle en el tiempo de la tempestad.

201. Estáse el valle obscurecido con densas tinieblas, fieras tempestades de piedra, de truenos, rayos y relámpagos, que parece un retrato del infierno; y en este mismo tiempo está el alto monte resplandeciente, recibiendo los hermosos rayos del sol, con paz y serenidad, quedando todo él como un cielo claro, pacífico y luminoso.

202. Lo mismo sucede en esta dichosa alma. Está el valle de la parte inferior sufriendo tribulaciones, combates, tinieblas, desolaciones, tomentos, martirios y sugestiones; y en el mismo tiempo, en el alto monte de la parte superior del alma, ilustra, inflama e ilumina el verdadero sol, con que queda clara, pacífica, resplandeciente, tranquila, serena y hecha un mar de alegría.

203. Es, pues, tanta la quietud de esta pura alma, que llegó al monte de la tranquilidad, es tanta la paz en su espíritu, tanta la serenidad y sosiego en lo

interior, que redunda hasta en lo exterior un resabio y vislumbres de Dios.

204. Porque en el trono de quietud se manifiestan las perfecciones de la espiritual hermosura; aquí la luz verdadera de los secretos y divinos misterios de nuestra santa fe; aquí la humildad perfecta, hasta la aniquilación de sí misma; la plenísima resignación, la castidad, la pobreza de espíritu, la inocencia y sencillez de paloma, la exterior modestia, el silencio y soledad interior, la libertad y pureza del corazón; aquí el olvido de lo creado; hasta de sí misma; la alegre simplicidad, la celestial indiferencia, la oración continua, la total desnudez, el perfecto despego, la sapientísima contemplación, la conversación del cielo, y finalmente, la perfectísima y serenísima interior paz de quien puede decir esta feliz alma lo que dijo el Sabio de la sabiduría, que con ella le vinieron las demás gracias: *Et venerum mihi omnia bona pariter cum illa*[57] (Sap. VII, Ver. 11).

205. Este es el rico y escondido tesoro. Esta la dracma deseada del Evangelio; ésta la vida beata, la vida feliz, la vida verdadera y la bienaventuranza de la tierra. ¡Oh, hermosa grandeza no conocida de los hijos de los hombres! ¡Oh, excelente vida sobrenatural, cuánto eres admirable y cuánto inefable, porque eres un remedo de la bienaventuranza! ¡Oh, cuánto levantas del suelo al alma que pierde de vista todas las cosas de la vileza de la tierra! Tú eres la pobre en lo exterior; pero riquísima en lo interior. Tú pareces baja, pero eres altísima. Tú, en fin, eres la que haces vivir en la tierra vida divina. Dadme, Señor y suma bondad, dadme una buena porción de esta celestial felicidad y verdadera paz que el mundo, por sensual, no es capaz de recibir ni conocer. *Quem mundus non potest accipere*[58].

57 «Con ella me vinieron a la vez todos los bienes.»
58 «A quien el mundo no supo recibir.»

CAPITULO XXII

EXCLAMACIÓN AMOROSA Y GEMIDO LAMENTABLE CON DIOS POR LAS POCAS ALMAS QUE LLEGAN A LA PERFECCIÓN, A LA AMOROSA UNIÓN Y DIVINA TRANSFORMACIÓN.

206. ¡Oh, Divina Majestad, ante cuya presencia tiemblan y se estremecen las columnas del cielo! ¡Oh, bondad más que infinita, en cuyo amor se abrasan los serafines! Dadme, Señor, licencia para llorar nuestra ceguera e ingratitud. Todos vivimos engañados, buscando al mundo loco, dejándoos a vos, siendo nuestro Dios. Todos por los charcos hediondos del mundo, os dejamos a vos, fuente de aguas vivas.

207. ¡Oh, hijos de los hombres; ¿Hasta cuándo habemos de seguir la mentira y vanidad? ¿Quién así nos engañó para dejar el sumo bien y nuestro Dios? ¿Quién nos habla más verdad? ¿Quién más nos ama? ¿Quién más no defiende? ¿Quién es más fino para amigo, más tierno para esposo y más bueno para Padre? ¡Que sea tanta nuestra ceguedad que desamparemos todos a esta suma e infinita bondad!

208. ¡Oh, Divino Señor, qué pocas almas hay en el mundo que os sirvan con perfección! ¡Qué pocas son las que quieren padecer, que sigan a Cristo crucificado, que abracen la cruz, que nieguen la volutad propia y se desprecien a sí mismas! ¡Oh, qué pocas almas se hallan despegadas y totalmente desnudas! ¡Qué pocas almas hay muertas en sí, y vivas para Dios, y que perfectamente se resignen en el divino

beneplácito! ¡Qué pocos almas hay de sencilla obediencia, de profundo conocimiento de sí mismas y de humildad verdadera! ¡Qué pocas son las que con tal indiferencia se dejan en las manos de Dios para que haga en ellas su divina voluntad! Qué pocas almas hay puras, de corazón sencillo y despegado, y que, vacías de su entender, saber, desear y querer, anhelen a su negación y muerte espiritual! ¡Qué pocas almas hay que quieran dejar obrar en sí al divino Creador, que padezcan por no padecer y mueran por no morir! ¡Qué pocas almas hay que quieran olvidarse de sí mismas, que quieran desnudar el corazón de los afectos, de sus deseos, satisfacción, propio amor y juicio! ¡Qué pocas almas hay que quieran dejarse guiar por la vía regia de la negación e interior camino! Qué pocas almas hay que quieran dejarse aniquilar, muriendo en los sentidos y en sí mismas! ¡Qué pocas almas hay que quieran dejarse vaciar, purificar y desnudar para que Dios las vista, las llene y perfeccione! Finalmente, ¡qué pocas, Señor, son las almas ciegas, mudas, sordas y perfectamente contemplativas!

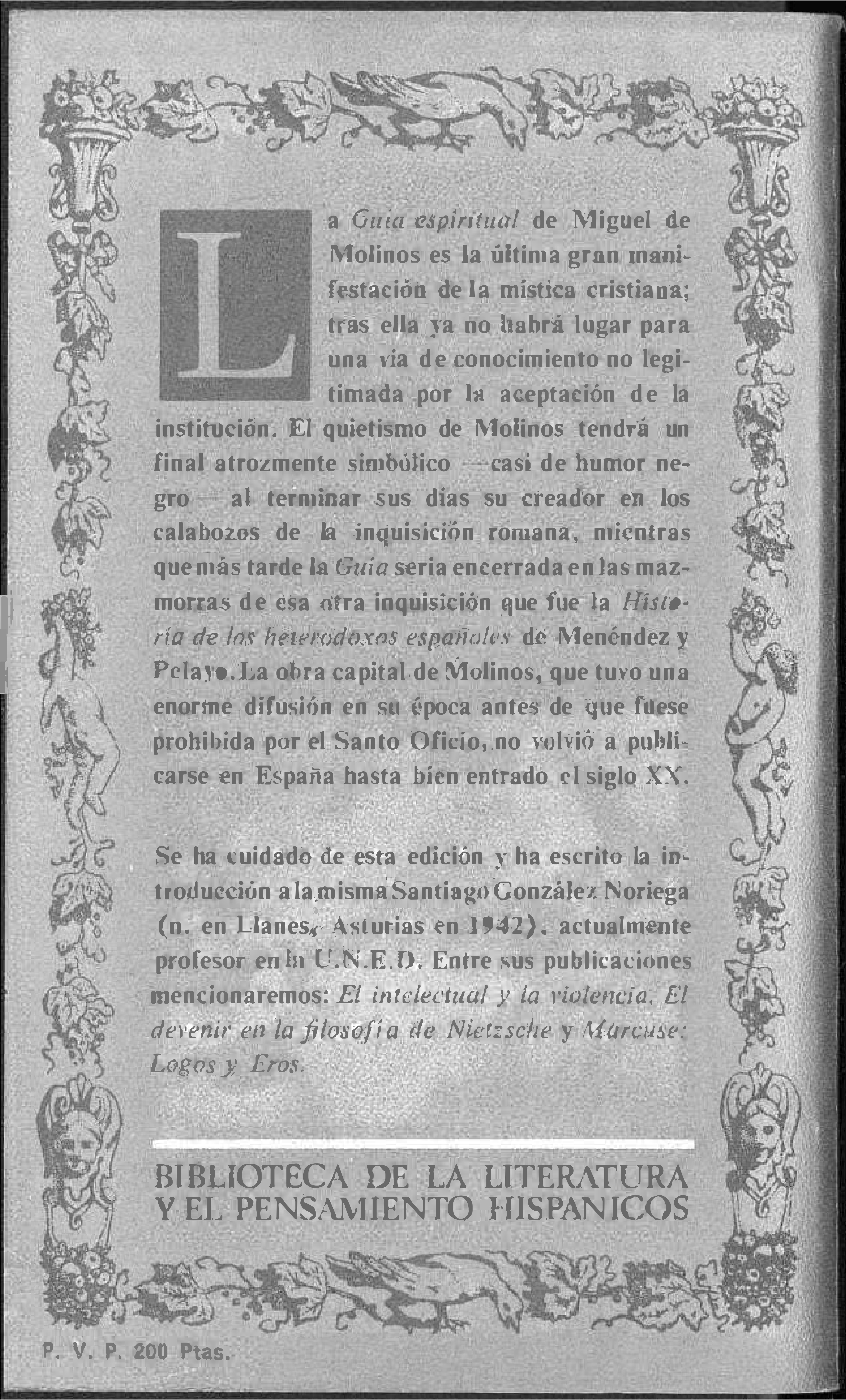
209. ¡Oh, confusión de los hijos de Adán! ¡Que por una vileza despreciemos la verdadera felicidad, y que impidamos al sumo bien, al rico tesoro y a la infinita bondad! Con justa razón se quejan los cielos que son pocas las almas que quieren seguir sus preciosos caminos: *Via Sion lugent eo quod non sint veniant ad solemnitatem* [59] (Trenos II).

LAUS DEO

Todo lo sujeto, postrado humildemente, a la corrección de la Santa Iglesia Católica Romana.

[59] «Los caminos de Sión están de luto, porque no hay quienes vengan a la ceremonia.»

INDICE



La *Guía espiritual* de Miguel de Molinos es la última gran manifestación de la mística cristiana; tras ella ya no habrá lugar para una vía de conocimiento no legitimada por la aceptación de la institución. El quietismo de Molinos tendrá un final atrozmente simbólico —casi de humor negro— al terminar sus días su creador en los calabozos de la inquisición romana, mientras que más tarde la *Guía* sería encerrada en las mazmorras de esa otra inquisición que fue la *Historia de los heterodoxos españoles* de Menéndez y Pelayo. La obra capital de Molinos, que tuvo una enorme difusión en su época antes de que fuese prohibida por el Santo Oficio, no volvió a publicarse en España hasta bien entrado el siglo XX.

Se ha cuidado de esta edición y ha escrito la introducción a la misma Santiago González Noriega (n. en Llanes, Asturias en 1942), actualmente profesor en la U.N.E.D. Entre sus publicaciones mencionaremos: *El intelectual y la violencia, El devenir en la filosofía de Nietzsche y Marcuse: Logos y Eros.*

BIBLIOTECA DE LA LITERATURA Y EL PENSAMIENTO HISPANICOS